

JUAN JOSÉ CUADROS

VIAJE A LA SIERRA DE SEGURA

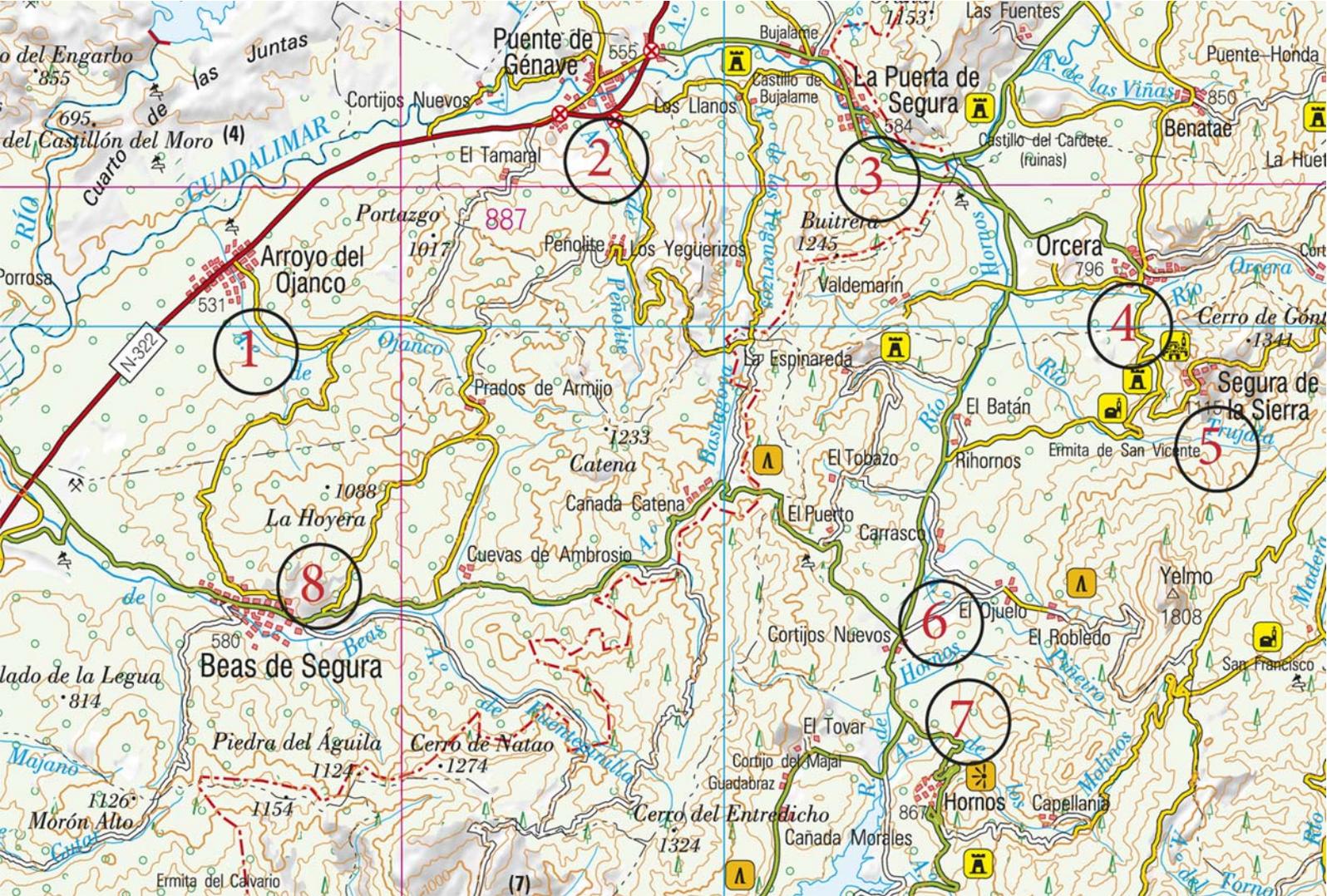


GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE FOMENTO

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL





Los círculos numerados se corresponden con las zonas dónde se suceden las etapas que se narran en el libro.

VIAJE A LA SIERRA DE SEGURA

JUAN JOSÉ CUADROS



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE FOMENTO

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL



Edición digital
Viaje a la Sierra de Segura

Editado en julio de 2015

Catálogo general de publicaciones oficiales
<http://publicacionesoficiales.boe.es>

Edita

© de esta edición: Centro Nacional de Información Geográfica 2017

Autor

Juan José Cuadros

Fotografías

Portada: Carlos Fierro

Retrato: Jesús Sastre

© Juan José Cuadros Pérez

Cartografía

Detalle del Mapa Provincial de Jaén, escala 1:200.000 (IGN)

Diseño y maquetación

Servicio de Edición y Trazado (IGN)

(Subdirección General de Geodesia y Cartografía)

NIPO: 162-15-019-1

DOI: 10.7419/162.04.2015



Imagen del retrato de Juan José Cuadros Pérez (1926-1990) cedida por su familia

PRÓLOGO

Al cumplirse veinticinco años de la publicación del «Viaje a la Sierra de Segura», el Centro Nacional de Información Geográfica quiere homenajear a su autor sacando a la luz la segunda edición de este libro que fue publicado unos días antes de su muerte y constituyó el primero en prosa tras una trayectoria dedicada a la poesía.

Siempre que se emplea la locución «gajes del oficio» se tiende a pensar en aspectos negativos de un trabajo. Sin embargo, el término gaje también significa emolumento, que es la remuneración adicional que corresponde a un cargo o empleo. Pues bien, el tener que hacer la preparación de esta reedición ha supuesto uno de los gajes más placenteros de mi labor profesional, y no sólo por la delicia que supone recorrer el territorio serrano al arrullo de su lectura, sino también porque de ella se trasluce la categoría de excelente topógrafo y poeta que fue Juan José Cuadros.

Aunque había nacido en Palencia, se crió en Beas de Segura, donde su padre fue destinado como funcionario de Correos. A los quince años se trasladó interno a Baeza para terminar el Bachillerato en el mismo instituto donde Antonio Machado había impartido clases unos años antes. La impronta del poeta había impregnado las salas del centro, y respirando esa atmósfera Juan José inhaló un amor por la palabra que no le abandonó nunca. Su pasión por la literatura se fraguó en las aulas y los patios del instituto de la bellísima ciudad jienense, donde se aceleró su paso a la vida adulta, en medio de la soledad del internado y el desgarró familiar por la ausencia del padre exiliado en Francia.

Su vida profesional estuvo ligada al Instituto Geográfico Nacional. Apasionado de las ciencias exactas, aprobó la oposición de

topógrafo y como tal, recorrió la península ibérica del centro a las esquinas, siempre orientado tras la brújula con la que efectuaba medidas y cartografiaba España, unas veces haciendo observaciones desde los acantilados cantábricos, otras enfangado hasta el cuello en las marismas del Guadalquivir.

Era un compañero apreciado como buen conocedor de novedades literarias y siempre fue requerido en las tertulias, donde era escuchado con verdadera devoción. Gozó de una buena cuadrilla de colegas y pupilos que además de nutrir sus bibliotecas basándose en sus recomendaciones, también se alimentaban gozando de su conversación no exenta de finura e ironía.

Con este viaje Juan José se regala el regreso a las tierras de su infancia, haciéndolo a la manera del andariego o andorrero, como él se autocalifica ininidad de veces. Caminando despaciosamente o compartiendo desplazamiento con el primer conductor que le invitara a subir a su vehículo. Experimentando el placer de los sentidos a lo largo del itinerario y contándolo después, para revivir esa emoción que siente el ser humano cuando se encuentra en comunión con el entorno natural. La génesis de este libro resultó una experiencia catártica para «Toñín», que así era apodado en familia. Pretendía rememorar los paisajes de la época de la niñez, cuando se tiene toda la vida por delante. Por eso los visitó quedadamente, regodeándose en ellos, en la madurez, y los terminó de escribir en la senectud, cuando ya se tiene toda la vida por detrás y urge reconciliarse con el pasado.

El itinerario se hace en mayo del 68, con la secreta intención de encontrarse el campo en el esplendor de la primavera, ideal para dejarse arrastrar por su belleza. Y quién sabe si alejándose, inconscientemente, de ese otro campo de batalla urbano en el que se convirtieron las calles de París durante esos mismos días. Como buen librepensador de su tiempo, profesaba interés por la cultura francesa y debió de seguir con preocupación los disturbios del *Quartier latin*. Aquellas barricadas se levantaron amontonando adoquines y, entre el fragor de las cargas policiales, los muros se iluminaron con

pintadas de resonancias poéticas: «*sous les pavés, la plage*», o sea, bajo los adoquines, la playa. Aunque después, en las nada surrealistas refriegas con los estudiantes, eran los gendarmes quienes siempre salían victoriosos del reparto de leña.

En aquellos tiempos, al sur de los Pirineos, los aldeanos se amilanaban ante palabras como ecología. Sin embargo, tenían organizada la explotación de sus recursos naturales con un nivel de sostenibilidad muy superior al de nuestros días. Por no mencionar los ecosistemas, en los que tanto labradores como ganaderos estaban absolutamente integrados, formando parte del medio ambiente sin más, alejados de toda pompa y circunstancia, y afortunadamente sin nociones ni preocupaciones acerca del efecto invernadero o el calentamiento global.

En estas andanzas el autor, emulando a Unamuno, tiene vocación de retratar la intrahistoria, esa que nunca aparece en los titulares de prensa, pero que resume la auténtica forma de vivir del pueblo llano. Todos los individuos reflejados en la obra son reales. Juan José no se ocupa de inventar personajes, simplemente se nutre de los seres de carne y hueso que le rodean, porque «las personas siguen siendo, exactamente, como siempre fueron».

Expone casos paradigmáticos que propugnan la bonanza de la vida apacible, como el de ese primo ingeniero que trabajaba en una multinacional y harto de vuelos por Europa y trasnoches sin cuento puso pie en pared, pidió la cuenta y junto a su familia abandonó Madrid, se alejó del mundanal ruido y acabó montando un chiringuito en el Puente de Génave. Este personaje encarna a la perfección la doctrina que Antonio de Guevara —paje de Isabel la Católica antes que obispo de Mondoñedo— defendió con innumerables argumentos en una obra de 1539, cuyo título es absolutamente esclarecedor: «Menosprecio de Corte y alabanza de aldea».

En estas páginas se vislumbran cicatrices de la guerra civil, «ahora todos somos más pacíficos, se ve que con los tiros de la guerra tuvimos de sobra»; y también visos de poca libertad de expresión, como cuando salen a relucir los «maquis» en una conver-

sación y, tras un denso silencio, salta un automatismo aprendido en la dictadura que empuja a cambiar de tema con una naturalidad adquirida para evitar enlodarse en los tabúes.

La finalidad de un levantamiento topográfico consiste en la descripción geométrica de un territorio a través de gráficos. Por eso la elaboración de un mapa es una combinación de geometría y geografía que culmina en la cartografía, considerada tradicionalmente como la más científica de las artes y, a su vez, la más artística de las ciencias. Debido a su profesión, el autor era un experto en analizar y representar el paisaje, pero en esta obra demuestra también maestría en saber contarlo, con un lenguaje que llena de lirismo las cosas sencillas que le ocurren a un caminante deseoso de empaparse, hasta los tuétanos, del lugar por el que discurre su andanza. Algo que se adivina cuando escribe: «desde lo alto de aquel cerrete se ve un paisaje muy bonito para el que sabe mirar». Nos enseña que la belleza no está tanto en el panorama como en los ojos del observador y en su sensibilidad para apreciarla.

Así, esta obra proporciona al lector sensaciones aptas para todos los sentidos corporales. La vista gozará con la delicada descripción de lugares o con los colores de las flores que adornan árboles y matorrales. El oído, con los sonidos silenciosos de la noche, los ruidos del crepúsculo y los ruidos del día. El olfato, con los olores de la resina, de la flor del olivo, de la mata de juncia y del sauce llorón. El tacto, con el frescor de la brisa cuando se camina bajo el sol a cara descubierta. El gusto, con la pormenorizada receta, acompañada de la sabrosa degustación, de un plato fundamental en la región, la gachamiga rulera. Otro tipo de tacto, sin embargo, queda reservado para resaltar la precaución que es conveniente tener con algunos cortijeros, que abusan del desamparo de los viajeros perdidos por la serranía.

La pasión por la rima sale a relucir en las páginas dedicadas a «los quesiqueses», el término utilizado en la zona para denominar a las adivinanzas. Juan José muestra su amplio conocimiento de esas cápsulas literarias tan populares como divertidas y nos regala el

oído con una colección de las que aprendió en su niñez y que nunca olvidó, porque tuvieron que ser machaconamente repetidas en el hogar ante la exigencia de su hija Almudena, que se despertaba con un tazón de leche y se dormía con un cuento narrado por papá.

El poeta también pone voz a esas solitarias reflexiones que surgen en cualquier barra de bar, entre el humo de dos bocanadas de un pitillo. O brotan en un perdido hotel, donde se pernocta mientras se hacen trabajos de campo, entre dos vueltas en la cama o durante una noche entera, extrañando ora el colchón, ora la almohada, ora la compañía. Ahí, a menudo, se le aparecen «las chavalas», jóvenes con vestidos de colores que relampaguean en las sombras, o campechanas mozas sonrientes que atraviesan a paso ligero la duermevela insolente del viajero. Aunque para apariciones las del sempiterno D. Martín, un pícaro galán que le asalta en sueños o en cualquier cruce de caminos y le invita a transitar por el lado salvaje y libertino de la vida. Ese personaje es el trasunto de su amigo Ignacio, un joven *hippy* al que quería como un hijo. Quien le aliviaba, con su animada conversación, el transcurso de las largas horas de guardia nocturna que Cuadros se chupaba en la farmacia de su esposa Maruja.

Al igual que los de temática erótica, este libro es para leerlo con una sola mano. Mientras, con la otra, se recomienda desplegar el mapa de la zona realizado por el IGN. O mucho mejor, seguir con la ayuda de Iberpix, en la pantalla del ordenador o de la tableta, los lugares por los que discurre la ruta, visualizados a escala 1:25.000. Gozando en estéreo, un ojo en la lectura y otro ojo en el mapa, de las delicias del paisaje. Así, el lector se puede permitir el lujo de disfrutar, virtualmente, del medio de locomoción más antiguo: la caminata. Y simultáneamente, de la conjunción de dos grandes medios de comunicación: la cartografía y la literatura.

ADOLFO PÉREZ HERAS

Jefe de Servicio de Edición y Trazado del IGN

Para Maruja y Almudena

ÍNDICE

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| Introito | 21 |
| Primera zancada | 23 |
| La Sierra en desvelo | 45 |
| Cuesta arriba, hasta Segura | 51 |
| Cortijos Nuevos, capital de la Sierra | 75 |
| Donde aparece don Martín | 97 |
| A campo través | 121 |
| En Beas de Segura | 139 |

*Provar todas las cosas el Apóstol lo manda,
fuí a provar la sierra e fiz loca demanda.*

JUAN RUIZ.

*Por dó passaré la sierra,
gentil serrana morena.*

GIL VICENTE.

*Aquellas sierras, madre,
altas son de subir.*

DIEGO PISADOR.

BILLETE A JUAN JOSÉ CUADROS

Que Dios te dé buena paga
por traerme inesperadas
buenas nuevas a la casa
rosaleada
de lágrimas,
las presencias de la patria
una y varia,
soleadas de la infancia
perdida, no regresada,
anillo caído al agua
del tiempo que no desanda,
las sendas descaminadas.

Que la gracia
te asista, arcangelada
la palabra
como ahora, tan inocente y tan sabia,
un cantarcillo que canta
chortales de la alborada.

A tu arrimo, camarada,
otra vez vuelo y besana,
cepellón de cultivada
tierra esponjosa del alma,
trigaleada
esperanza
para
remejer nostalgias
de la raíz a las ramas

antañonas, despobladas,
ay, mi colmenera Alcarria
volteada
de campanas
y de luces que me faltan,
desdentadas
barbacanas
que nadie guarda.

Por las páginas
aladas
de tu libro, casi todo, casi nada,
una ráfaga
serrana
de misterio por la cara,
acirates de mi sueño, rebanada
de pan con miel.

Tu posada,
caminante, muy lejana
todavía.

Muchas gracias.

RAMÓN DE GARCIASOL.

INTROITO

Estas palabras de un viaje, como todas las de su corte y confección, o séase, relatos de andariegos por cualquier pedacillo del Planeta, no se fueron dictando al redoble de la alpargata, al golpe del tacón, lo que no quiere decir —ni mucho menos— que los caminos que aquí se dice que se corrieron, los lugares por donde se pasó y otras cosas que por demás se apuntan no se hayan corrido, pasado y acontecido alguna que otra vez.

Muchos de estos caminos que aquí se pintan de pura tierra y hierbecilla en los relejes, ahora, se ven asfaltados, y, sobre ellos, en el lugar que entonces ocuparon los pacíficos gañanes y los morosos labrantines, pasan, a toda pastilla, mecánicos semovientes cuyo pestazo y rugido ponen en vilo las almas.

Muchos de estos pueblos que aquí se dicen sin cines ni otros entretenimientos, ahora, andan llenos de músicas estridentes y de imágenes fingidas a todo color, y aquellas mozuelas de buen ver que hacendosas se ocupaban de los pucheros del hogar o del riego de las macetas de los balcones hoy estarán dando el callo en el laboratorio, la fábrica o la oficina, lo que no quita que todavía, junto a la fogarada de la cocina, siga cantando el sacramental aceite de estas tierras y, todavía, queden albahacas y siemprefloras en los balcones de los atardeceres.

Torres y castillos ahí se quedan, hundiéndose poco a poco, si es que de ellos no se ocupó el ministerio correspondiente, recortando,

sobre el azul del cielo o el gris de los nuberíos, sus siluetas patéticas o tremebundas.

Todo esto o todo aquello se vio, se vivió o se soñó alguna vez, tal y como aquí se cuenta, aunque de forma ligeramente distinta a como aquí se dice. Pero que nadie se llame a engaño porque si, aprovechándome de las licencias literarias, a lo visto y vivido se le añadió una chispilla de fantasía, un adarme de imaginación, no se hizo por mal, sino para dar un tantico de coherencia a los acaeceres de la andadura que aquí se relata.

Pero que quede claro que, honestamente, creo que todo lo que va a continuación, impreciso de datos, vagoroso de números y cantidades, sigue, en su esencia, siendo tan valedero y real como lo fuera el día que, más o menos, ocurrió. Veinte años, más o menos, son muy pocos para cambiar un paisaje, ese paisaje que, con un poco de suerte y si amenazas víricas o nucleares lo permiten, seguirá estando lo mismo durante mucho tiempo todavía.

Y si el paisaje no varía en tantos o en tan pocos años, los pueblos cambian muy poco y menos aún las gentes que por ellos se mueven; que las personas siguen siendo, exactamente, como siempre fueron. Y el que esto cuenta, aunque bastante más viejo, también.

PRIMERA ZANCADA

La Sierra de Segura se encuentra situada en el confín nordeste de la provincia de Jaén y, según se puede leer en algunos libros de geografía —que siempre son lectura recomendable—, es un núcleo más de los tantos que constituyen el espinazo de la cordillera Ibérica. Si se miran ciertos mapas, a lo mejor se ve que la Sierra de Segura se coloca en el extremo sudeste de la citada provincia, aunque, en otros de similar factura, se compruebe que la sierra de que se habla donde de verdad, de verdad está es en todo el levante jaenero.

Pero si uno se echa a andar por allí, lo que acaba aprendiendo es que la Sierra de Segura es todo el mundo, todo un mundo difícil de separar de las otras sierras y sierrecillas que le dan la mano, como la de las Cuatro Villas, la de Cazorla, la de la Grana o la de Gilimona —que ya está en la provincia de Granada y que tiene nombre así como de insulto— y que no se distinguen mucho las unas de las otras.

Los geógrafos siguen diciendo o escribiendo —y algunos de ellos con una prosa que bien vale cuanto se quiera pedir por ella, como la de don Casiano del Prado o la de don Antonio Revenga, pongo por caso, de plegamientos alpinos o secundarios, de constituciones del suelo y del subsuelo miocénicas, calcáreas, jurásicas o cretáceas, cosa que uno no les discute porque en esto, como en casi

todo, llevaría las de perder. Donde acaso se llevaran las de ganar sería en el calificar a la Sierra de Segura de alta e hirsuta, accidentada y risueña y de buena moza que cuando se pone de puntillas alcanza picos que sobrepasan los mil y muchos metros sobre el nivel del mar, mientras emboza sus cerros, lomas, avoladeros, cuestarronas y costanillas con pinos negrales, salgareños o de los otros, carrascas, cornicabras, algunos robles, bastante monte, matas de todas clases y abundantísimo olivar. También, con los tendaderos de flores sin amo y de hierbas medicinales o de olor, como el cantueso, el espliego, el romero, la salvia, el amor de hombre, la manzanilla, el boldo, el poleo y muchas más que puede que se digan más tarde.

Animalicos también los tiene para dar y tomar. Mentar el venado y la raposa, el jabalí y el gato montes, el lobo y el tejón, sólo sería empezar la cuenta. Nombrar a la víbora y al alacrán, al lagarto y al conejo, a la comadreja y al topo, tampoco sería decirlo todo. Hablar de pájaros, desde el águila al colorín, sería interminable, y hacerlo de la mariquita y el ciempiés, la hormiga y la moscarda, el caballito del diablo, la araña, la luciérnaga, la mariposa, los sapillos de luz y el abejorro sería el cuento de nunca acabar.

Y para qué contar los peces, si la Sierra de Segura es —y esto no hay quien lo dude— la capital del agua. Los ríos famosos, Segura y Guadalquivir, y bastantes más, aunque se nombren menos, nacen en ella y en ella cantan como infantes gozosos, y si nos liáramos a contar los riachuelos, los arroyos, las vaguadas, los barrancos, los manantiales, las fuentes y los veneros nos íbamos a estar dando a la lengua hasta mañana por la tarde.

Hombres y mujeres, más o menos conocidos y que dejaran más o menos señales en la historia, tuvieron su cuna o su sepultura en esta serranía, como doña Mencía de Figueroa, madre y pariente de poetas de los de aquí te espero, o como el célebre moro Hamet el Melín, famoso por sus habilidades en el juego de los bolos, según la variante serrana, y por sus desaforados hartazgos de niscalos cabezones.

Hay quien dice que en la Sierra de Segura sólo se dan las cuentas arriba, pero eso son ganas de exagerar.

* * *

El viajero se encuentra a gusto. Tan a gusto y tan contento está el viajero, con las posaderas en blando, las espaldas a lo mismo y el airecico retozón que al colarse por la ventanilla le alborota la pelambarrera, que, si le valiera, se pondría a cantar. Si no lo hace es por no molestar a su paisano Frasquito, el transportista, que bastante tiene con el volante de la furgoneta y el purito rebelde que mascurrea y que se le apaga a cada poco.

El viajero está a gusto y contemplando, casi manriqueñamente, las tierras rojas, mollares, apelotonadas y buenas paridoras del vallejo en donde se alza la cortijada de Guarnillos, que, hace un momento, se quedó allá atrás. Para quien no lo sepa —hay mucha gente que no lo sabe—, en la cortijada de Guarnillos, cuando se llamaba de Guadalhornillos, nació, allá por las primicias del siglo XVI, el bachiller don Aniano Cardera de los Bateles, hombre de pluma y tonsura cuyos manuscritos nunca se dieron a la estampa, probablemente por las audacias que se tomó en lo tocante al derecho de gentes, aunque, según se dice, el bibliógrafo don Antonio Rodrigues Moñino siempre sospechó que el corpus de su «*Tractatus Gentium*» se imprimió clandestinamente en Amberes poco después de la batalla de Lepanto. Frente a la cortijada de Guarnillos, al otro lado de la carretera, se levanta un cerrete de poca monta que llaman de La Bretaña, pero lo más seguro es que ese nombre esté mal puesto o peor pronunciado.

Las diez están al caer cuando la furgoneta traspasa el arroyejo de los Bacayos, trota la cuesta abajo y se ciñe a las curvas del Cornicabal antes de enfilarse la recta que se brinca el puente del río Beas, ese río entrañable que antaño se nombró Cantarranas, que es nombre más propio para la tarde de rabona en la que los chavales, bajo la solanera de las cinco, que en este tiempo son las tres del sol, bus-

can los charcones de La Condenada o del Puente del Diablo, para darse ese chapuzón que dura hasta la anochecida, que se aroma con los granados en flor y los lánguidos árboles del paraíso que crecen junto al camino de los huertos.

En gozos está la mañanica de este veintidós de mayo, festividad de Santa Rita de Casia, de Santa Rita la Llorona, como familiarmente se la nombra. El olivar está en flor, olorosos de sabidurías, y el tiempo se ha asentado después de las tormentas de estos días atrás; altos están los cebadales espigados y ya amarillean los albaricoques que se pintan entre la penumbra verde del hortal; olor de higueras acude desde la estrecha cañada, olor a tierra húmeda; el cielo es de un azul imposible y el río, con voz de crío, ensancha un poco las espaldas para abrir las anchuras del valle, donde se remueven y se mezclan los colores rojizos de las tierras del Condado, el amarillo gredoso de la Loma y los tonos oscuros que representan los suelos de la Sierra.

En la explanada de Ventilla del Río Beas a pleno sol, tres o cuatro camiones, de los que bajan cargados con las maderas de los aserraderos de Siles, enfrían los motores bajo la corta brisa. Sus conductores, cigarro negro y tripa cervecera, apontocados en el mostrador del establecimiento, estarán tomándose las copas de media mañana.

* * *

Esta madrugada, con el sol en la punta de las torres azulejadas del hospital de Santiago, después de una mala noche de largos trenes y autobuses bamboleantes, el viajero se apeonó en el Altozano de Úbeda. Tadeo, el del bar Tadeo, que por la cuenta que le tiene es hombre madrugador y de ideas amplias y liberales, ya tenía abierto su chiringuito y allí se metió el viajero para tomarse un doble de café. Con el codo en la barra, un pie en el escaloncillo del mostrador y el vidrio al trasluz, Frasquito, el transportista, se tomaba a lengüetazos su copa de triple seco.

—¡Jo, macho! ¿Desde cuándo no venías por aquí?

—Desde la boda de mi primo.

—Pues ya va para largo, que tu primo anda por el octavo chaval.

—Sí. Pero los dos primeros partos fueron de melguizos.

—Anda y no te inventes disculpas...

Frasquito apuró la copa y se largó a la calle, a navegar con los asuntos de su trapicheo, y, antes de que su paisano acabara con el doble de café, que se lo habían puesto albandando, volvió a entrar en el bar tan contento porque ya no se volvía de vacío al pueblo. Don Luis el Maestro nuevo de el Arroyo, le había encomendado el porte de una nevera que compró el otro día. El Frasquito, tras otra copa de lo mismo, dice que se va para allá.

—Si quieres te llevo.

El viajero, por no tener que esperar dos o tres horas a que saliera la alsina, no se hizo de rogar.

—Vale.

* * *

Corretea la furgoneta por la recta de El Arroyo, entre el cortijo de Veniel y la Venta de Cabrera, ese casar que, de ventorrillo de poca sombra que se alzó junto al cordel de ganado, se ha convertido en cortijada de trescientas almas y alcalde pedáneo. Hace cosa de cincuenta o de cien años, a esta ventilla se le decía del Tuerto Cabrera y a la fuentecilla que, hoy sin nombre, le anda cerca se la conoció por la fuente del Marrano. Hoy, ventorro y fuente se nombran o no se nombran de forma más benévola, menos agresiva, hasta se diría que un tanto más cortés. La gente parece haber perdido la saña, la mala uva que tenían los antiguos. Ojalá y sea verdad y no sólo figuraciones que ahora se hace el andorrero. Un poco más allá de la Venta de Cabrera está el cortijo de El Álamo, aquel que quisieron convertir en aeródromo, cuando la guerra, y también ha dado un buen estirón. Hacia el poniente, cerca de

donde el Guadalimar se bebe al Guadalmena, el cortijo de Turru-
chel se esconde entre los olivares.

A la sombra del álamo negro que medró a la orilla de la carre-
tera, un labriego, que se toca con un ancho sombrero de palma
desflecado por las alas, se corta las uñas de los pies con una chaira
de a cuarta.

—Ese cumple el precepto de las tres eses.

—¿Y eso qué es?

—Que para cortarse la uñas hay que hacerlo a solas, el sábado
y al sol...

Si el viajero fuera hombre de estudios, de esos que hablan tan
bien y con palabras muy largas y precisas, bien traídas y tan reple-
tas de enjundia que parece que casi se pueden palpar, ahora estaría
echando mano de ellas, poniéndolas en fila y juntándolas según las
reglas gramaticales, para contar lo que este campo que mayea le va
poniendo delante de los ojos. Pero como el viajero no es más que
un fulano de lo más corrientucho que se da, y cuyas palabras,
aunque son muchas, son, también de lo más corriente, de esas que,
como a casi todo el mundo, sólo le sirven para dar los buenos días
o para pedir unas copas, prefiere callarse, retrepase en el asiento
de la furgoneta, liar un pito y mirar como un bobo toda la her-
mosura que el paisaje le está enseñando.

Sangra el trigal por las amapolas tumultuosas que se le pintan
acá y allá. El poco trigal que hay o la poca cebada que se encuen-
tra, ya que por estos mundos jaeneros son las olivas las que se
llevan la palma y la mayor parte del territorio. Desde las cuesteci-
llas que suben hasta el cortijo del Acemilero hasta las orillas del río
Guadalimar, un mantón de olivos cubre y colma el panorama. Son
olivos de capacho y medio, de tres pies y copa monumental. El via-
jero piensa que el hablar de estos rodales, de lo que por aquí se ve,
sin mentar los olivos, es poco menos que imposible.

—¿Y si te callas?

—Da igual. Ya sabes que es en el silencio como más engordan
las aceitunas.

Frasquito, el transportista, le da la razón al tiempo que chupa el puro, cambia de marcha y le pega un bocinazo al mulero que arreando a un par de mulas castellanas trata de cruzar, por donde menos debe, la carretera.

—Cucha que tío más tonto perdido. De poco lo mato...

Ya se dejaron, a la derecha de la carretera, los carrillos emboscados que llevan al cortijo de El Tobar y a la fábrica de aceites de San Roque y ya asoman, mucho antes de lo que el viajero se espere, las primeras casas de El Arroyo. El pueblo ha crecido tan largo desde la última vez que se vino por él que, ahora, talmente parece anchurosa capital.

—Pues no te creas, que, con el tiempo, acabará siéndolo. Este pueblo está muy bien situado, a las mismicas puertas de la Sierra, y tiene campo de sobra para crecer lo que le da la gana. Su gente, como sabes, es muy emprendedora, no para quieta y, a este paso, como se empeñe, acaba teniendo obispo.

—Y puede que universidad.

—No, eso no. Por estas tierras no somos muy dados a la letra, que lo nuestro es el campo y eso que ahora, con eso de la atómica, el campo anda muy desconcertado.

La furgoneta de Frasquito espanta a las dos o tres gallinas que hacen turismo en la calzada; una de ellas está a pique de fenecer bajo las ruedas del chisme.

—A poco más, esta noche arroz con pollo.

Lo que no ha cambiado en El Arroyo es su olor; su luz, tampoco. La luz de El Arroyo del Ojanco, que ese es el nombre y el apellido del pueblo, es una luz blanca de cales, rosa de polvo de arcilla y una espumica verde que se ve mejor cuando, después de haber mirado durante un buen rato el caserío, se cierran los ojos y la imagen se descompone bajo la oscuridad de los párpados. El viajero sabe que esto, como otras cosas, no lo explica muy bien, pero quien quiera entenderlo a lo vivo no tiene más que hacer la prueba. Lo del olor es más sencillo. El Arroyo del Ojanco huele a

maderas nobles, la nobleza de los olivos que lo cercan y la de los pinos que le mandan bocanadas de buen olor.

El Arroyo del Ojanco, en menos de cien años, pasó de venta caminera a población bien cumplida, que, por estas fechas, andará sobre los dos mil y pico de habitantes y unas setecientas casas repartidas entre ocho o diez calles y callejones. El Arroyo, que es pedanía aneja a la jurisdicción de Beas de Segura, tuvo sus pujos independentistas que no cuajaron porque la gente de Beas se puso firme y cabeza.

—Tampoco les va tan mal.

—Sí; eso es lo que decimos todos.

Cuando le parece bien, que para eso es el que manda, Frasquito para la furgoneta y, al primero que pasa, le pregunta que por dónde cae la casa de don Luis el maestro. El viajero aprovecha la parada y se apea del chisme, pues no tiene ganas de andar descargando neveras, cosa que, a todas luces, se le viene encima, aunque sólo sea por agradecer a Frasquito el viaje.

—Mira, Frasquito, yo me quedo aquí, en el bar; que me ha entrado así como un desmayo y voy a ver si me repongo.

El Arroyo del Ojanco está junto al agua que le da nombre y que le pinta un hortal bastante apañadillo. Salvo ese renglón de verduras, la tierra es para la oliva y para las pocas fanegas de labor que suben hasta la Carrasquilla, cerro sobre el que se alzan los famosos cortijos de la Porrosa, los Pollos y el Carrizo, Por encima de la Carrasquilla azulean los primeros altos de la Sierra de Segura.

—¿Y te vas a andar la Sierra?

—¡Anda este! ¿Y por qué no?

—Porque tiene mal andar.

—No será tanto.

—Pues tú siempre andas diciendo que la Sierra sólo tiene cuestras arriba.

—Ya sabes que, con el tiempo, se muda de pelo y de parecer. Y si lo de las cuestras sigue siendo verdad, también es cierto que las vistas son muy hermosas y esto lo tengo poco andado. Además

que siendo, como yo soy, un entreverado de muchas tierras, entre otras, esta que pisamos, es justo que a todas les dedique la atención de que yo sea capaz. Conocer es amar, según decía no se quién, y yo le debo amor a estos terrones. El amor, el tiempo y los caminos hacen a los hombres mayores de edad, saber y gobierno, y, aunque uno no vaya para gobernante —Dios nos libre de semejante manía—, algo tendré que aprender para gobernarme a mí mismo, que quien camina desgovernado bien puede acabar como el rosario de la aurora. Por otra parte, y si nos vamos por lo material del buche, mucho me han ponderado los niscalos cabezones y los espárragos trigueros que por estos predios se dan, y, mal que no es el tiempo de los primeros y los segundos estén ya un tanto pasadillos, quién me quita que, por un casual, me los encuentre en sazón o en conserva en donde menos me lo espere. Mira, hijo, aprende lo que yo me aprendí a mi costa y no te empecines en tus opiniones, que cuando más seguro se está de ellas, más cercano se está de meter la pata hasta el corvejón. Y esto es cosa que también prediqué siempre que pude y me dejaron; que si los juicios de valor son producto de la cerrazón de mollera, las opiniones provienen, casi siempre, de cómo te anda la caja del cuerpo, cosa que se puede arreglar con una almozada de bicarbonato. Y vamos a dejarlo, si te parece, pues, como siempre me ocurre, ya estoy empezando a confundir las churras con las merinas y así no se va a ninguna parte.

El viajero habla solo. Es una vieja costumbre y ya no es cosa de tomar nuevas mañas. Lo malo del asunto es que, si hablando se entiende la gente, hablando a solas se acaba sin entenderse uno mismo.

Frasquito, el transportista, que ya descargó la nevera y cobró los portes, entra en el bar.

—¿Qué tomas?

—Otro blanco.

—Yo convido, que me has dado suerte. Mira por dónde me cayó otra chapuza y me voy a Villacarrillo a llevar un armario ropero.

—¿Siempre andas así?

—¡Qué más quisiera! Hay temporadas en las que no saco ni para vicios... Por eso tengo que aprovechar la racha. Lo que siento es que no te puedo acercar al pueblo.

El viajero le dice que no se preocupe, que la cosa no es tan grave, que ya encontrará cualquier combinación y que no tiene tanta prisa. Frasquito ofrece la petaca, dos blancos más y se va a lo que le hace ganarse el pan. El andorrero se queda solo, echando sus cuentas, pensando en sus caminares.

Desde El Arroyo del Ojanco hasta El Puente de Génave corre legua y media por carreterilla acomodada; en un par de horas, cualquiera puede llegarse a El Puente a la hora de comer. Como hay tiempo para todo, el caminante le pregunta al del bar:

—¿Usted conoce a Bernardino, un chico que estuvo estudiando en Madrid y que tenía una vespa color rosa?

—Así, a las primeras, no caigo...

—Uno grandón, moreno, bien plantado...

—¡Ah, coño, el Bernardino! ¡Jo, pues claro que lo conozco! Cómo no lo voy a conocer, si es de mi quinta; sí hombre, sí. El Bernardino... ¡Jo, el Bernardino, qué buen chaval! Pues verás, hace cosa de tres o cuatro años, o puede que vaya para cinco, al Bernardino le tocaron las quinielas, colgó los estudios, se casó con la novia que tenía en Gútar y se compró una finca muy apañadeja, cerca de los Pascuales. Por allí lo tienes. Venir, viene poco por aquí, pero cuando viene, buenas nos las corremos. ¡Jo, el Bernardino, pues menudo es! El año pasado, para las fiestas de El Puente, se bebió media arroba de vino de una sentada y todo por una apuesta... Y otra tarde, que fuimos a atar al diablo, mató a una borraca de un cabezazo.

—¡Qué tío!

—Y luego, que es más bueno... No tiene nada suyo...

Al fulano del mostrador, recordando las cosas de Bernardino, se le abre la vena de la generosidad e invita a un par de blancos por cuenta de la casa. El viajero se pone más contento que Mateo

con su guitarra al recibir tan buenas noticias de su amiguete y, tras corresponder a la invitación, sale a la carretera y la enfila con rumbo a El Puente. A lo que el caminante no se atrevió fue a preguntar por don Ramón, el viejo maestro de escuela, no le fueran a decir que el hombre se había muerto o cosa parecida.

—¡Qué tontería! ¡Morirse don Ramón! Don Ramón se jubiló, va para tres años, y ahora está en Granada, con la hija que tiene casada allí...

—Si lo llego a saber...

Anda el caminante bajo la solina de las doce la mañana. Los cuatro o seis vasos que se metió en cintura le hacen arrastrar los pies. El Arroyo del Ojanco lo despide con la música ratonera de los almireces que machacan el ajo y el perejil que se añade al caldo del cocido, con la voz del chiquillo que canturrea una cancioncilla picante y el trantrán de una camionetilla desvencijada que, con tumultos de tubo de escape y chirrido de frenos, para a su lado.

—¿Dónde se va?

—Al Puente.

—Sube.

El caminante acepta la convidada, pues, aunque el camino no es mucho, el sol pica más de la cuenta y el blanco de El Arroyo ya le hizo dar más de un trapiés.

—Con que al Puente... Yo voy más allá. Yo voy a Orcera, a comprar unos gorrinos de verdeo y no me gusta viajar solo. A mí me gusta hablar y no porque crea que hablando se entiende la gente, que la gente no se entiende de ninguna de las maneras. La mayoría de las veces, ya sabes, se empieza hablando, se sigue discutiendo y se acaba uno tirando los trastos a la cabeza. Por eso, a mí, de lo que me gusta hablar es de cosas que estén bien claras y no admitan discusión y, sobre todo, que no me importen. ¿A ti no te parece que tengo razón?

—Pues sí; ya lo creo que sí. Lo malo es que, a lo mejor, vas y sacas una conversación que te piensas que no le importa a nadie

y, de pronto, te encuentras con uno al que sí le importa, porque siempre hay gente rara, y ya tienes armado el cirio. Claro, que peor es estarse callado, que la lengua, para algo nos la puso Dios.

—¿Tú crees en Dios?

—Mala pregunta es ésa. Ya sabes que por decir que sí o que no se han matado más hombres que pelos tiene un mono.

—Pero eso fue antiguamente.

—No tanto...

Trota la camioneta por el paisaje batido por el sol; entre el calor de estas horas y el que va soltando el motor del cacharro, el agua del radiador se escapa por el morro del vehículo en forma de chorro de vapor. Antón, el de la Montora, que así se llama el conductor y propietario del chisme, para al filo de la cuneta y le da de beber al trasto.

Antón, el de la Montora, andará por los treinta y tantos años, es casado y ya tiene tres chavales. Es natural y vecino de Benatae, el pueblo de la Sierra en donde mejor se preparan los andrajos con liebre; con perdiz también los hacen muy buenos. A los andrajos con liebre que se apañan en Benatae hay que echarles de comer aparte. Se conoce que como el pueblo es chico, unos quinientos vecinos, y la carretera que hasta el pueblo llega es bastante dificultosa, Benatae está medio aislado y sus habitantes todavía no se han maleado con los ingredientes y comistrajos que por el mundo se llevan. Según dicen, la gachamiga, que también preparan las mujeres de Benatae, merece un montón de lauros, aplaudidas y tantarantanes.

—¿Y el ajo del marqués?

—Deje. De eso ya hablaremos

Antón, el de la Montora, fuma tabaco verde, pesará unas ocho arrobas y estuvo haciendo la «mili» en la provincia de Huesca, cuando todo aquello de los «maquis». El viajero, que, por otras razones, anduvo también por aquellas tierras y por los mismos tiempos, mira por la ventanilla y cambia la conversación.

—¿Y qué tal te apañas?

—No me quejo. Con este negocio, por lo menos, estoy en mi pueblo y no rodando por esas Alemanias...

Apacible va la carretera aprovechándose de la cañadilla que abre el curso del Guadalimar. El terreno, a las dos manos de la marcha, comienza a encrespase y en él dan fin los olivares espesos que, hasta ahora, le venían haciendo sombra y compañía. Se alzan los cerros de distinta altura; los primeros, los de las Hermanillas, la Alta y la Baja, y empiezan a verse los pinos que remontan las cuestras que buscan los asomaderos al término de Beas de Segura. Los olivares raleantes cobijan las cortijadas del Tamaral y de los Prados que se empingorotan lo más arriba que pueden.

Va hecho un mozo el Guadalimar. Sus aguas todavía son claras y cantoras en la represa y en la turbina de la almazara de los Avileses. Cuando el río llegue a El Condado, cambiará nombre y color; Colorado le llamarán, pero, ahora, el río es azuliverde, tal como vino por la cañada del Señor, bajo las ruinas del castillo de Tasca; en sus aguas salta la trucha, navega el barbo, se mira el pino y la brisica serrana se refresca los pies.

—¿Y te piensas andar todo esto?

—Según me dé...

—Sube a Siles y, si puedes, no te pierdas Villarrodriego. Si le echas coraje al asunto puedes subir a la Peña de los Enamorados. No sé por qué la llamarán así; lo que sí sé es que cuando yo subí, siendo chico, casi me mareé; parecía que estaba en un aeroplano, de lo muy altísimo que está aquello.

El caminante no dice nada, por no desairar, pero sabe que no se llegará a Villarrodriego. A campo través, por las marañas de la Sierra, el camino es muy trabajoso y, si se da la vuelta por la carretera de Génave, son más de diez leguas, todas cuesta arriba. Villarrodriego es pueblo que fundara don Rodrigo Manrique cuando estuvo de comendador de la Orden de la Espada, en Segura. A don Rodrigo Manrique, algunos de sus contemporáneos le llamaron «el segundo Cid». Otros no; otros, como la deslenguada Panadera, la de las célebres coplas, lo pusieron a caer de un burro. Antón,

el de la Montoras va contando una prolija historia que a nadie le interesa:

—Pues sí; Juanico, el Caballo, el hermano de ese Ezequiel que te digo, era el hijo mayor de Paco, el Pescado, ese que se casó con la hermana del Toroco, el que fue guarda del cortijo que don Crescencio, el de Alcaraz, heredó de su tío don Ramón, el cura...

—No hace falta que me des tantas señas, que yo no conozco a nadie...

—Pero las cosas hay que contarlas bien o no contarlas...

El paisaje está cambiando a todo cambiar; los pinares van ganando la batalla a los olivos. Antón, inflando el pecho y sorbiendo por la nariz, comenta:

—¿Te das cuenta de lo bien que huele por aquí?

El viajero, que a lo único que huele es al pestazo del tabaco verde que fuma su compañero, dice que sí, que huele muy ricamente, que será por el monte de ahí al lado, por las jaras que se entreabren. Y, con éstas, llegan a las primeras casas de El Puente.

Por cumplir y porque así lo manda la ley del camino, el andariego convida a un par de vasos en el primer establecimiento del ramo con que se topan. Antón, el de la Montora, lo agradece, aunque no haga ademán de corresponder. Mientras bebe y pincha le dice al caminante que por qué no le acompaña a Orcera.

—Contigo se va bien y no se discute.

El andariego no acepta el convite. Esto de hacer los caminos apoltronado en el banquillo de un camión está bien para un rato, pero lo que a él le gusta es darle al calcañar y no piensa renunciar a este gusto. Antón, el de la Montora, no insiste y, cuando sigue su camino, el andorrero se queda a verlas venir.

—¿Dónde se podría tomar un bocado?

—Si no pide mucho, aquí mismo.

El andariego se sienta a la mesilla que hay en un rincón de la tasca y echa un cigarro a la espera de lo que los amos del local le dispongan.

—A ver si hay suerte...

El Puente de Génave es un pueblo serrano de una vez; pueblo de aguas abundantes que cantan monjiles en los brinquillos que pega el río y abadengas bajo las arcadas del puente que dio nombre a lo que, hasta no hace tanto, fuera aldea de La Puerta de Segura. Cuando los puenteños alcanzaron la independencia municipal, se animaron y ahora andan en ver si se bajan a su pueblo la cabeza del partido judicial que radica en Orcera. Como sigan así, son capaces de llevarse hasta la capitalidad de la provincia.

—O se declaran en estado libre asociado.

—Tampoco pedimos tanto —replica el concejal de cultura, que es maestro, gasta bigote recortadillo y fuma rubio—. Lo que pasa, y eso no se puede negar, es que El Puente está mejor comunicado que todos estos pueblos, con sus tres o cuatro carreteras y a un paso del ferrocarril de Baeza a Utiel, que el día que se acabe, que ya va siendo hora, pues las obras se empezaron cuando la dictadura de Primo de Rivera, nos pondrá al alcance del mundo entero. Los otros pueblos de por aquí nos oponen unas razones históricas a las que no hay que hacer mucho caso, que la historia pasa y con ella las glorias y las memorias. Si a ello vamos, el pueblo que tiene más solera y más piedras viejas es Segura, y ya ve usted lo que es Segura, un pueblecillo todo lo bonito que se quiera, pero en un lugar inaccesible y alejado de todas las rutas por donde camina la civilización occidental.

El concejal de cultura de El Puente de Génave habla muy bien y, cuando habla, echa por la nariz el humo del pitillo que se está fumando, con un gesto elegante, estudiado, como copiándolo de las películas de Humphrey Bogart.

Cuando el andorrero se comió todo lo que le pusieron por delante, el clásico cocido de tres trancos, de fideos gordos como sogueros, garbanzos tiernos y abundante pringada, se tomó un cafetillo de postre y pidió permiso para dar una cabezada, de bruces sobre la mesa. Un par de horas se pasó el hombre en brazos de un sueñecillo reparador y gratificante que le trajo, en sus sueños, ca-

minos de dulce andar y amenas compañías. Fue al despertar, cuando se estaba tomando una fanta del tiempo, cuando se acordó de su primo.

El primo del andariego, uno de los muchos parientes y habientes de los que se le reparten por estos territorios, cuando acabó la carrera, se fue a trabajar a los Madriles, en una empresa multinacional de maquinaria agrícola pesada que lo traía como a puta por rastrojo volando a Alemania, a Inglaterra y hasta puede que bastante más lejos, hasta que el primo del andorrero, harto de volatines y trasnoches, puso los pies en la pared, pidió la baja en la compañía, agarró a la parienta y a los dos crios y, como hiciera el bueno de fray Luis de León, se alejó del mundanal ruido, se compró una burra, vendió el coche y puso un chiringuito en el Puente de Génave.

—¿Y tú te piensas que hizo mal?

—¡Yo que voy a pensar..! Yo no digo ni mus, que cada quien apaña su vida como le conviene y más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Mi primo, en el pueblo, es feliz; si madruga es por que le gusta y si trasnocha es por que le sale de los dentros y no como otros, que hay que ver la vida tan loca que se llevan, al borde del infarto y de la úlcera de duodeno, porque en el extranjero no se comen más que baratijas sin sustancia y comistrajos llenos de aditivos, colorantes, conservantes y excipientes que no son del caso. Mi primo cultiva sus tomates, se hace una ensalada con sus pepinos, come de su gorrinillo y, desde que se dejó de viajes y tractores, ha engordado siete u ocho kilos que le han venido la mar de bien.

—Y hasta se ha quitado del vino.

—Sí; eso es lo único malo...

El viajero pregunta por el chiringuito de su primo para ver si, al tiempo que le abraza, le socaliña una copichuela, pero el chiringuito está cerrado. Desde fuera se ve que el establecimiento está muy chulo, muy bien montado y tan bien puesto que casi parece una cafetería de la capital. Uno que pasaba por allí le dice al viajero:

—Esto no se abre hasta las siete o las ocho, que es cuando al personal se le ponen ganas de meterse en bulla. El amo, por las tardes, se va a la finquilla que tiene su señora, cerca de las Camarillas, y allí se entretiene con su huertecillo, que tiene hecho un espejo...

El Puente de Génave, aunque mucho creció, sigue siendo un pueblo chiquitillo y mono, de unas dos mil almas que se dan al cultivo de la tierra o a las labores propias de su sexo y condición. El Guadalimar lo parte en dos barrios casi iguales en los que no hay muestras de mayor mérito, en lo tocante a pergaminos y piedras viejas. El Puente de Génave es pueblo carente de pasado y mira al porvenir, y, más que esperarlo sentado, le sale al paso lleno de fe, de esperanza y ganas de pasárselo bien sin ofender a nadie.

El viajero no tarda mucho en echarle un vistazo al pueblo. Cuando lo patea una miaja, se fuma un pito, sentado en un poyatón de la plaza, y piensa en que lo que mejor puede hacerse es irse a La Puerta de Segura, pues la legua escasa que de ella lo separa se andará sin mayores agobios, puesto que, todo el día, gracias al Frasquito y al Antón, se lo pasó con el culo en el asiento.

Desde El Puente hasta La Puerta van dos carreteras, lo que no deja de ser un lujo, un desperdicio de asfalto. La que sigue por la derecha del río corre sin cuestas ni costanillas, ni siquiera cuando se brinca los arroyos del Espejuelo, el Gavilán y las Cañadillas. La otra, más revuelta y de peor firme, faldea los llanos de Arriba y las cuestas de Peñolite, que, como es costumbre, se reparten el pino y el olivar. El camino de la Cuerda de Lucas, que es un matadero, separa pinadas y olivares, como, más adelante, los vuelve a separar el arroyo del Yegüerizo. En un cerrete que se pone de puntillas entre la carretera y el río están las ruinas del castillo de Bujalamé, nombre que no puede negar que es más moro que Mahoma. Más alto va el cerro de la Carrasquilla y, mucho más, el pico de la Buitrera, que ya se encima por más allá de los mil doscientos metros.

Ruedan, cuestas abajo, los olores entrañables de la resina pinariega y de la flor del olivar; desde el Guadalimar sube el aroma del sauce llorón y de la mata de juncia que el caballito del diablo so-

brevuela y la mariquita vestida de lunares investiga. En el término municipal de La Puerta del Segura se dan la llamarada rojiza del raposo que se hurta, el relámpago verde de los ojos del gato montes, el volantín de la ardilla equilibrista, la paciencia minera de los tejones y la correntilla de la liebre asustadiza. Antes, por aquí, había lobos y hasta se dice que hubo osos. Hoy, los osos están descasados y los lobos se fueron para arriba, hacia la serrezuela del Calderón. Por los cielos altos y sin final, el gavilán palomero y la paloma zurita; también, la perdiz de pata roja, cuando llega su tiempo, como el tordo y el zorzal; los otros pájaros allí están, en todo tiempo. En la Sierra de Segura, ya puede usted pedir, que lo que es animalicos, los hay para dar y tomar.

—¿Componiendo un equilibrado ecosistema?

—Bueno... Pues, sí... Vamos; no lo sé... Un servidor no entiende esas palabras tan finolis que ahora ponen en los papeles. Si lo que usted quiere decir es que, en la Sierra, hay bichos de todas las especies, le diré que sí; que muchos más y que todavía no se mentaron. También, que el bicho más grande se come al más pequeño, como ha pasado durante toda la vida y no sólo con los animales, sino también con las personas y con las naciones; los unos por su necesidad y por su instinto, los otros por su ambición y las otras por eso del poder divino de los reyes. Eso que usted dice de la ecología es más viejo que mear a pulso, lo que pasa es que antes se llamaba de otra forma y no nos calentaban tanto la cabeza con ella.

Cuando el río se da la vuelta, se acerca a la carretera. Entonces se oye su son. El agua baja con prisas y, al bajar, arranca de cada piedra, de cada rama que se le atraviesa en el cauce, una madeja de espuma verdosilla y tan graciosa como una pieza de encaje abullonado. El caminante se alegra con la espuma y con el canturreo, a la vez que se remoja de esta luz serrana, más tenue y menos furiosa que el resplandor de los llanos por los que otras veces anduvo. La luz de la Sierra, como la luz que conviene cuando se está pasando el sarampión, es una luz de seda que acaricia los ojos del andariego, quien, por el filo de la cuneta de la izquierda, según mandan

las ordenanzas del tráfico vial, anda a lo suyo y deja correr a los vehículos motorizados o a los semovientes de sangre que van a donde tengan que ir.

A eso de las ocho pasadas, pues la andadura se hizo despacio, recreándose con el airecillo de la tarde y con la florecita tierna que engalana cualquier rodal, el caminante llega a la pontanilla del arroyo de la Gachamiga, justo en donde los caminos vecinales de collado Mahón, por debajo del cerro Codillo, y el que viene de la Agracea se juntan con la carretera que viene andando. El andorrero se sienta en el pretil de la pontanilla y lía un cigarro prieto y rechoncho que se fuma plácida, morosamente, antes de desollar el kilómetro corto que le falta para llegar a La Puerta.

La Puerta de Segura o, sencillamente, La Puerta, para ahorrarse resuellos y saliva, es pueblo mayor que el que se quedó atrás, con casi el doble de casas, aunque de vecinos estén a un cantar. El Guadalimar, por no hacerle de menos, también lo parte por la mitad y hay un puente añoso que sirve para pasar de un barrio a otro, del nuevo al viejo, que es el que, a mano zocata, se encarama por la cuesta de las Cañadas.

Don Pedro Ñuño de Esgueva, por mal nombre, el Capullón y adalid de frey Pelayo de Correa, gran maestre de la Orden de Santiago, que lidió contra la morisma reconquistando esta tierras, tuvo como suya y de la mano de la Orden la villa de La Puerta, reparó su puente, adecentó sus baluartes, empedró la calle principal, tuvo hija legítima con doña Violante de Mendoza y diecisiete hijos bastardos con aquellas que lo consintieron. El don Pedro Ñuño embaulaba vino como una cuba y acabó sus días retirado en el convento que los padres franciscos tuvieron por ahí más arriba, cerca ya de los linderos con la provincia de Albacete. El don Pedro de esta historia, como bien se advierte, fue hombre muy dado a las obras públicas, al fornicio y a la piedad, a partes iguales y cada cosa a su tiempo, como es de menester.

El andorrero, a la vez que pasa el puente, se va acordando de lo que le contaron, cuando era muy pequeño, de los orígenes del

nombre de este pueblo que fue lugar torreado y en la boca del desfiladero que era y es paso obligado para llegar a Segura; de ahí su nombre de Puerta. Al andorrero también le contaron que, como Beas de Segura está en el camino que a Segura lleva, se llamó Vías de Segura, por lo que, en los rollos y mamotretos antiguos, se le ve escrito con uve. El andorrero, que ya es mayorcito, no se pasa a creer todo esto, pues sabe que eso de la uve baja y la be de burro estaba muy incierto en aquellos felices tiempos en los que todavía no se habían inventado las faltas ortográficas.

—Hasta que vino don Elio Antonio y echó el carro por el pedregal.

—Sí, señor. Que más le valía haberse estado quietecito.

Lo que sí es verdad es que el Guadalimar pasa estrechándose como un silbido por el desfiladero que se dice y que su rumor de agua en alboroto resuena contra las fachadas de las casas que se le asoman. El sol, medio poniéndose, se mete por la cañada adelante y alarga sombras y las mezcla con las que caen de los cerros de las Lagunillas y del Cárdete, donde también se ven las ruinas de otro castillo moro.

El caminante entra en un bar muy limpio y muy bien alumbrado que hay en la plaza, donde se toma un vino con un pincho de morcilla blanca. Un aparato de televisión, que a cada poco se llena de rayajos y de puntillos blancos, escandaliza desde lo alto de la peanilla en donde el amo del bar lo ha entronizado y su esposa ha cubierto con un tapetillo bordado a punto de cruz. El chisme cuenta algo de los disturbios estudiantiles que están teniendo lugar en la capital de Francia y, en la pantalla parpadeante, se ven, cuando las rayas lo dejan, cómo los gendarmes reparten leña entre los de la manifestación.

—¡Vaya un follón que se traen..!

—Es que los franceses son muy suyos...

Las gentes no hacen mayor caso del aparato, sino que están a lo que están, a la botellita de vino blanco que comparten y a los boqueroncillos fritos que la empapan. Allí nadie toma cerveza;

el que más se propasa sólo llega al vermú. El del vermú es uno que tiene pinta de señorito, lleva corbata y escribe algo en un papel.

—Es el médico nuevo; el que vino cuando se murió el pobre don Juan.

El médico difunto, don Juan Martínez Ruiz, fue el hermano de don José Martínez Ruiz, el escritor que se firmaba «Azorín», del que todo el mundo ha oído hablar y al que muchos alaban. La gente de La Puerta, más dada a lo práctico que a las bellas letras, todavía presume y recuerda a su médico difunto, que fue el primero que puso inyecciones en más de diez leguas a la redonda.

—Pues el «Azorín» ese escribía hasta en el «ABC» y ponía muy bien los puntos y las comas...

—Pues su hermano, con los enfermos, mano de santo...

El andariego, que se quedó bien servido con el abundante cocido que se enchiscó al mediodía, no tiene muchas ganas de comer. De lo que sí las tiene son de dormir; la chispa de siesta que se echó no le compensó viajes y caminatas. Allí mismo, en el bar, se toma un montadito de lomo y pregunta por la posada. Cuando sale a la calle, el pueblo está vacío.

Luce la soledad de las farolas y la mayor soledad de la luna amarilla y menguante; las ventanas abiertas de las casas tienen la luz discreta que les ponen las tulipas de colores, y el andariego las mira y se imagina historias familiares, íntimas y reposadas, sin pies ni cabeza, pero que le entretienen el paseo.

El andariego, a pesar del sueño que siente, se queda un rato dando vueltas por las calles sin nadie. La Puerta de Segura, con la conciencia tranquila y las hambres saciadas, duerme sin aprensiones aunque la noche del sábado convide al trasnoche. Pero en estos pueblos de la Sierra, sábados o lunes poco se llevan, que aquí los calendarios no cuentan, como tampoco cuentan los relojes ni las cotizaciones de la Bolsa.

El viajero, en la posada, apalabra el camastro y en él se mete y piensa y filosofa hasta que un sueñecillo dulce se le sube a las

barbas y le lleva, poco a poco, hasta no se sabe dónde, acaso hasta el país en donde nunca se sueña.

Pero, de pronto, se desveló, cosa que nunca le ocurre como no sea que ande de chusma o enamorado.

Primero fue la carcoma que se zampaba un armario, luego el tictac del reloj, más tarde gruñó un muelle del flojo somier, después, cualquier cosa cuyo ruido se agranda y mete en aprensiones. No; las copas no fueron, que el caminante está acostumbrado. Lo más fácil es que fuera el silencio de estos pueblos que hace extrañar a cualquiera. El silencio, como las copas o el amor, requiere su costumbre.

Y el andariego se echó a pensar, pues aunque a eso sí está hecho, el pensar es malo y desvelador, la cabeza se pone como un molinillo. Uno no sabe cómo puede haber gente que presume de pensadora y hasta guste de que se lo digan.

LA SIERRA EN DESVELO

Se conoce que la luna, aunque anduviera en menguante, pegó en la cresta del andorrero y el sueño se le espantó. Desvelado quedó el hombre y hasta las tantas se estuvo con la cabeza a vueltas en la duda de llegarse o no llegarse hasta Siles, que si sus deseos le pintaban pajarillas de colores y gustos en acercarse, las ocho leguas en cuesta que hasta el pueblo suben le tiraban por tierra las ganas de su querer y desear.

Siles es pueblo inesperado en la geografía serrana. Pueblo palomero y de doble factura. Una, la antigua, la de casar que se apiña, chico y moreno, dentro de lo que fuera su muralla; y la otra, más moderna, la del alfoz del saliente, donde un caserío blanco y limpio cuadricula sus calles tiradas a pulso y cordel.

El andariego piensa que, después de tantos años de los que las cuentas perdió, el pueblo será tan otro que la memoria, por muy empecinada que sea, no lo sabrá recordar, reconocer. Si acaso, en sus flores de serranía que nunca se mudan, porque hasta el clima, si ahora se lo encontrara, sería tan distinto al de aquella tarde de lluvia, que ni la luz podría favorecer el reconocimiento.

—¿Te acuerdas cómo llovía?

—¡Dios, si me acuerdo! Y de que nos vinimos sin más cobija que lo puesto. Las nubes estaban engarfiadas en el cerro de Cabeza Grande y los arroyales embarraban las cuestas, engordaban los

cauces de los barrancos de los Molinos, del Carrizal y del Morles, los que hacen grande al río Guadalimar, todavía tan niñín.

Se volteaba el caminante en el estrecho catrecillo que la fortuna le deparó y, a la vez que pensaba en sus historias, rememoraba las historias de Siles, cuando, en el año del pun, el pueblo tenía su muralla con tres puertas y alzaba al cielo su Cubo, lo mismo que ahora lo alzaré. Construyó ese torreón, como algún otro de la ciudadela, el comendador de Santiago don Lorenzo Suárez de Figueroa, el que también tituló como villa a la chiquita pobladura. Mesnaderos gerifaltes por sus callejones anduvieron. En la crónica del buen rey don Alfonso, el del Salado, se cuenta en coplas, más populares que áulicas, el cerco que el rey nazarita de Granada, Mohamad no sé cuántos, puso a la villa serreña, en el año del Señor de mil trescientos y pico. Si la memoria no tontea, las coplas decían así:

Un arráez se guisó
en Guadix con gran mesnada,
y sobre Siles posó
con su hueste bien armada.

Parece ser que gracias a la intervención del bendito San Roque, el del perro sin rabo y copatrón del pueblo, amén de que las gentes de Siles tampoco se echaron para atrás, el reyezuelo granadí no se pudo salir con la suya.

Gentes que no faltan, pues para todo hay, dicen que si Siles se nombra Siles es por los muchos silos que se levantaron allí. Otros opinan, pues en la variación está el gusto, que el nombre viene de Silis, la silente o silenciosa. Ambos decires deben de ser mentira, gana de buscarles los pies al gato y ganas de enredar. Por otra parte, si el pueblo fue tan callado como para recibir tan hermoso, tan sosegador nombre, ya habrá perdido su estupendo atributo, entre los ruidos de sus aserraderos y el runrún de los motores de los camiones que vienen y van transportando las maderas de sus pinares.

Claro está que Siles no necesita de dulces nombres para ser apetecible, aun lloviendo a manta, como aquella tarde de antaño, el pueblo, su rodal presenta el encanto de sus callejas y sus pinares, su campo en flor, sus zagalillas y señoritas, que, aunque uno no se lo explica, se mueven con todas sus gracias encaramadas en sus zapatos de tacón, a pique de romperse el alma por aquellas cuestas.

El andariego oyó contar que, en Siles, unos pocos años antes de la guerra y cuando ya andaba rozando los ochenta tacos, pasó a mejor vida la señorita Elvira Gómez Otravez, profesora de piano titulada en el Real Conservatorio de Sevilla y natural, vecina y contribuyente de este término municipal. Su muerte fue muerte de amor, tal y como la de cualquier heroína romántica de aquellas que se movían entre crinolinas, miriñaques, pistolas de desafío y sombreros de copa. La pobre señorita Elvira murió de pena al recibir la noticia de la muerte de su prometido, el subteniente de granaderos don Felipe de Tomaso y Tomaso, en acción bélica contra la partida del Cura de Santa Cruz, allá por la segunda o tercera guerra carlista. Y no hay que extrañarse de que, si entre el recibo de la tal noticia y el sentido óbito de la señorita mentada pasaran sus buenos setenta años, pues eso no fue por culpa de la doliente, sino de su estupenda salud, que la tenía de hierro, y de lo muy sanos que son los aires de Siles. Pero eso sí; según cuentan, la señorita Elvira, en cuanto se enteró de lo de su novio, se quedó que no parecía la misma.

—Es que antes se amaba con más aquel.

—Sí, señor. Con más pasión, más respeto y más de lo que hay que tener.

—Como le pasó a don Paco, el de las tajadas...

—Una cosa así. Pero ahora no nos vamos a liar con estas cosas, que ya son las tantas y todavía no he pegado ojo.

Estas historias chicas, como todas las historias de los dos mil habitantes de Siles que pueda tener, no vienen en los libros y menos mal que se quedan en la memoria de las gentes, como

muchas otras de las que se podrían contar, como se quedan las manías y las costumbres que en cada pueblo pueda haber. Por ejemplo, esa romería que se celebra en la ermitilla de San Roque, patrón de lazaretos y apestados, el día de su festividad, cuando la gente del pueblo y algún que otro forastero va en procesión a oír misa y, luego de la devoción, se corren toros embolados y se llevan a cabo famosas capeas. El bienaventurado San Roque fue un santo muy traído y muy llevado, en el otoño de la Edad Media, cuando la peste negra armó la de Dios es Cristo sobre el pellejo de Europa, aunque no parece que por estas serranías hiciera muchas de las suyas. Las gentes de Siles, que son un rato pragmáticas y que saben lo que se traen entre manos, cuando acaban con los novillos de la fiesta, los descachan, los guisan en calderete y se los zampan bien regados con el vino que se traen de Villanueva de los Infantes. Según dicen, los artesonados que se lucen en la ermita del santo son de mucha presencia y valer.

Seguía el andorrero dando vueltas en la cama y ya habían cantado los gallos por segunda vez. Contaba el hombre borregos y borreguitos, a ver si al sueño le daba por acercarse, pero aquellos contares se le iban, y el sueño no le venía, recordándose que, en el «Libro de la Montería», que mandara escribir don Alfonso XI, rey muy dado a la caza de cualquier pieza, sobre todo si se trataba de chavalillas retozonas, que hay que ver cómo llenó la Historia de bastardos, se escribe y no se acaba de los lobos cervales, los osos de padre y señor mío, de los zorros de hopo largo y los jabalíes de colmillos navajeros que abundaron por la jurisdicción de este pueblo. Don Sebastián Miñano, en su día, habló de los tintoreros de Siles, y don Pascual Madoz, cuando le llegó la vez, dio puntualísima cuenta de su hospital y de una torre negra de piedra arenisca que se alzó por allí. Tintoreros y hospital ya no los hay por aquellos pagos. La torre negra, tal vez, se note todavía, deshaciéndose entre el tiempo sin misericordias.

—¿Y si subimos a las Torres?

—¿Qué torres dices?

—Las Torres de Albánchez, que tengo oído que es pueblo mono que nadie se debía dejar pasar.

—Eso queda muy largo.

—Pero es que en las Torres hay...

—No me lo cuentes, que ya me lo sé. Las ruinas de algún castillo moro y unos puñados de papeles del siglo doce o trece que cuentan las historias de ese pueblo. Pero ni a ti ni a mí nos van los papelorios y yo estoy más que harto de tanta ruina.

—La verdad es que en esto de romper cosas nos pintamos solos.

—Sobre todo, almas y cabezas.

En una de las torres del castillo de la Yedra, que así se nombran las ruinas del castillo moro de Torres de Albánchez, no en el torreón que queda en pie, sino en otro de los que derribara don Rodrigo Manrique, estuvo encerrado, por orden del rey Iglín de Segura, el caudillo rebelde Ab Taran Tamar, el que quiso hacer de Torres cabeza de su propio reino. Iglín de Segura, que tenía un mal café que se lo pisaba, mandó que castrasen al rebelde, pero el verdugo, que era un poquillo sordo y no se enteró muy bien de lo que le mandaron, lo único que le hizo fue arrancarle los ojos. En sus horas de encierro y de ceguera, el pobre Ab Taran Tamar se entretenía tañendo la guitarra morisca y cantando su dolor con un sonsonete tan triste que, según parece, fue el origen de las tarantas de Linares.

—¿Eso te lo inventas?

—¡Qué más quisiera yo! Ya sabes que yo, de imaginación, estoy falto. Lo que pasa es que ahora no me acuerdo de dónde me lo contaron o de dónde lo leí.

Desde los cerros machos donde las Torres de Albánchez se enciman se divisan muchos pueblos que ya pillan en la vecina provincia de Ciudad Real.

—Por eso, lo mejor es que no subamos.

El andariego, por la Sierra de sus desvelos, no paraba de darle a los tacones; así se puso a pensar en Villarrodrigo, en Bienservida, los Palacios...

—Mira, no; deja de darle a las tabas. Todo eso que dices será de esta Sierra, pero no de esta tierra; eso ya cae por los territorios de Albacete y lo mío no es más que Jaén. Eso de meterse en la casa del vecino nunca se me dio muy bien. Las costumbres son otras y por cualquier decir que allí no se acostumbre te ganas una fila de guantazos que para qué las prisas. Vamos a estarnos en lo nuestro, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Y también, que las comidas son otras y, al no estar hecho a ellas, te pueden sentar mal, ya te acuerdas de lo que nos pasó con las ciruelas de Calatayud. Además, que el paisaje es casi igual...

—Pero las chavalas son distintas...

—Déjate de chavalas y tengamos la fiesta en paz.

El andariego se durmió a las tantas, cuando ya los claros del día asomaban por donde siempre asoman, cuando harto de darle vueltas a la cabeza se determinó a dejarse a Siles, a Torres, a Villarrodrigo en donde Dios los puso y seguir su andadura por los más conocidos y cercanos caminos de Orcera, que recordaba sabrosos aunque de mal andar.

Con tanto voltear, el andorrero no cayó en la cuenta de que lo más fácil hubiera sido agarrar el coche de línea, el que pasa por La Puerta a eso del mediodía, y que en un poco más de dos horas le habría llevado, descansadillo y sin penas, a los pueblos de su trasnoche.

CUESTA ARRIBA, HASTA SEGURA

—**M**ucho madrugamos...

—El madrugar es de personas decentes.

—Eso mismico es lo que decía mi pobrecico abuelo, el contrabandista, que en gloria esté.

El andariego, que se levantó a boca de amanecer, habla con el lento posadero de madrugones y orajes, de cómo estarán los trigos y los caminos, de lo bien que apuntan las aceitunas, de lo bien que se portaron las nubes y de que dónde se podrá tomar algo que espante el sueño y las tripas complazca. El posadero, que aún no se echó el primer cigarro y tiene la garganta hecha una pena, dice que, como hoy es domingo, los caminos estarán sin bulla, los trigos medrando al sol y que más vale que se desayune allí mismo porque los bares todavía estarán cerrados. El andariego dice que vale y el ama, que ya lleva un buen rato contendiendo con trébedes y morillos, teas y gozos, bajo la anchurosa chimenea de campana, coloca un mantelito a cuadritos blancos y azules sobre la mesa y planta sobre él un tazón de café negro al lado de una fuente de picatostes.

El caminante, al tiempo que saborea el café, más bien flojucho, y media docena de picatostes de un dedo de gruesos y anchos como la palma de la mano, escucha el trastear del posadero en las cuadras y el de su señora, que riega el suelo de la cocina para barrerlo después; mira el clarinazo del sol que se divierte en el barro

vidriado de un lebrillo de buen porte, las llamas que lamen los pucheros, el humero de la chimenea y piensa en los amigos que tuvo y que, probablemente, seguirá teniendo en La Puerta de Segura — Diego, Fernando, Manolo—, sin atreverse a preguntar por ellos, pues hace casi veinte años que les perdió los rumbos y no quiere que, por casualidad o por lo que sea, le den un susto de muertos y de muerte. Además, el tiempo es tan traicionero, tan propicio al desastre, tan dado a los olvidos, que en ningún caso es bueno el encontrarse a aquellos chavales zascandiles convertidos en gentes con gafas para leer, colesterol y llanto y hasta puede que suscritos al periódico provincial.

—Y con letras protestadas.

—No; eso, no; que mis amigos siempre fueron buenos pagadores.

El gorrión que saltó sobre el alféizar de la ventana pía y picotea unas miguillas de pan, y su aleteo, gracioso como el garabato de un niño sobre la pizarra escolar, espanta las melancolías que estuvieron a punto de colarse, alevosas, en el ánimo.

El viajero mordisquea el octavo picatoste y medita, no en las cosas de sus amigos, que eso ya pasó, sino en que, si Dios no lo remedia, se va a tener que largar de La Puerta sin ver a las chavalas que por el pueblo se críen. Esto es cosa que el hombre quisiera remediar, pues el ver chavalas monas es un don de Dios, y por ello, más que por cumplir con los mandamientos de la santa madre iglesia, el concilio de Trento y la rutina, pregunta que a qué hora hay misa y que por dónde cae la iglesia, que es lugar frecuentado, en días de fiesta, por el sexo femenino.

—A las diez y a las doce. Por la tarde, a las siete.

—Mal me viene. La oiré en Orcera.

Anda el caminante por la carretera que anoche decidió; deja a su espaldas el perfil, los humos, el cantar del campanario de La Puerta de Segura. El chaval que salió a pájaros, entre el embosque de las olivas, baja el tirachinas y le mira al pasar. La chiquilla que, vestida de limpio, lleva una brazada de flores le sonrío.

—Son para la Virgen...

—¿Y no te quedas con alguna para ti?

—¡Cucha qué tontería! Yo tengo todas las que quiera...

La mañana es un joyel. Los que se quedaron en la cama ni se enteran de lo mucho a que renuncian; sólo el fresquito que arrulla la piel vale más que cien almohadas. La brisa lleva el empuje exacto que necesita para arrancar de las acacias que dan sombra al camino las flores blancas del pan de pastor. El andariego caza al vuelo una de esas flores —esas que en otras partes llaman «pan y quesillo»— y la mascurrea; su dulzor chiquito le pone arropes en el corazón y en la memoria, tanto, que el andorrero canta desafiando:

Yo sé del amanecer
y del cantar de los gallos
todo lo que hay que saber.

Las cortijadas de Valdemarín y La Torre se esconden en el pliegue de su vaguadilla. Luz de domingo; el colorín, que lo sabe, canta como un descosido; tres mariposillas coquetean sobre la flor del zarzal. El peón caminero, sin otra cosa que hacer, repara el mango de su escardillo a la sombra de un chaparro.

—Buenos días.

—Buenos los tenga usted.

El andorrero vuelve a desafinar:

Que yo sé del clarear
y del polvo del camino
más que saben los demás.

Anda el viajero por la carretera que se le antojó, no por la que lleva a los linajudos pinares de Siles ni por la que se desvía hacia el olvidado Benatae, sino por la que, a la orilla izquierda del Guadalimar, se acerca a Orcera para subir a Segura. Luce un solecillo tan

bueno como el que luciera ayer, no hay brisa ni para mover una aguja y, a los pies del andorrero, treinta o cuarenta metros más abajo, el río canturrea encajonado entre las lomas que se descuelgan de los cerros de la Oruña y de la Peña Buitrera. El caminante, que medio se siente feliz, le pone música improvisada al romance viejo que viene pintiparado para el caso:

Que por mayo era, por mayo,
cuando aprieta la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor.

Luego se pone a pensar que esta carreterilla serrana, hace ya siglos, fue senda lobera, camino de cabras, después de herradura, paso de caballeros santiaguistas y de bandidos generosos, vía de los carboneros y de los que bajaban a vender una carga de niscalos al pueblo, carretil de diligencias y, hoy por hoy, endemoniado asfalto, lleno de revueltas y retortijones por el que las aceitunas van a la almazara y las maderas a las aserradoras. Allá abajo, ya se dijo, el río pasa moviendo el molino de Benatae y se va engordando con los claros caudales de los arroyos de los Ballesteros, del Rollazo y del río Trújala, el que nació en el collado del Tejuelo. Los cerros de Cabeza Pelada, el Sombrero, los Villares, Peñalta y los que antes se nombraron o se quedaron sin nombrar puntean el paisaje serrano que se siembra de cortijos y cortijillos como el de Sastre, el de Cano y el de la Cañada. Cuando las lomas se ponen calmas, se aprovechan para la sembradura; si se encrespan, cunde el olivar que es arboleda sufrida; si el relieve se irrita, asoma las uñas el monte bajo.

Quieto está el cristal del aire que toca la cara y le da aromas de orégano y de cantueso, de tomillares y romero y de motas de resina balsámica. A pesar de la cuesta arriba, el camino se hace a gusto, como entre las estanterías de un herbolario, sin molestias de coches y camiones que, como domingo, libran o todavía no se dispusieron a dar la lata y el sobresalto.

El tío Adrián Bravo, más conocido por el Verriondo, fue, desde mucho antes de irse al servicio del rey, el cosario que cumplió con su menester entre Benatae y los pueblecillos de su alrededor, aunque si la carga era buena, a veces se llegaba hasta la estación de Vilches. Arrellanado en el asiento de su tartana, nadie mejor que el tío Adrián para saberse los caminos de la Sierra, los cortijos en donde el amo fumaba del estanco o la cortijera guisaba de sartenilla, así como los atajos mejores para no encontrarse con la pareja de la guardia civil. Cuando, a fuerza de años, el tío Adrián prosperó lo bastante, se compró una furgoneta de segunda mano, que, al tercero o cuarto viaje se le fue de las uñas y, dando trompiquinas por la barranca del Molinillo, no paró hasta llegar a la orillita del Guadalimar. El tío Adrián Bravo, que, a Dios gracias, libró del percance con sólo un par de huesos rotos, tuvo tiempo sobrado, encamado en el hospital de Úbeda, de pensárselo mejor y, al dejarse de vendajes y escayolas, dio parte de siniestro total de la furgoneta y volvió a lo de siempre, a su tartanilla pintada de verde, que, como él bien decía a todo el que le quería oír, no gastaba tan malas intenciones como los vehículos de motor.

—Que una mula es una mula y, por muy resabiada que esté, siempre es más de fiar que unos frenos de disco.

—Sí. Eso me parece a mí.

La carretera, cuando pasa el cortijo del Ahorcado, se brinca el río Trújala y, aprovechándose del vallejo que allí mismo abrió la corriente, llanea durante media legua partiendo trigales y cebadales que cabecean sobre la tierra negra de estos suelos. El viajero corta una espiga de cebada y recordando mañas infantiles la va pelando y mordiendo grano a grano, endulzando lengua y paladar con el juguillo blanco y verde del fruto en agraz. Cuando la acaba, repite y el sentido del gusto, memorioso y agradecido, le trae al pensamiento el humo de otros días y de otras espigas verdes que se empolvaban en los camaranchones del olvido.

Antes de hincarle el tacón a la media legua que le separa de Orcera, el andariego se suelta el morral y se recuesta sobre la obe-

diente y olorosa hierba de la cuneta. No siente ganas de fumar ni de quitarse la memoria de los granicos de espiga que mascurreó. La cantiga del arroyuelo colma el ámbito de dulzainas, y una luz amiga, clariverde de bronces olivaderos y, a ratos, rosada de malvas florecidas, cobija el ánimo, que se aniña, se aquieta y se duerme en una beatífica mocholada.

El andorrero está soñando con las novias que nunca tuvo y que, como ocurre en los cuentos de hadas, fueron tres. Una era rubia y se llamaba Margarita, tenía los ojuelos claros y sus labios gorduzuelos sabían a carne de membrillo. La segunda era morena y se la conocía por Estíbaliz, cosa que dificultaba el encontrar rimas suficientes cuando se intentaba escribir un poema que halagase a la chavalilla, pues sabido es, y así lo afirma don Miguel de Cervantes en la segunda parte de «*El Quijote*», que no hay mujer que se crea que unos versos se le dedicaron si en ellos no aparece su nombre. La tercera tenía el pelo entreverado y respondía por Guiomar, que es nombre de dama antigua, aunque la chavala era un rato moderna, fumaba negro, bebía tinto y bailaba el «*buguibugui*» que era un dolor para el andariego, más dado al fox lento y al bolero melódico y sentimental.

—Oye, tú: ¿es tuya esa bestia?

El dormilón medio abre un ojo y dice que no, que él no tiene bestias a su cargo, que lo más que tuvo fue un pajarillo cantor que se le escapó de la jaula y una mariposilla disecada entre las páginas de un libro de versos de amor.

—Eso lo veremos— responde el guarda rural, que tiene una pinta de bruto que no puede tirar de ella y que, al hablar, se echa la tercerola a la cara y apunta a la burra que se pone morada en medio de los trigos. Como el andariego se queda tan pichi, pues ni la burra es suya ni él está apuntado a la sociedad protectora de animales, el guardacampo baja el cañón del arma.

—¿Sabes de quién es?

—¿Cómo lo voy a saber, si soy forastero?

—Y qué haces por aquí?

—¿Y a usted qué leche le importa?

El caminante contesta sin pensar y al punto se arrepiente. El guarda, ajustándose la pretina del pantalón, se le acerca con las manos llenas de guantazos y allí no hay más que uno que los pueda recibir. Por si sí o por si no, el viajero se levanta y empuña la garrota en el preciso momento en que un labrador, que no se sabe de dónde habrá salido, se mete en la conversación.

—Pero no ves que la burra es mía y que la tengo en mi pedazo...

—¡Cómo voy a saber...!

El andorrero aprovecha la clara, se cuelga el morral y allí se deja a los dos, chillando a ver quién puede más.

—Esto de los guardas —piensa el andariego— es algo que tenía que estar más controlado de lo que está. Con la chapa en la banda y la tercerola en bandolera se creen los amos del mundo y no estaría por la primera vez que las cosas pasaran a mayores. Aquí lo que se necesita es más cultura y, para ser guarda, sería necesario que los tales fueran, por lo menos, seminaristas arrepentidos.

Todavía siguen las voces de los que atrás se quedaron discutiendo cuando el caminante traspasa la primera revuelta de la carretera y sube la costanilla que bordea el arroyo Salado. El mal humor que se le puso al tener que dejar el sueño de las tres novias que nunca tuvo se le va pasando poco a poco y, en cuanto que se le calienta el calcañar con el pisoteo del primer kilómetro, ya lleva ganas de darse al canturreo con que se acompaña su andar.

Dicen que el nombre de Orcera viene del latino Ursaria, por los muchos osos que anduvieron por aquí, pero el caminante no se lo cree porque Orcera, en sus comienzos y hasta el siglo XIX, por lo menos, se escribió Horcera o Forcera, cosa gramatical que trastoca la anterior etimología, hubiera o no hubiera osos o romanos como luego sí hubo moros.

—¿A usted le gusta el gazpacho?

—Sí, señor.

—¿Y el salmorejo de almendras?

—También.

—¿Y los alfajores?

—Vaya.

—¿Y los polvorones?

—Digo.

—¿Y la gachamiga rulera?

—Eso, lo que más.

—¿Y los mantecados espolvoreados con canela?

—No lo sabe usted muy bien.

—¿Y el ajo atado?

—Ya lo creo.

—Bueno, pues para que usted se haga una cuenta, todo eso se lo inventaron los moros.

—¡Anda éste! Y el turrón de Jijona y el alajú de Cuenca y los piñonates de Córdoba y los almendrados de Sevilla y la Alhambra de Granada y los castillos de pólvora... No; si cuando los moros se ponían a inventar, no había nadie que les echara la pata...

La carretera se empina un poco más. El gañán que arrea a la mula cargada de ramones sigue la conversación con el caminante.

—¿Y lo del Corán? ¿Qué me dice usted del Corán? Eso de las chavalas medio en cueros dando volanetas por el cielo está pero que muy traidillo. ¿No le parece?

—Como que nada más que por eso, si uno pudiera, se apuntaba de moro.

—Lo malo de los moros es que no te dejaban catar el gorrino ni echarte una copeja.

—Ellos se lo pierden.

—Es lo que yo digo, que alguna cosa mala tenían que tener, que bastantes cosas buenas nos dejaron.

—Yo tengo, para mí, que, en estas tierras, somos todos muy moriscos y no sólo por lo renegrado de la color. Mismo nos pasa con las mujeres, que no les pasamos una. Dicen que, en otras partes, no es así, que la mujer anda más suelta y con más mando. A lo mejor es por eso por lo que los extranjeros arman las guerras que arman.

—Nosotros también las armamos.

—Pero sin salir de casa.

—Pues por estos andurriales hubo moros para dar y tomar. Y, según parece, eran moros muy ricos y muy importantes, reyes, marqueses y cosas así. Y cuando los echaron a escardar se dejaron un montón de tesoros enterrados en cuevas y barrancas. Todas estas tierras están plagadas de tesoros escondidos, pero tan bien los escondieron que ahora no hay cristiano que los encuentre.

—Yo tengo oído contar que mi tío Bartolo se encontró, trabajando en la huerta, un pucherete lleno de monedas de oro del tiempo ese que venimos diciendo.

—¿Qué Bartolo? ¿El de Beas? ¿El que tiene la huerta en lo bajo del río? No, hombre, no. Ese no se encontró ningún pucherete de nada. Ese lo que se encontró, cavando el olivar, fue un pellejillo de cabra, lleno de duros de plata, de los de antes de la guerra, que se les cayó a los ladrones que robaron en el cortijo ese que está cerca de los Nevazos y que, como era de noche, no se percataron del extravío. Dicen que aquella noche llovía si Dios tenía agua y que los perros ladraban como desesperados. Sí; aquel robo fue muy sonado por estos alrededores, lo que pasa es que, como hace ya tantísimo tiempo, nadie te puede dar detalles. Como entonces no había periódicos...

—Cada uno cuenta las cosas a su aire... Parece como si con la conversación del mulero la cuesta se pusiera más acorde, más suave. Todas las cuestas son suaves si se toman con calma y todas las conversaciones confortan si se llevan en paz. Paso a paso y palabra a palabra, pronto se ven las casas nuevas que se construyeron hace nada a las entradas del pueblo. Tienen las barandas pintadas de verde y flores a punta de pala. Orcera ya está al llegar. Tras la primera revuelta del camino aparece el caserío, en el que se mezclan las construcciones de piedra con las fachadas blancas de la cal. Por la calle más importante del pueblo siguen los caminantes hasta llegar a la plaza, donde el gañán se despide:

—Ea; hasta más ver.

—Eso; hasta más ver y Dios quiera que nos veamos tan buenos como nos vemos ahora.

Orcera es pueblecito de gratificante catadura, tanto por el paisaje que le tocó en suerte como por el casar en sí, que, vivo de luces y contraluces, penumbras y sombrajos, se encarama en su lomilla. Orcera, parece que ya se ha dicho, es cabeza de partido judicial. Los cerros de los Villares y del Picorzo le hacen guardia por el norte y por el sur, respectivamente; por el sur, también, el cerro que llaman de Góntar se encarama a los muchos metros de altitud; a su falda, canta sus músicas el río Orcera, que, al poco andar, se morirá en el Trújala después de mover tres o cuatro molinos harineros alegres de saltos de agua, molineras aparentes y tracatrás de poleas.

—También, de hacendosos molineros.

—Pues no faltaba más...

Por aquellos altos, por todas las cuestas arriba que desde allí se ven, y se ven muchas, los carretiles y las pistas forestales buscan los recovecos donde se levantan tantos cortijos que no se pueden contar y los del monte.

Al viajero le parece, aunque no sepa decir por qué, que el pueblo de Orcera, su caseño, su aire, tienen pinta de panal de miel y eso que las abejas melibeas no abundan por estos cerros, que la abeja es bichillo de lugares más calmos y calientes. Orcera tiene una plaza chica y pentagonal donde está la fuente de los Caños o de los Chorros, que para el caso es lo mismo, sólo que Chorros es palabra más sonora, más bulliciosa, más popular y más alegre. En la plaza está también la iglesia de pórtico barroco embutido en fachada enjalbegada que relumbra al sol de mediodía. Pero como ahora mismo la gente está saliendo de misa, el andariego se deja de monumentos y mira el personal, a ver si se vislumbra alguna chavala que merezca la pena. Los primeros que abandonan el templo son los hombres, los que se colocaron junto al cancel y estaban lampando por echarse un cigarro. Después salen las mujeres; las primeras, las amas de casa, que se van corre que te corre arreando a los crios, tironeando de los que se entretienen en la juguesca; van

llenas de prisas para dar los últimos toques a la comida, poner la mesa, orear las habitaciones y terminar de hacer las camas. A continuación asoman las solteras, que se agrupan en corrillos de risas y parloteos; más despaciosas salen las abuelas, que se pararon ante cada santo para rezar lo mucho que acostumbran, por sus vivos y por sus muertos; por último, las cuatro o cinco señoritas de edad pasada y abundantes fervorines que estuvieron dando la lata al señor cura, hablándole de la catequesis y de la novena del santo patrón. Luego sale el párroco y, al final, el sacristán, que cierra la iglesia con tintineos de llaves gordas.

En la línea jurisdiccional entre Orcera y Segura se levantan dos o tres atalayas moriscas; por algunas partes se perciben los atisbos de unas piedras antañonas de las que amurallaron la villa; alguna de estas atalayas que, de puro milagro, se sostienen contra viento, pudiera ser la torre de Santa Catalina, aunque el andariego no lo puede jurar.

Por un momento, la plaza resuena con el rumoreo de las conversaciones, los gritos de los chiquillos, los graciosos relámpagos que mienten los vestidos de colores claros de las muchachillas escandalosas, el campanilleo de sus risas. Las chavalas de Orcera son muy monas, algo rebolondillas, morenitas y bien alimentadas; las chavalas de Orcera tienen, en su parla, un deje más vivo que las mozas de La Loma y mucho más que las de El Condado; los buenos aires les han desarrollado bastante la caja torácica —advierta usted qué finamente digo las cosas— y las pantorras las tienen un poco más gordezuelas de lo que sería conveniente, por el aquel de las cuestras que tiene el pueblo y su contorno. Duras también las tendrán, aunque de esto no pueda dar fe el caminante, ya que no tuvo oportunidad, aunque si ganas, de palpar aquellas chichas.

—Total, que no se comió una rosca.

—Pues sí, señor; como le pasa siempre. Pero ya está acostumbrado y casi no se conduele.

Orcera, como todos los pueblos de esta serranía, estuvo bajo la jurisdicción de Segura hasta bien metido el siglo pasado. Orcera

fue pueblo muy chico que, al crecer, se independizó, aunque esta independencia no le valiera para mucho. Hoy andará por las setecientas casas de más o menos viso que, repartidas en media docena de calles, dan cobijo a las tres mil personas que allí se juntan y divierten sus ocios con el cine de verano o con los lentos paseos por los hermosos alrededores del pueblo.

—¿Y las copichuelas?

—Ahora le indicaré...

Abud Elmalí Benasus, a quien sus contemporáneos llamaron Abud el Triste, fue un poeta sin padrinos ni suerte que tuvo que salir por pies de Córdoba, a finales del siglo doce, cuando Schyr Amar, el bronco caudillo de los almohades, asomó por aquellas calles arreando estopa a todo lo que se le ponía por delante. En su carrera, el pobre Abud fue a parar a Segura, en donde ejercía de alcaide o de walí su amiguete Alí Bucá, que le guardaba una cierta simpatía y admiración, más que por los versos, por la maña que el poeta se daba para pescar truchas a garrotazos. Abud Elmalí Benasur, cuando estaba en vena, se desahogaba escribiendo poemas como éste que se copia:

Si tus pechos palomas blancas y pico rosa son,
háganse mensajeras
y tu cuerpo me traigan al sueño desterrado;
y así tú y yo, desnudos como espadas,
trabemos el mejor de los combates.

El poeta Abud tuvo casa en Orcera, más que por nada, porque el río truchero le pillaba más a mano. El poeta Abud era un hombre cachondo, como sus versos dejan ver, y amigo de sembrar en tierra ajena, por lo que también tuvo que salir cortando de estos terrones y refugiarse en el reino de Murcia, donde pasó a mejor vida, de un entripado de chuletillas de cordero.

El caminante, que ya siente el reclamo de las tripas, se entra en uno de los bares que hay cerca, no en el más aparente, sino en el

que saca por su puerta el más suntuoso de los aromas culinarios, pero no tiene suerte y en el dichoso bar le despachan con buenas palabras:

—Aquí no servimos comidas.

—¿Dónde...?

—Pregunta en lo del Manolín.

En el bar del Manolín, que está un poco más allá, le dicen que si se conforma con gachamiga y unas chuletillas de choto. El andorrero se sotosonríe y piensa que, como le dejen comer toda la gachamiga que le dé la gana, ya se pueden guardar las chuletillas de choto en donde buenamente les quepa.

El caminante, ahora que está despacio, quisiera explicar que nunca supo en qué consiste el busilis de la gachamiga rulera, manjar que, por otra parte, no tiene nada del otro jueves, pero que hecha como Dios manda es suculencia apreciada por cualquier diente que se estime. La gachamiga rulera, que tiene hasta su copla:

Gachamiga rulera,
pan de panizo;
eso comen las damas
de los cortijos,

no es más que una torta de harina amasada con agua y aceite, sofrida en la sartén. El misterio podrá estar en el ajo imprescindible, aunque más bien esté en el punto de la lumbre que la arrebatara, el momento en que se voltea, la pericia del ama de casa, la calidad de la leña, la maravilla de estos aceites o cualquiera sabe en qué. La gachamiga hay que comerla caliente, mejor en la sartén que en el plato, muy a prisa, para no perder comba, quemándose la lengua, soltando palabrotas de admiración y alabanza.

—Y, digo yo, que si no será como una pizza italiana...

—No diga usted tonterías, amigo, y no me caliente el muñeco con tanta Italia. Mire usted, entre una gachamiga de estas tierras y eso que usted dice hay la misma diferencia que puede haber entre

Abderramán y un tenorino de ópera bufa y lelo, por más señas. La gachamiga rulera —y mire usted cómo se me pone la boca sólo con mentarla— es alimento viril, dietética peleona, vitaminas a lo bestia, fortaleza en los remos, corazón bien puesto, fuerza en el cantar, estómago de pedernal, gazzate de hojalata, cabeza firme y regüeldos estentóreos. Hay que ser muy macho para meterse entre pecho y espalda una ración de gachamiga bien medida. Así que, amigo, no me venga usted con pizzas ni fililíes si quiere usted que conservemos las amistades.

El andorrero se puso como el Quico con la gachamiga que se tragó, se soltó dos cuescos retumbones y ni ganas le quedaron para tomarse un café. La gachamiga rulera es lo que tiene, que es muy exclusiva, que como te lées con ella no te deja hueco para nada más. ¡Jo, y cómo estaba la gachamiga del Manolín!

—Más o menos, como todas...

—No crea usted, que el agua de cada sitio también hace lo que sabe.

El andariego se afloja el cinturón, se desata las botas y parpadea un poco abanicándose el sueño. Chupa el pito y le pregunta al del bar:

—¿Cuánto hay hasta Segura?

—Cortando por el monte no llega a media legua; carretera adelante pueden ser casi dos, pero mejor vete por ella, que el que rodea a su casa llega.

—Pero más tarde.

El andariego deja sus cálculos para más adelante y, ahora, como el sueñecillo gachamiguero se le está echando encima, encaja la silla entre la pared y el mostrador, se tira la boina a los ojos y se queda traspuesto. El juglar suertudo que, de tres en tres, se las lleva al huerto, canta así, entre el sueño del andorrero:

Tres morillas me enamoran
en Jaén.
Aixa, Fátima y Marién.

Tañe el juglar su guitarra morisca y las tres morillas del cantar mueven el rulé en la danza. Una de ellas, la más chica, acaricia la barbilla del andorrero y le saca a bailar, y el hombre, que se siente un tanto pesadillo por lo que embauló, pone en la danza tranquilidad y reverencias de pavana, y, dejando la mano tonta, procura palpar las redondeces que, al vuelo de la danza, se le brindan.

Entre músicas, bailongos, morillas y furtivos toqueteos, el andariego no se despierta hasta bien pasadas las cuatro. Se estira como un lebrél, se echa un trago de agua del botijo y paga la gachamiga que se comió más cara de lo que pensaba.

—Suya fue la culpa, por hacerle tantas fiestas.

—Sí; eso también es verdad.

La carretera que sube a Segura va siempre cuesta arriba; aquí no hay tío pásame usted el río y el talón es quien lo paga. Ahora es cuando el caminante se lamenta de que, por ser domingo, no anden los coches por la carretera. Mayor que los trescientos metros es el desnivel que hay entre el pueblo que se deja y el pueblo a que se va, y, para saltárselos sin sobrepasar el tanto por ciento de pendiente que permiten las ordenanzas del ministerio, la carreterilla, a lo largo de esas dos leguas que se dijeron, se hace tirabuzón de treinta y cinco curvas, casi todas cerradas, que discurren entre robledos y olivares. Segura, encimada en su desmesurada altura, roza, con la punta del torreón de su antiquísimo castillo, las nubes de adorno que pasan rumbo al mar.

Pensando va el andariego en el nombre de este pueblo; nombre que, en listas, mapas y catálogos se presenta como Segura de la Sierra; Segura es, también, el nombre del río grande que nace en la peña del Espino, cerca de Pontones. ¿Quién diablos apadrina a quién? ¿Es el pueblo de Segura la cabeza de esta toponimia? Un Segura de Toro se encuentra en Cáceres, un Segura de León se asienta en la provincia de Badajoz, Segura de los Baños está en Teruel y Segurilla, cerca de Toledo. Segura, sin más nada, es pueblecillo de Guipúzcoa. El andariego prefiere que el nombre del pueblo al que se acerca sea Segura, a secas, porque es más personal

y siempre lo oyó nombrar así, aunque, si al andorrero le dejaran, lo nombraría Segura del Mal Camino, que es nombre eufónico y explicativo de lo reventoso que es el andar por estos rodales. El andorrero, de chico, oyó contar algo sobre las brujas de Segura, pero ahora no se acuerda de lo que aquello fuera ni tiene a nadie que se lo pudiera recordar.

A pesar del sol y de la hora, la tarde se ha puesto fresquita; ahí arriba, en lo alto del pueblo, tiene que hacer un biruji que ya, ya. La Sierra de Segura, aunque así no conste en las guías de turismo, es un estupendo lugar de veraneo, uno de esos lugares de los que presumen los veraneantes cuando explican que tuvieron que dormir echándose dos mantas, en pleno agosto; un sitio en el que el frigorífico no puede competir con la fresquera que se abre en la ventana que mira al cierzo. En Segura de la Sierra, el que viene de fuera y desprevenido, no gana para moqueros.

El caminante desprecia la carreterilla que lleva a los Cortijos Nuevos y sigue dándole a la cuesta. A este paso, se dice, la gachamiga se me va a bajar a los talones. El andariego entiende, así, de pronto, el por qué de la abundancia y la sustancia de la dietética serrana. Si en la sierra se comieran pijaditas, aleluyas y kirieleisones, no iba ha haber cristiano que se moviera por estos caminos.

Arboles por todas partes. Gozo para la vista. Dejando aparte olivares y pinadas, el término municipal de Segura es pródigo en robles, carrascas, fresnos, encinas, chaparros, avellanos, olmos, sabinas, álamos durillos, acebos, plátanos, tejos, alcornoques y cornicabras. De aquí se sacó madera para barcos y palacios; madera de pinos negrales, salgareños o donceles que se levantan junto al río Madera y que son de lo mejorcito que en España se cría. Lobos y zorros, venados y jabalís también abundan, como abundan las aguas frías y claras y, si el terreno deja lugar, prados chiquituelos con la hierbecica más suave que teta de monja. Si Segura tuviese mejores caminos, pocos serían los pueblos que le mojaran la oreja.

Pasa el viajero junto a la ermita de San Vicente Mártir, el mismo santo que luce iglesia románica y hermosa a extramuros de Ávila;

dicen que esta ermitilla de Segura es fundación templaria, aunque los caballeros del Templo poco anduvieron por estas tierras. La ermita por la que ahora pasa el andorrero es una ruina y no hay por qué perder el tiempo hablando de sus oscuros orígenes.

Con el huelgo hecho una lástima y la lengua en las rodillas, el viajero toma la penúltima curva antes de meterse en el pueblo. Unas mujeres de poco ver y de mediana edad que toman la fresca sentadas en el poyo que hay en la carretera le ven pasar y contestan, a coro, a su educado saludo. Unos crios se le quedan mirando, como queriendo adivinar quién puede ser ese tío de garrota y boina, lo mismo que lo hace el cabo de la guardia civil, quien, con el cura, que viste de paisano, y otro señor con pinta de señorito, que bien pudiera ser el secretario del Ayuntamiento, pasea lento sobre el corto trecho donde medio se allana la carretera.

Segura de la Sierra es pueblo tan venido a menos que hasta estuvo a pique de perder la municipalidad cuando, con engalíos, se quisieron bajar el Ayuntamiento a Cortijos Nuevos. En el «Diccionario Geográfico» de don Sebastián Miñano dice que, en tiempos de Fernando VII, Segura estaba por encima de los cuatro mil quinientos habitantes. Hoy, la villa propiamente dicha estará por los quinientos y habrá otros tantos esturreados por las cortijadas y anejos; claro que, cuando llegan las fiestas, aquello se llena hasta las vigas.

Doscientas casas se malcolocan o medio equilibran sobre los callejones en cuesta que no pueden negar sus orígenes morunos; todos estrechos como la conciencia de una solterona, no presentan más ensanche que el de la plaza, chiquita y cuadrilonga, donde, para el día de Santiago, se corren novillos. En la plaza se luce una buena fuente de cuatro caños y abrevadero que puede ser del siglo XVII. También está allí lo que fuera convento de jesuitas y hoy es casa consistorial y una iglesia que quemaron los franceses y que luego se reconstruyó con materiales diversos, como la portada, que proviene de un convento de franciscanos del que sólo queda la memoria. Sobre todo esto y algo más que, a lo mejor, se dice

más tarde, pues Segura, aunque pequeña, tiene mucho que contar, a unos doscientos metros sobre los tejados del caserío, se levanta sombrío y cetrero un castillo solemne, peleón y medio reconstruido. El muy nombrado don Pascual Madoz, puntual geógrafo, liberal de pro y fuente de curiosos conocimientos, dice que «la fortificación que en otro tiempo tuvo esta villa fue respetable» y que «así lo acreditan los restos de su sólida muralla y su inexpugnable castillo y no menos las robustas torres de vigía que en diferentes direcciones se encuentran». Aparte de todo esto, en Segura se pueden ver los viejos baños árabes, arcos y puertas de entrada a la villa, tallas de Gregorio Hernández, el alabastro acaramelado de una virgencita románica que antaño estuviera en la ermita de la Peña y, hablando de lo moderno, algunas chavalas que están muy ricas.

—¿Tomamos una copa?

—Sí. Ahora, espera.

Como en todas partes se encuentran personas que gustan de presumir de antiguallas y antepasados, alguien dice que si Segura fue poblado ibérico, que luego se llamó *Castrum Altum* y que fenicios y romanos se patearon esta serranía tratando de poner en explotación los yacimientos de hierro o de cobre que hubo por ella.

—¿Tomamos una copa?

—Espera, hombre.

El viajero tiene oído decir que Segura se llamó Segura porque una reina mora que venía huyendo de no se sabe quién, cuando se vio en aquel pingorote fortificado dijo que allí «estaba segura». Schacura o Sacura la llamaron los moros, y quien de verdad se refugió en su castillo fue Kassem, el hermano de Abdul Aswad el ciego, hijo de Yussuf. Ibm Asuar, el gobernador que tenía la plaza de manos de los reyes de Murcia, se declaró independiente durante los primeros años del siglo XI, pero aquellas independencias duraron lo del cantar del gallo.

—Digo que si tomamos una copa.

—Enseguida.

Los reyes de Segura siempre se sintieron así, como harina de otro costal, y nunca hicieron buenas migas con sus vecinos. En sus peleas y tratos siempre llevaron las de ganar.

—¿Y esa copa?

—¿Quieres esperar una miaja?

El andorrero, cuando llega a la plaza del pueblo, se echa un trago de agua y se sienta en el pilón. Las dos leguas le dejaron para el arrastre y ni fuerzas tiene para hacerse aire con la boina. Cuando se repone de sus cansancios siente hambrecilla y se acerca al bar que frente a él se abre, pide vino y algo para picar y se sienta cerca de la puerta para ver caer la tarde, mirar el vuelo de las golondrinas y el paseo de unas cuantas mozuelas, pocas, pero bonitas, que se aburren dando vueltas por la plaza.

—No están malos estos torreznillos.

—Qué van a estar...

Segura cayó bajo las lanzas castellanas en tiempos de Fernando III el Santo, que fue un rey que tuvo mucho trabajo al sur del Despeñaperros. El maestro de la Orden de Santiago, el ya dicho frey Pelayo Gómez de Correa, tomó esta plaza por asalto, rindió el castillo por hambre y persiguió a los moros a patadas en el culo. Después, don Fadrique el maestro, bastardo de Alfonso XI, se sublevó contra su hermano don Pedro I, pero el tiro le salió por la culata. Años más tarde, la encomienda de Segura estuvo en manos de don Rodrigo Manrique, cuya primera de sus tres esposas, doña Mencía de Figueroa, tuvo casa y solar en este pueblo. La casa todavía se enseña a quien la quiera ver.

—También dicen que si fue de aquí el escritor y prelado don Martín Pérez de Ayala, obispo piadosísimo, hombre de letras y persona de muchas sabidurías.

—La verdad es que nunca lo oí nombrar. El Martín que yo conozco es Pérez y Peñota por su madre, al que le decían el Suellacabras, uno que mataba los lobos a puntapiés. Y el que sí anduvo por aquí y en esta villa tuvo amigos y catarros fue nada menos que don Francisco de Quevedo y Villegas, máscara de sí mismo, de quien

no le doy la filiación porque todo el mundo la conoce. Por cierto que, estando aquí, le hizo unos versos al Yelmo en los que decía:

De ceño y de carámbanos helado,
coronado de pinos
el cerco blanco de la luna enramas.

—¿Se dice Yelmo o Yermo?

—Yelmo. El Yelmo es como correctamente se dice. Claro que no me extraña su oportuna pregunta —ahora, el que habla es el maestro de la escuela—, pues por toda esta Sierra se acostumbra a aliterar la *e* y la *e* dando lugar a confusiones tales como cardera y caldera o toldo y tordo. También, esa que usted dice *y*, claro, como ese montarrón, que exactamente se alza hasta los mil ochocientos nueve metros sobre el nivel del mar, en Alicante, de mitad para arriba está más mondo que una calavera, es decir, yermo, de ahí su justa confusión, que un servidor, gustosamente, le aclara. Pero no siempre fue así, que antiguamente, empechado de pinos, más parecía yelmo de torneo caballeresco. Los pinos empezaron a desaparecer en tiempos de don Felipe IV, cuando comenzaron las grandes talas cuyas maderas surtían los reales astilleros y maestranzas, así como otras construcciones eclesiásticas, civiles y militares de las que todavía quedan muestras.

El señor maestro, que se está tomando una infusión de manzanilla que huele a gloria bendita, pues el hombre tiene la vesícula que parece una cantera, cuando se encuentra con un auditorio tan atento como el andariego habla de sus alifafes, de la medicación a que está sometido y de otras cosas que se sabe muy bien.

—Pues ese frey Pelayo o Pelay que antes le dije fue el gran maestre que arrancó a la morisma infiel muchas de las tierras que gemían bajo el fanático yugo de la media luna islámica. Desde la Torre de Juan Abad y más al norte, desde los conocidos campos de Montiel, hasta esta imponente fortaleza, todo cayó bajo sus aguerridas mesnadas. Ese frey Pelayo tenía un caballo blanco,

que se llamaba «Levante», que mismamente parecía el caballo de Santiago...

—¿Por los...?

—No. No era por eso, sino por el espanto que levantaba entre los mahometanos en cuanto le veían aparecer. Tiempos después y partiendo de aquí, Huéscar fue reconquistada por don Rodrigo Manrique a quien Francisco de Quevedo, que era muy mirado y puntilloso para las cosas de su Orden, llama el «intruso». Por cierto, y en otro sentido, cuando Quevedo vino a Segura escribió el romance donde cuenta que

los vecinos de este pueblo
viven todo el año junto
porque, un mes con otro mes,
gozan a diciembre en junio,

cosa que es verdad, pues ya ve usted el fresquito que se está levantando y estamos a finales de mayo. Así tengo yo la vesícula, que cualquier corriente me la desarregla y por poca humedad que haga se me pone de muerte. Don Francisco, como le venía diciendo, no ganó para pañuelos ni sabañones y se fue enseguida, y eso que su amigo don Alonso María de Leyva lo trataba a cuerpo de rey y le ponía unas sartenes de migas con chorizo que no se las saltaba un banderillero. Lo que pasaba es que don Francisco estaba deseando irse a los Madriles, pues por aquella época estaba medio liado con una tal Lisi, a la que, desde aquí, mandó un soneto precioso en el que llora sus ausencias y que, poco más o menos, empieza diciendo:

Aquí, en las altas Sierras de Segura,
que mezclan su zafir con el del cielo.

Usted ya sabe que don Francisco de Quevedo, a pesar de ser cegarruto y medio baldado, era muy ligón, y entre tantas Clori, Lisi, Filis y Moscatelas no paraba.

—Tome usted algo— dice el andorrero, que se lo pasa muy bien escuchando al señor maestro.

—No. Déjelo usted. Muchas gracias. Pero yo ya me voy para la casa, no sea que esta se me enfríe y se me ponga tonta.

El señor maestro se despide y el andariego, que se vino sin ropa de mayor abrigo, siente el repeluz de la anochecida; revuelve en el macuto y se embute en el chaleco de lana que guardaba en sus fondos; también se ata un pañolillo muy chulo al cuello para que el frío y el tabaco no le magullen la garganta.

—¿Por dónde cae la posada?

—Dos calles más para allá.

El andariego busca el parador, en donde apalabra cama y cena; deja el morral en prenda y vuelve a dar una vueltecilla por el pueblo. Segura de la Sierra, a la luz de la luna, es un espectáculo único, encantador, que nadie se debiera perder. Los recovecos de sus callejones moriscos, el empedrado de las calles, sus murallas caídas para siempre, sus arcos medievales y el agua cantora del pilón de la fuente se enjalbegan de claros de luna, y el castillo, allá arribonches, parece agrandarse de sombras y contraluces. A los pies del pueblo, el paisaje serrano se colma de blancuras prestadas y de la música que el airecillo coloca entre los muchos árboles del ruedo.

Las gentes del pueblo, bien sea por el friíllo que se levantó o porque sean poco trasnochadoras de por sí, ya se recogieron aunque sea noche de domingo. Nadie se ve por las calles, donde resuenan los pasos del andorrero. Sólo se mueven el gato salido que busca emparejarse y el perro sin amo que pinta en sus ojos toda la tristura de su soledad. No se oye una voz; los balcones cerrados matan las conversaciones y no dejan pasar el ruido que los aparatos de radio estarán dando a la noche con la musiquilla y las voces de ritual que ponen fin al diario hablado.

El andariego, lento y ensimismado, con la cabeza a leyendas y el estómago a sartenes, vuelve a la posada antes de que los guardias municipales le miren con suspicacia, antes de que empiecen a revolver, por los cielos de Segura, esas brujas que le contaron de chico.

—¿Le van las truchas con jamón?

—Sí, señor. Pero ponga usted cada cosa en su plato y el jamón en crudo, que eso de las truchas que dicen a la navarra es invento moderno con el que un servidor no transige. A un servidor, esas mezclas tan a lo loco no le fueron nunca. Las mezcolanzas no son buenas porque no te dejan ver, a las claras, lo que se come. Con la única mezcla que hago migas es con la del café con leche, y eso, más por costumbre que por convencimiento.

—Como usted diga. Menos trabajo para la mujer...

Las truchas fritas sólo con su ajo y su chispa de perejil, doradas de puros aceites y con el pellejillo un poco achurrascado, son de a palmo y no muy gordas, dimensiones exactas para que el animalico, en el plato, sea como debe ser. Truchas de río chico y saltarán y no de piscifactoría, en donde lo calmo del agua y la seguridad de la pitanza vuelven a las tales medio gilipollas, las quitan músculo y grasas les añaden. El andorrero —¿para qué va a decir otra cosa?— no es un experto en truchas, pero, como cada cual, tiene sus gustos y pareceres y por eso los dice. En lo tocante a gustos, la gente es muy variada y siempre cree que tiene razón; pasa igual que con las ideas políticas, pero ahora no es cosa de filosofar, que el jamón de la Sierra de Segura está ahí, bien prieto y curado por el frío, menos salado que el de las matanzas del valle o de La Loma; un jamón que se entrevera con el albo tocino, que aquí no se desperdicia nada, que se hace caldo en la boca llenándola de perfumes. Las aceitunas aporreadas estaban su chispilla amargas, tal y como tienen que estar para que cumplan su función de aperitivo, aderezadas con romero y cáscaras de naranja. Y aunque el vino no era muy allá, también se dejó beber en paz y sin mayores sobresaltos. En fin, que la cena fue redonda, bien medida, lo justo para dormir a gusto. Quien a Segura llegue pidiendo de comer, ya sabe lo que tiene que pedir.

De lo que el señor maestro no se acordó, entre tantas historias como contase, fue de Juanico el Truque, cazador furtivo y zapatero remendón, que trajo de coronilla a todos los guardias de la sierra

con su escopeta de dos cañones remendada con alambres, hasta que la autoridad competente, para quitárselo de encima, no tuvo otra que el buscarle un enchufe en la capital, de ordenanza en la delegación del Ministerio de Fomento, aprovechando que mandaban los de Sagasta.

Después de cenar, el viajero y su huésped hablaron del tiempo y de las aceitunas.

—Vaya un frío que se ha levantado...

—Está el cielo más raso que un pandero, con las estrellas gordas, y si no estuviéramos a los días que estamos seguro que esta noche helaba. Aunque yo, que no soy viejo, ya he visto la nieve en vísperas de San Antonio. Pero no se preocupe, que mañana hará un buen día.

—Eso es lo que me hace falta.

—¡Toma! Y al campo también, que estando la aceituna como está, cualquier mal tiempo la malogra.

El andorrero se mete en su cuarto, deja abiertos los cuarterones de la ventana para que le despierten las luces del amanecer y se arrebulla bajo la cobija. Se oye el silencio en el zumbir de los oídos y el andorrero se duerme y sueña que está en el bar de la plaza pegándole al vino en compañía del señor maestro, que se puso mejor de la vesícula, y de don Francisco de Quevedo, que también le daba al morro.

CORTIJOS NUEVOS, CAPITAL DE LA SIERRA

—**M**adrugó el amanecer— dice don Francisco de Quevedo dando fin a la última botellita del sueño.

—Eso parece, mi señor.

El sol, al pegar contra los espejuelos de don Francisco, se refleja sobre los ojos del andorrero y le saca de sus ensoñaciones y soñarreras. Alfonsito, el de las Carteras, pasa bajo el ventano.

Alfonsito va a lo suyo, al taller de carpintería de su tío Manolico, donde se gana el pan. Todas las mañanas va por el mismo camino, a la misma hora; los lunes, no; los lunes va un poco más tarde. Su primo hermano, Juan, el de los Oscuros, se cruza con él, siempre en la misma esquina. Desde allí siguen juntos y hablando, según costumbre o acaso vicio, de Andrea la Retama. Si hay nombres bien puestos, el de Retama es uno de los mejores. Andrea, la peinadora, es talmente una mata de retama, por su buen olor y su buen talle, su pelo rubio y su vestido verde. Andrea, la Retama, debió de tener antepasados variopintos y mezclados; su pelo contrasta con lo moreno de su piel, sus ojos negros con lo esbelto de su figura. Moros y cristianos anduvieron en esta danza que les salió redonda.

Andrea la Retama pasa también por aquí, al poco de juntarse el Alfonsito y el Juan. Según se nota, los dos muchachos andan enamorados de ella, aunque ninguno se atreva a declarar sus intenciones por no molestar al otro. Andrea, que, casada con cualquiera de

ellos, sería muy feliz, andando el tiempo acabará matrimoniando con Celestino el de los Álamos y no le irá mal, aunque con Juan o con Alfonsito le hubiera ido mejor. La vida tiene esas cosas.

—¿Usted lo entiende?

—¿Y cómo lo voy a entender? Esto del destino de las criaturas es algo tan sutil, tan quebradizo y enredado que ni los sabios lo entienden.

—Yo me barrunto que estas cosas y otras como éstas son las que hacen que el mundo se mueva a trompicones, sin orden ni concierto. Si estas cosas estuvieran más controladas de lo que están, hasta es posible que a todos nos fuera mejor de lo que nos va y ni puñetera falta había hecho que se inventara la atómica.

—Eso no hacía falta de ninguna de las maneras.

Una moza apalea una estera en los hierros de un balcón y canta lo de «Manolo mío, Manolo de mis amores» y no lo canta mal, sino que muy alto. El andariego se fuma el primero del día y mira por la ventana. Hacia el poniente se ven unos filillos de noche más allá de Cañada Catena, más allá de los Prados de Armijo.

—¿Y con quiénes se casaron el Juan y el Alfonsito?

—Juan, con una de Barcelona, que allí se fue a trabajar. El Alfonsito murió de mocico viejo.

Una paloma zurita se paró en el alero de la casa de enfrente; el palomo robón la acecha y se dispone a hacerle la rosca. La campana de la iglesia toca a misa primera. El caminante, vestido y afeitado, baja a la cocina.

—Bien se presenta la mañana.

—Pero a la noche refrescará.

Entra con gusto el tazón de café negro acompañado de unas rebanadas de pan de ayer, que, frotadas con un diente de ajo, se tostaron en las ascuas de la lumbre. El pan tostado, con su ajo y su chispilla de aceite, es alimento sustancioso que arregla los estómagos estragados mejor que una copa de aguardiente.

—Voy a subir al castillo.

—¿Y qué se le ha perdido por allí?

—Nada. Es por ver el paisaje.

—A todos los forasteros les da por lo mismo, pero cuando se enfrentan con la subida se arrepienten.

El andorrero, que es un poco cabezón, no hace caso; se deja el macuto en la posada y confiando en sus fuerzas echa a andar cuesta arriba. Cuando llega al castillo no le dejan entrar porque está en obras de reconstrucción y no es cosa de que un teguillo mate a un cristiano. El andorrero se queda con la ganas de subir al torreón y se sienta en el santo suelo lamentando el apechugón que se pegó en balde.

El paisaje es único y la mañana preciosa. La sierra, desde aquí, se ve en toda su bravura, en todo su amedrente para el que la quiere patear. Cerros tras cerros y vengan cerros, pelados unos, cubiertos de monte alto los más; abundan los cambrones, las aulagas, los lentiscos, los pinos y los jarales con su flor barnizada de blanco pegajoso; cada árbol da su olor, cada mata pinta sus flores y sus verduras. Se siente latir la vida bajo este manto vegetal; el topo que excava su madriguera, la liebre que se encama, la viborilla que se retuerce al sol, el raposo que husmea a la gallina atontada. Segura de la Sierra, a los pies del andariego, enseña su gracia blanca, sus airosas chimeneas que se empavesan de humos domésticos, la torre chica, los tejados rojos, las persianas verdes, el aleteo multicolor de la ropa que se seca colgada de los hierros de los balcones. Al sur, la mole del Yelmo levanta su joroba y se desfalla, casi a pico, sobre el arroyo de los Yeros. Hacia todos los rumbos de la rosa van los carretiles y las pistas forestales saltando barrancas y cañadillas, arroyejos y vaguadas; empinándose en lomas y cresterías, picos y cerretes; aupándose en las riscas y echándose a rodar por cualquier parte. Los cortijos, blancos e innumerables, se repiten sin fin por todo el contorno. La luz, si uno mira hacia abajo, se tinta de verde bronce, y, si hacia arriba, de un azul tan azul que duele de tan bonito. Por encima de las nubes que no hay se ve cruzar al gavilán pausado con las alas doradas por el sol que en ellas pega.

Con tan grato mirar y con los vagos pensamientos que el andariego echa a ventores, se pasa un buen rato hasta que el hombre se decide a bajar al pueblo, acercarse a la posada para recoger sus apechusques y seguir andando.

Tal vez, don Jorge Manrique, cuando de chavalín anduviera por estas endemoniadas trochas, sólo que a caballo y no a golpe de calcetín, como lo hace el andariego, iría pensando en los versos que escribiría de mayor; versos de amor doliente, desesperadas endechas a la dama de sus pensamientos que nunca le escuchó:

Quien no estuviera en presencia,
no tenga en fe confianza,
que son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

El andorrero cuelga de su corazón la bandera a media asta del piadoso recuerdo que dedica al pobre don Jorge, el que nunca supo lo que era bueno, el que siempre anduvo apartadizo, doliente y peleón tras las damas de sus tiempos:

Con dolorido cuidado,
con pena, rabia y dolor,
parto yo, triste amador,
de amores desamparado.
De amores, que no de amor.

Se le pone al andorrero un mal bocado en la garganta al recordar las penas de su poeta amigo, el que peleón anduvo de castillo en castillo, Paredes, Segura, Montizón, Chiclana, para acabar dejándose el alma y la vida frente a los muros del de Garci-Muñoz.

—¿Y para qué piensas en esas cosas?

—En algo habrá que pensar...

Cuando con bien y la osamenta entera, el caminante vuelve a la posada, sólo está el crío de los posaderos para atenderle, para poder rescatar su petate, pero no para servirle cualquier cosucha que

le aplacara el rasguño que en las tripas le puso el recalco del tacón a la bajada del castillo. A la vista de tan poco servicio, el andorrero se llega al bar de la plaza y pide lo que sea con tal que lo que sea se le pegue bien al riñón.

—¿Hace una morcillita?

La plaza de Segura es, en estos momentos, un candil. Limpia hasta más allá de lo exagerado, tiene una luz amarilla, como de chopo en otoño, cuyos reverberos arrebolan los rostros de las muchachillas hacendosas que salieron a comprar el pan o que se asomaron al balcón para sacudir sábanas o manteles.

—No están mal las chiquillas de Segura.

—Sí, señor. No están mal, pero déjelas estar porque todas tienen novio.

—Usted perdone.

La plaza de Segura es, en estos momentos, como un montón de trigo puesto al sol. La luz, que se pasa de bonita, tiene los tonos del cielo que Vicente van Gogh pintara los días de fiesta. Sus claros animan el mirar como dándoles pintillas de oro nuevo a los ojos de las mocitas que se apresuran en la labor del día.

—No están mal las chiquillas del Segura.

—Ya hemos quedado en eso, pero no siga, que las chiquillas de Segura son todas muy formales.

La plaza de Segura es, talmente, el botoncico de una flor de retama, y al clavecín que se le puso a la fuente se acercan las muchachuelas para llenar sus cántaros de agua fresquita.

—No están mal las chiquillas de Segura.

—Haga usted el favor, amigo, de no ponerse pesado.

El caminante liquida el pincho de morcilla que le sirvieron, insiste en cualquier cosa que sea confortativa y profese de cristiana vieja, bebe otro blanco y, ahora sin hablar por no molestar al interlocutor, se imagina, en cabellos, a las tres o cuatro chavalas de mejor catar que pasaron por la plaza.

Un productor entra en el bar y pide que le sirvan un botellín de cerveza fría.

—¿Que por qué tomo cerveza a estas horas? Pues porque me sale de las narices y por quitarme de la cabeza al chichirivaina de don Rosendo, que me ha puesto a noventa...

—Oiga usted, que yo no digo nada, que eso de la cerveza va en costumbres y, a mayores, un servidor tiene un amigo que es cardiólogo y que, por cierto, se deja la barba, que se toma su par de botellines para desayunar, porque como él dice y bien sabrá, que para eso ha estudiado, la cerveza es muy diurética, depurativa y otro par de cosas de las que ahora no me acuerdo.

—¡Es que me traigo una mañana...!— sigue el otro sin hacer caso del comentario—. A eso de los primeros claros me traigo al jefe para acá, desde más allá del cortijo del Tambor, y cuando estamos llegando a Segura va y me dice que si me tengo que dar otro viaje porque se le olvidaron las gafas. Y no es la primera vez, que el tío tiene una cabeza que es una devanadera y cuando no se deja las gafas, se deja la cartera o la pluma o los papeles, y a mí ya me tiene harto y el día menos pensado le voy a tener que decir cuatro cosas, que uno, aunque no sepa de letra, no está aquí para que lo mareen...

El andariego escucha sin saber de qué va la cosa hasta que dos blancos más tarde y entre lo que le coge al productor y lo que dice el de la barra, se entera de que Paulino Linares, que así se llama el primero, está hasta la gorra de aguantar a su jefe, que es un señor de Madrid que trabaja en lo de la jefatura de montes.

—Harto mejor— sigue diciendo Paulino— se viniera a vivir al pueblo, como hace todo el mundo, y no que se queda allá arriba, que parece un ermitaño y dale que te pego con si que la naturaleza, el medio ambiente y las florecillas del campo...

Según sigue Paulino, don Rosendo se ha dejado la barba hasta el pecho y muestra, sobre la camisa, una pegatina de colores que no se sabe muy bien lo que podrá significar.

—A lo mejor es eso de «haz el amor y no la guerra».

—Pues con esas pintas más le valía irse de voluntario a Corea...

El andorrero, que pretende llegar hoy mismo a los Cortijos Nuevos, se despide del escaso personal que se demora en la tasca, sale a la calle y lee, sobre la fachada de la mercería, un letrero que reza «Ropa interior y lencería fina»,

—¡Vaya un endecasílabo! Tal parece de la Égloga Segunda de Garcilaso de la Vega.

—¿Decía usted?

—No. Nada...

A la misma puerta de la tienda está parado un vehículo todo terreno, cargado de bombonas de butano. Su conductor tiene una cara de ser tan buena persona que el andorrero se descara:

—¿Para dónde va?

—Al Batán, a repartir la carga.

—¿Podrías llevarme hasta el empalme con la carretera de los Cortijos Nuevos?

—Sube, que a mí no me gusta dejar a la gente en tierra.

Baja el coche dando brincos por la carretera que ayer tarde se subió, más aprisa de lo que al andariego le gustaría. Las curvas del trazado y los precipicios que lo bordean hacen más que los pretilllos blancos —quitamiedos, que se dice— que almenan el carretil, pero no apaciguan el temblor que se le pone al cuerpo viendo aquellos abajones y precipicios.

—Mal camino para una prisa.

—Digo. Que si ahora me operasen de las amígdalas, me dejaban chiclán.

Los olivares y los pinos escalan las cuestas y se desbarran lomas abajo; se suceden las curvas en las que un camión de regular tamaño tendría que complicarse en maniobras para poderlas tomar; se espantan los gorriones con el ruido del coche y huele a mañana limpia, a los aceites que se profetizan entre las flores del olivo, a trigo verde como los ojos entrevistados en una canción antigua.

El río Trújala por un lado y el arroyo de los Robles por otro corren con su rumoreo de aguas chicas. Nubes no se ven y, por

lo alto, sólo cruza el aplauso blanco de las palomas torcaces y el círculo amenazante del alazor palomero.

El conductor del todo terreno sujeta el volante con los codos y lía un cigarro de picadura. El andorrero siente un repeluz que le corta el aire.

—Ten cuidado...

—No te asustes...

—¿Y todo el camino es así?

—Más o menos. La sierra es como Dios la ha hecho y al que no le guste que no venga. Ahora, en el cortijo de Fidel, se pone entrellano, pero no te asustes, que la carretera me la sé de coro.

—No te confíes...

Para el conductor en el cortijo de Fidel y deja parte de la carga. El arroyo de Rotena está un poco más allá, donde la carretera empieza a ponerse apacible, y con ello entran ganas y valores para liar un cigarro. Cien caminillos de serranía se cruzan buscando los olivares y lo poco que calienta el sol lo agradecen las carnes y los cueros. Vuelve a arrancar el coche.

—En la Capellanía pararemos otra vez. Allí tienen una buena balsa, por si te dan ganas de darte un baño.

—No es tiempo. Todavía falta para el San Juan.

Los cortijos de Río Herrera son seis, de más o menos apariencia, pegados a la carretera y rodeados por un prado verde como una esmeralda grandota. El viajero, que una vez pasadas las curvas ya lleva ganas de darle a la lengua, lamenta el no saber cuentos o historias de estos lugares, cuya relación hiciera más corto el viaje. El conductor, que, para más señas, se llama Juanito, el de la Cecilia, tampoco las sabe.

—Mi abuelo, que en gloria esté, bien de historias que se sabía; el me contaba el por qué de los nombres de todos estos cortijos y andurriales. Mi abuelo fue carbonero y de eso me viene a mí el andar repartiendo butano, que para el caso es igual, sólo que a lo moderno.

—¿Y qué es mejor?

—Cada cosa tiene lo suyo. Lo del carbón era más sucio, pero tengo para mí que les daba más gusto a los guisos.

—Y más bonito de arder.

—Sí. También... Bueno, ya has llegado.

El viajero se baja al asfalto, mira el reloj y ve que se acerca el mediodía. Se allega al arroyo, se prepara un rodal y se tumba un rato para descansar de los traqueteos del coche. Sin darse cuenta, se queda como un pajarito.

Sentado en un ribazo y atusándose los lacios bigotes, don Miguel de Cervantes habla despacioso y descorazonado:

—Sí, hijo, sí. Ya veo de qué me sirve predicar a orejas sucias. Y eso que bien claro lo escribí y lo dije, cuando tuve lugar, que el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la quietud del espíritu, el murmurar de las fuentes son gran parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y contento...

—Sí, don Miguel.

—Y tú, señor holgazán, teniendo todo ello a la vista, te tiras a la Bartola y te pones a dormir, como un lirón...

—No todos tenemos su temple, don Miguel.

—¡Qué don Miguel y qué don Gaitas!

Don Miguel de Cervantes, manoseando los bullones de su gorguera de randas, alza la voz, se enfada con el andariego y le echa tal bronca que acaba despertándole.

—¡Jo, me dormí!

El reloj señala las cinco de la tarde. El estómago expone sus exigencias y en el macuto no hay nada que llevarse a la boca. Mal puede uno remediarse en aquellas soledades, y hasta los Cortijos Nuevos hay más de una hora de camino. En los cortijillos que uno se pudiera encontrar, y eso que son bastantes —el del Manco, el Maruco, el Cojo, la Alberquilla, Gutamarta—, tampoco podrán socorrer a quien lo demandare, y desviarse hasta las cortijadas de más presencia, como las de Carrasca o del Contadero, alargaría mucho el andar. Lo mejor es hacerse un nudo en las tripas y tirar

carretera adelante, y sea lo que Dios quiera, dejándose, a la diestra, la loma del Romeral y los cerros de Puerto Cecilia y, a mano zocata, el arroyo que va suavizando la andadura.

—Esto de liarse de conversación, aunque sea en sueños, te hace perder un tiempo que para qué...

—Es que hablar con don Miguel de Cervantes tampoco es cosa de diario...

Cuando los cerros olivaderos se abren para ensanchar el ruedo a las tierras de labor, crecen los cebadales con su olor de frescura ilimitada si la brisilla que se descuelga desde las puntas del Yelmo y de los Castellones remeje los altos tallos. Cien venas de agua, a cual más clara, ponen música al rodal, y el andariego, a pesar de sus prisas y sus necesidades, camina complacido por el hermoso paisaje de la Sierra.

—Con algo en las tripas resultaría más, hermoso...

Sobre la mano del pitillo y bien arriba están los cortijos del Ojuelo; más arriba aún, la cortijada del Robledo, junto a un manantial que es un astro de plata sonora.

—No te me pongas cursi...

Estas cortijadas han crecido mucho desde la última vez —cuántos años ya— que el caminante anduvo por aquí. Los caminos son mejores que los de entonces; hay lugares en los que los ingenieros de montes han trazado un carril por el que, mal que bien, pueden subir los coches. Dicen que las aguas de la fuente del Robledo acaban con la esterilidad femenina. El andorrero, que no cree en aguas milagreras, más bien piensa que las buenas magras que por allí se comen, la tranquilidad de que allí se disfruta y el no tener otra cosa que hacer, para pasar la noche, colaboran, más que el manantial y los aires, a la expansión demográfica de las susodichas cortijadas.

Una camioneta corre que se las pela camino de los Cortijos Nuevos.

—¿Te llevo?

—Total, para lo que falta...

Un kilómetro y poco más. El caminante piensa que no hay que descomponer la figura por tan poca cosa. El caminante cree que, para entrar en poblado, es mejor hacerlo a pie y no bajándose del cajón de una camioneta. Si uno se apeara de un buen cochazo, ya sería otra cosa, pues eso de un coche de carrocería reluciente impresiona mucho al personal, pero entre una camioneta de segunda mano y los pasos contados, lo mejor es lo segundo. Un andariego que no vaya muy destartalado tiene una figura así como tirando a romántica, a aventurera, que, quieras que no, predispone mucho a su favor.

Otra camionetilla cruza en sentido contrario.

—¿Te llevo?

—¡Jo, y cómo está la gente! Ni se ha dado cuenta de que vamos a la contra...

Se ha quedado a la espalda el estanque del cortijo del Chaparral y la carretera empieza a colarse entre los olivos que proclaman la cercanía de los Cortijos Nuevos. Son las seis pasadas, que el andorrero no quiso aspase en las corridas; el tabaco le entretuvo las hambres y, ya se sabe, cuando uno se aguanta el apetito, éste se acaba pasando.

Cortijos Nuevos, aldea de Segura de la Sierra, es casi la capital de estos ruedos; si en vez de estar donde está estuviera en los llanos de Castilla la Vieja podría pasar por pueblo grande y tendría ayuntamiento y hasta iglesia parroquial. Aquí, los mil habitantes no pueden presumir del uno ni de la otra. El poblado, como estas cortijadas dejadas de atrás, también creció mucho.

—¿Aquí es que la gente no se va a Alemania?

—Pues no, señor. Aquí, la gente, en teniendo un mediano pasar, se conforma con lo que Dios le dio y no se pierde por esos mundos en los que no se aprende nada bueno.

—Algo, sí...

—Bueno o malo, lo que por ahí se aprende, aquí no vale.

Botones amarillos sobre la hierba verde; ribazos en flor como las dos o tres muchachillas que pasean a la entrada del pueblo.

Son tan monas que al andorrero se le ponen estos versos en la cabeza:

Quién hubiera tal ventura
como tuvo el andariego
en la Sierra de Segura.

Aunque los versos no se atreve a decirlos en voz alta, el caminante se destoca la boina y dibuja una leve reverencia al cruzarse con las tres chavalas, que le miran con los ojos grandes y rompen a reír con todas sus ganas. Corrido, el andariego agacha las orejas y aviva el paso en lo poco que le falta para entrar en el caserío.

Cortijos Nuevos, en el llano, junto al cruce de las carreteras que van a Segura, a Hornos y a Beas, con bastante olivar y anchas tierras de labrantía, grande el pinar y gente que no se duerme en las pajas, creció tanto que ya tiene rótulos en las esquinas. Ahora se alegra con la luz del sol que sale para todos, como se alegrará cuando caiga la lluvia que para todos se deja caer. Cortijos Nuevos, con buenas casas de ladrillo de cara vista, parece ser, entre otras cosas, pueblo de cazadores, pues en muchas de sus ventanas y balcones, entre macetas de siemprefloras y geranios, se ven las jaulas de los machos de perdiz.

—También habrá algún hurón que otro.

—Pero escondido, para que no dé con él la guardia civil.

El caminante, cuando da con ello, entra en una especie de bar, más bien puesto de portalillo, que se mantiene en penumbra con la puerta entornada y las cortinas corridas. El suelo está recién regado, limpio y fresco, casi confortable. El amo, en mangas de chaleco, huelga de codos en el mostrador, sobre el que relucen unas medidas de latón.

—Buenas tardes —saluda el viajero—. No he comido en todo el día y...

—Perdona, por Dios, hermano.

—No. Oiga, jefe, que no es eso; que la cosa no va por ahí; que un servidor no pide limosna, aunque sí acepte un obsequio si se lo

hacen con buenos modales. Verá usted, jefe, lo que yo le quiero decir es que llevo todo el día con un café negro que me tomé esta mañana en Segura y por eso le pregunto por dónde podría tomar un bocado, pagando lo que sea...

—Hombre, perdona, pero esto tiene tan poca luz y tú tienes esas pintas...

Aclaradas las cosas, el del mostrador, que, cosa que no se ha dicho, pero que tampoco viene mal decirla, tiene menos pelo que un litro de vino, le pega una voz a la parienta, que asoma del corral medio bajándose las sayas. El matrimonio cabildea una miaja y la mujer le dice, todo seguido y casi sin respirar, que si el postulante se conforma con una tortilla de patatas o con cosa de forraje, que bueno, pero que no piense en chichas ni gollerías, ya que, para estas fechas, la matanza está en las últimas y otra comida no hay.

Se conforma el andariego con la tortilla de patatas, de ruedo más que regular, a la que la cebollita fresca y la patata que se cortó bien finilla hacen jugosita y sabrosa, como doncella en agraz. Con una telera de pan y un tiesto de vino no muy bueno se acompaña la masticación y el trago. Cuando el viajero acaba con aquello y con la pera de cuelga que se tomó de postre, pregunta que dónde podría pasar la noche, qué fonda, parador o posada le dan igual.

—Eso va a ser peor. Como no te llegues a Hornos...

—Está muy largo.

Marido y mujer vuelven a sus cuchicheos. La señora mira desconfiada al caminante y pregunta:

—¿Vas a pagar?

—Claro...

Vuelve el matrimonio a su bisbiseo, cuentan con los dedos, miran y remiran y, en éstas, un par de fulanos entran en el local y piden unos vasitos de vino.

—¿Te ponemos una colchoneta en las cámaras, aunque no esté aquello muy acomodado?

—Conforme.

—Pero sepas que lo hacemos por caridad y no porque nosotros nos dediquemos a esto...

Al andorrero le importa tres pimientos que la dormida se la apañen por lo que se la apañen, por caridad o porque le hayan tomado por un príncipe de sangre que viajara de incógnito. El caso es dormir bajo techado, pues las noches todavía refrescan y los huesos del caminante no son los de sus veinte años. Concertada la dormida, el viajero se asoma a la calle, engolosinado con el volver a ver a las zagalillas que antes vio en la carretera.

—A ver si hay suerte...

La calle, en este rato, se ha animado con las tertulias que a las puertas de las casas formaron las mujeres de cualquier edad, que sacaron sus sillicas de enea y la labor a la fresca de la atardecida. Unas cosen calcetines, otras repasan las camisas, otras desmotan los garbanzos para el cocido de mañana, quienes pelan los tomates para el guiso de esta noche, las de más allá descuelgan la ropa de las cuerdas del tendedero y todas hablan si tienen boca; las que más, las más viejas. En su conversación vocinglera y riente salta la chispa de la insinuación erótica llena de inocente paganismo, colmada de ingenuo rijo que hace bajar la vista de las solteras, que se ruborizan, y encender la carcajada de las casadas de buen ver.

Haciéndose el desentendido, el andariego escucha, al pasar, la cháchara de las mujeres y, al oírla, se acuerda de muchas cosas que aprendió, refranes, adivinanzas y cibirizarras, de las mujeres de su niñez. Se acuerda de aquellas historias, cuentos y quesiqueses, que es como, por estas tierras, se les dice a los acertijos.

Un hombre muy chiquitillo,
arrimado a la pared,
con la pitotilla tiesa
esperando a la mujer.

Esto era la fuente, lo mismo que la higuera se disimula en esta otra adivinanza de dobles sentidos:

Ha venido un tío,
me la ha metido,
sangre me ha hecho,
pídole a Dios
que me haga provecho.

—Que no, hombre, que esa no es la higuera. Eso es cuando el practicante te ponía una inyección. Lo de la higuera es:

Yo me subo a ella,
ella se menea.
Yo con el gusto me voy,
ella con la leche queda.

Las adivinanzas, muchas de ellas, estaban cargadas de segundas intenciones, como la que hablaba del caballo:

Gordo lo tengo,
más lo quisiera,
que, entre las piernas,
no me cupiera.

La buena memoria del andariego le va trayendo a las mientes otros acertijos y adivinaciones:

Redonda como una taza
y va conmigo a la plaza,

o aquella otra:

Una cosa muy pipiricosa,
que pasa por el río
y no se moja.

Las dos servían para la luna. Pero el quesiqués que mejor recuerda y que más le gusta es ese que disfraza los hierros de la romana, con un idioma que envidiaría el más audaz de los poetas vanguardistas:

Un tintín,
un tintan,
un garabatín, y
un garabatán.

También aquella otra que jugaba con el son de las palabras para disfrazar la hebra del hilo:

Y lo es y lo es
y no me lo aciertas
en un mes.

Lo que ocurre —ay, los nuevos tiempos y sus modernidades— es que muchas de estas adivinanzas, dentro de muy poco, habrán perdido sus gracias y dilucidaciones cuando las cosas de que se habla, los usos y las costumbres en que se apoyaban, se hayan marchado como las nieves de antaño, como ocurre con lo de la coroneta de los curas, la tonsura que ya no se lleva:

Redonda como un reloj
y tiene pelos alrededor.

Otros acertijos se llevarán con ellos las flores de un idioma entrañable, las palabras que casi se han perdido, los decires colmados de poesía ingenua y rural, como cuando se cantaba y se contaba la gallardía de los cañaverales:

Alto y alto calicanto,
bovedillas más de ciento.
El galán que me lo acierte
tendrá buen entendimiento.

El andariego, que cuando se pone a pensar no deja de enjaretar chorradas, se dice que es probable que todo esto de las adivinanzas tenga su origen en la lírica provenzal, en aquello del «trovar clus», que por insospechados caminos ha llegado hasta la lírica popular pasando por aquellos acertijos cursilones, como de juegos florales o de juegos de prendas y las tontísimas charadas que se proponían en las reuniones cursis de los salones de los balnearios de moda a principios de este siglo:

El enamorado,
si es bien entendido,
sabr  el nombre de la dama
y el color de su vestido.

—Y mi tía Mercedes me enseño el que decía:

Estudiante que estudias lat n:
una cu y un lazo, qué quieren decir.

Y aquel otro:

Estudiante que estudias
filosofía,
dime cuál es el ave
que pare y cría,

pues mi tía Mercedes, que en gloria esté, se murió creyendo que los morciguillinos eran pájaros.

—A ver si me aciertas ésta:

Una señorita
muy ase orada
que siempre va en coche
y siempre va mojada.

—Eso es la lengua. A ver si te sabes ésta:

Oro parece,
plata no es.
El que no me lo acierte
bien tonto es.

Al andariego, con esto de los quesiqueses, se le fue el santo al cielo y paseó las calles de los Cortijos Nuevos con la cabeza perdida en los tiempos de Maricastaña y no paró mientes ni en labrantines que se volvían de sus pedazos, los grillos que salpicaban la pronta noche y las mozuelas que seguían paseando por allí. Cuando el andariego se pone a recordar su infancia perdida — nunca habrá infancia que se recobre así se hagan santirulicos de barro— se pone tan tontorrón que no hay quien lo aguante.

—¿Y qué me dice de ésta?:

Entre dos piedras feroces,
sale un hombre dando voces.

—Que es digna de don Luis de Góngora...

Ya metido en oscuros, el andorrero vuelve al bar. Las mujeres se recogieron dejando vacía la noche, silenciosa también. Trajinaban los labradores en las cuadras y las muchachas extendían los manteles para la cena. La pareja de la guardia civil, cada número por su cuneta, pasaron camino de Hornos. Pensó el andorrero que su carnet de identidad estaba caducado, pero no pasó de ahí, que la pareja ni le hizo caso.

El bar está un poco más animado, más alumbrado por toda la fuerza de la brillante bombilla que desnuda de lámparas y tafetanes cuelga del techo, junto a la tira pringosa del papel matamoscas. En el local continúan los dos paisanos que entraron esta tarde y que ya andarán a medios pelos por poca prisa que se hayan dado con sus vinos. Otros dos o tres hombres están haciendo la junta con

la debida calma; les sirve el del mostrador bostezando y con ganas de dar de mano y su esposa andará por ahí dentro, trasteando en lo suyo. En un rinconcillo, un bebedor solitario se canta por lo bajo:

Que yo tengo dos lunares,
el uno junto a la boca
y el otro donde ya sabes.

Aprovechándose de que el establecimiento no tiene ni televisor ni aparato de radio, el caminante se sienta lejos del mostrador, apoya la cabeza en la pared y mira el tirabuzoncillo de humo que suelta su cigarro, la gente que ya empieza a levantarse y la estampa del almanaque que presenta a una chavala en traje de baño de dos piezas y que sonríe desde el papel. La chavala está muy buena, y el andorrero, que no puede hacer otra cosa, se dice una adivinanza:

Fui al monte,
planté una estaca
y el agujero
me lo traje a casa.

Entra un niño chico a comprar un paquete de «celtas» y una caja de cerillas. El chaval parece bien educado, pues dio las buenas noches nada más entrar. El andorrero se dice:

Fui al monte,
corté un bastón,
cortarlo pude,
rajarlo no.

—Eso es el pelo.

—¿Y la de antes?

—Anda y no seas marrano. ¿Sabes ésta?:

Qué cosa es
que cuanto más grande
menos se ve.

—La oscuridad...

Como el andariego no tiene ganas de cenar, pide y le sirven un café de pucherillo que es una maldición y, con su chispilla de sueño, enciende un cigarro, el último del día. El sabor del tabaco le trae el rememoro de otra adivinanza:

Verde fue mi nacimiento
y negra mi mocedad,
de blanco me amortajaron
para llevarme a enterrar.

—Es que entonces no había tabaco rubio...

Cuando el andorrero abre los ojos que cerró en una cabezada que no sabe cuanto le duró, se da cuenta de que lo han dejado solo, apagada la luz, amontonadas las sillas y cerrado el establecimiento. El andariego se despereza y, guiándose por la corta luz que se escapa de la cocinilla en donde cenan los amos, sube las escaleras que llevan al camaranchón donde le tendieron la colchoneta sobre la que dejaron una manta nueva con que taparse. Cuelgan de las vigas unas trenzas de tabaco de huerta y unas ristras de ajos como puños; en un rincón se llenan de polvo unos aladres.

El viajero, a la mala luz que, desde la calle, entra por el ventano entornado, mulle la colchoneta y pone su macuto de cabezal. La colchoneta es fina, de mucho uso, rellena de hojas secas de maíz, y, cada vez que el andariego se da media vuelta, arma un estrépito que se oirá en la carretera por la que no pasa un alma. Quitando eso, en el camaranchón, en el poblado, en el ancho mundo de la Sierra de Segura, hay un silencio redondo que se puntea con el zumbir del vientecillo retozón que zarandea pinos y olivares. Cuenta el viajero las bovedillas del techo, que es cosa que le hace

mucha ilusión y, medio perdiendo la cuenta, se duerme poquito a poco, sin que la dureza del lecho le desvele ni le ponga malos sueños en la sesera.

Los cebadales y los trigos, los centenos y el maizal, acunados por la brisilla friolenta que baja desde el Yelmo, cuajarán un poco más sus granos, y el cañamón de las aceitunas, las pinas olorosas de los pinos piñoneros engordarán esta noche un poco más. Todo está en paz, aunque por ahí arriba crucen los satélites artificiales y los aviones de combate. Más abajo canta un gallo, y por el campo, perdido en su desamparo, ladra un perro sin dueño.

El andorrero sueña —dicen que eso pasa cuando se duerme en duro— una apasionada noche de amor con una pastora de candidas ovejas. A lo mejor, el poblado de Cortijos Nuevos, más ambicioso, sueña que le están haciendo capital de las Españas.

DONDE APARECE DON MARTÍN

El andariego está casi llegando a la venta del río de Hornos, fresco de cuerpo, pero con un mal café que no se lame, y no lo dice por el de pucherillo, flojo, desangelado, liviano y aguachirri con el que le hicieron desayunar. No es por nada, pero el andorrero lleva un café que, como le escupiese a un gato, le iba a pelar el rodal.

—¡Jolín con los cortijeros! Con razón se dice que si tienen cuatro carrileras de dientes...

Anda el viajero sin ver por dónde va, sin que el piopío del colorín ni el pasico coquetuelo de la abubilla moñuda, la mariposilla que le roza la cara ni el morado pensamiento que, desde la cuneta, le regala el ojo, le alivien el mal humor que esta mañana le pusieron. Ni los trigos bamboleantes ni la flor imprevista que se abre junto a las suelas de los botos le alegran el mirar; tampoco le ayuda más el gorgoteo del arroyejo que corre por su derecha ni los verdiclaros y húmedos pradillos que se le ofrecen a la vista y al descanso. Hay mañanas que pintan en bastos y ésta es una de ellas. El caminante va soltando tacos por lo bajo y, si no los suelta por todo lo alto, es porque no tiene a nadie con quien desahogarse.

—¿Para qué gastar las fuerzas en balde?

—Eso digo yo...

El andorrero, que no es persona propensa a la mala uva ni acostumbra a ponerse de mal talante así como así, pues lleva muchos años en el oficio de contemplar las cosas por el lado

bueno, aunque haya cosas que lo bueno no lo enseñen por ningún lado, se extraña un tanto de este cabreo insólito que se le ha subido a la cabeza esta mañana, tan bonita por otra parte, de este día veinticinco de mayo, festividad de los santos Urbano y Gregorio, papas, y Beda, presbítero.

—Hoy, el único mártir, un servidor...

—Anda, no las pías...

Menos mal que la carretera, a la par del río de Hornos, se colocó cuesta abajo. El río de Hornos, que venía hecho un tirillas, se ha puesto gordo, como un caballo percherón, al recibir las aguas de los arroyos de Mata Asnos, Puerto Cecilia, Los Molinos y Guadabraz, cuando ya se dispone a sumirse en el pantano del famoso Tranco de Beas.

—¿Por qué no te cantas algo?

—Como no sea un responso...

La verdad es que es una pena que, con la mañana tan guapa que hace, que tal parece que se sacó de aquella del poema del Cid —«Dios, qué bueno es el gozo prora aquesta mañana»—, el caminante vaya de la malísima uva que va, y no es que le pase nada, pues los pies le funcionan de maravilla, la cabeza le va sin soñarreas, el vientre como un reloj y el corazón como una naranja madura. Pero es que esta mañana, cuando al punto del amanecer, preguntó de buena forma que qué era lo que se debía por el gasto que se hiciera y por la malévola colchoneta donde pasó la noche, la mujer del puesto, que su marido se había quitado de enmedio por vergüenza o por no meterse en discusiones, se le arrancó diciendo que, entre unas cosas y otras, que no habían sido tantas, la cuenta subía hasta las mil pesetas corridas.

—¡Qué exageración!

—Oiga usted, lo que yo le diga. Que yo al pronto me pensé que era de broma, pero vaya unas bromas...

El andorrero, al escuchar tal dislate, perdió el color y a punto estuvo de soltar un juramento de esos que hacen parpadear a un muerto, pero no le valió de nada.

Entonces fue cuando entró una vecina y la del puesto, al verse reforzada, alzó la voz y siguió perorando que si la tortilla fue de tres huevos, cosa que era verdad; que si la vida anda ahora muy achuchada, que las contribuciones suben cada año, que las cosechas son malas, las gallinas no ponen, que un favor es un favor y que alguna ganancia habían de tener. Como el andorrero jugaba en terreno contrario y no tenía ganas de salir de Cortijos Nuevos por pies, se achantó, pagó las mil pelas y la faltriquera se le quedó hecha un higo. Cuando, atraída por las voces, se acercaba otra paisana, el caminante se colgó el macuto y sin más se lió a andar.

—¡Jolín con los cortijeros!

—Bueno; gente así hay en todas partes.

—Pero lo mejor es no encontrarse con ella, que uno puede, más o menos, entender el negocio de hostelería, pero no hasta esos extremos. Ni la vez que me metí en un club de la costa Fleming me salió tan cara la cosa, y eso que había cada chavala en aquella barra...

A rejalgares le supo el café que se tomó con prisas; a rejalgares y a poco, pero no quiso repetir por no tener que dejarse el macuto en prenda, y ahora, mientras le da viento al tacón, piensa que ya se remediará en Hornos, donde, seguramente, serán más mirados.

—Y si no, a pedir por Dios...

Anda contento el sol sobre los cerros a mares; luz de mayo, festera como un cimbalillo, luz de pontifical; pájaros en el aire, lagartijas entre las piedras, el alacrán, escondido, y el viento, galán de aromas. A la puerta del cortijo de Santiago, el cortijero, con la colilla pegada al morro y los ojos entornados, trenza la tomiza con que enjareta un ronزال; la cortijera, alocada con las carrerillas y el escándalo propios del caso, echa de comer a las gallinas culonas; un par de chavales, morenados de soles repetidos y vientos de lo alto, anda a la juguesca con un perrillo de mil leches, en tanto que su hermana mayor, que alzó un momento la vista para ver pasar al caminante, se lleva la mano al pelo y comprobar si tiene bien puesto el lazo con que adorna su melena de quince años bien llevados.

—Buenos días...

—Buenos días...

En el kilómetro catorce, por lo menos es eso lo que se escribe en el mojón correspondiente, la carretera se echa a subir. En el siguiente, y aprovechando el tapial de una tenada que le pone a socaire, el andariego tira el petate al suelo y se recuesta a descansar antes de emprenderla con la media legua que le falta.

Poquito a poco se va pasando el mal humor. Ayudan al negocio el praderío que se destapa ahí enfrente y las flores que zumban de tan subido color sobre el terraplén de la carretera. El prado, por si fuera poco lo que le tocó de guapura, se adereza con los manchones de las margaritas que le llenan de blancura chica y conmovedora. Las flores del talud son un derroche, un desmadre, una prodigalidad de olores y colores que la Naturaleza, generosa como un rey sabio, deja crecer a su aire y a su antojo.

La espuela dorada de la retama compite con el rojo torero del ababol, igual que el carmín de la salvia discute con las estrellitas blancas de la cicuta. Altas están las hierbas sin nombre conocido, mecederos los botones de color variado con que el campo se empavesa, espigados esos brotes morados que por aquí llaman nazarenos, oloroso el mastranzo, azulados los palitroques de las esparragueras, desbordado el perfume del espliego y, escondidas entre la hierba cómplice, las malvas y las brazaditas de las violetas. Galanean, de cuando en cuando, los pimpollos de las rosas silvestres. Por si esto no bastara para contentar al más descontentadizo, la escolanía de los pájaros revuelve, en el aire mañanero, su música variopinta que va desde el piar del gurriato al virtuosismo del jilguero; silba el mirlo y le contesta el alcaudón, no se callan los colorines ni la calandria que se encana; suena el trinar del chichipán, el canto del cuco golfante, el chiar de la golondrina. Todos los pájaros hacen lo que saben.

Pasa un labrador a buen trote, la cuesta abajo le ayuda, y sus abarcas resuenan sobre la gravilla del carretil. El andorrero divaga, sin demasiado concierto, sobre el calzado serrano y quiere creer

que si la alpargata es moruna, cristiana vieja es la abarca. Un pensador de mayor fuste que el andorrero, y menos perezoso, ya sería capaz de escribir un libro así de gordo sacando punta a todo lo que la abarca —oscura, fuerte y sencilla— insinúa por su lado y lo que la alpargata —blanca, ligera, adornada— insinúa por el suyo. Dos culturas frente a frente, ocho siglos de discordias y hermandades. El andariego, a medida que se va metiendo en honduras, siente cómo se le va la cabeza por el ancho mar de las confusiones.

—La verdad es que eso de pensar es malo.

—Sobre todo, con el estómago vacío.

El andariego, desechando sus vagos pensamientos, pues no es cosa de escribir una tesis doctoral, vuelve a la vida contemplativa, al color del prado y a la gracia de las florecillas, que dan menos calentamiento de cabeza.

El pueblo de Hornos, encaramado en su altar, muestra sus aires hirsutos de ciudadela fortificada. En el cerro que se le pone más arriba, las ruinas de un castillo se desmoronan al viento y al sol.

El andariego, cuando andaba polleando, oyó contar al cura de su pueblo que, cuando cantó misa, fue destinado a esta parroquia serreña, que en Hornos se proclamó la segunda República española veinticuatro horas antes que en el resto del país. El caminante, que sólo tiene por testigos a sus orejas, no dice que esto sea mentira o que sea verdad, sólo que así fue como se lo contaron. A Hornos, por aquí, le dicen Hornos de Segura, aunque no será para distinguirlo de Hornos de Moncalvillo, de la provincia de Logroño, pues eso le pillará muy lejos. Con el nombre de Hornillos y Hornija, y con apellidos diferentes, hay cinco o seis pueblos repartidos por el territorio nacional, pero eso tampoco importa mucho ahora, cuando el andorrero, que se cae de necesidades, enciende un cigarro para entretenerlas y mira el golpe de sol contra las fachadas enjalbegadas de Hornos de Segura.

—Oiga usted. ¿No era de aquí, por un casual, uno al que le decían el Antoñico el de los Chupados? ¿Uno que era tan feo que mataba a los conejos sólo con mirarlos?

—¿Uno que, cuando nació, de poco le tiran cerro abajo?

—¿Como hacían los espartanos?

—Poco más o menos...

El caminante, cuando tira la toba, la emprende con el cuestarrón. La carretera, muy estrecha, sube haciendo eses como un borracho perdido. El olivar, que se espesa en cuanto pasa la linde del arroyo de los Molinos, sombrea la andadura. Cantan los pájaros confiados y un olor a almazaras henchidas llena el olfato del viajero, quien, cuando por dos o tres veces se creía tener el pueblo a los alcances, ve cómo el camino se retuerce en horquilla y se le aleja.

Hornos de Segura es pueblo añoso, casi milenario y chico, que, a todo tirar, rondará los quinientos habitantes; en el rodal de su jurisdicción habrá otros tantos. Cuando el andariego estuvo en este pueblo, va ya para los veinte años, había en él una regular posada, esa que ahora se va entresonando, con la esperanza de algo que llene la tripa.

—También hay cosa de dos o tres bares, de diferente catadura, no se vaya usted a creer. Estos pueblos, desde que se inventó lo del «seiscientos», se han vuelto muy animados. No, claro, cine no hay, pero tampoco nos hace tanta falta...

El último tramo de la carretera es una agonía; empinado y de sólo mediano andar. Si se mira para abajo, el vértigo y el hambre arrancan la cabeza. El cigarro estraga la boca y acorta la respiración, que eso es lo que da el fumar cuesta arriba.

—Algo tendré que hacer para aliviar las hambres...

—Cuéntate los dedos.

A unos doscientos pasos de las primeras casas del pueblo, un motocarro alcanza al caminante.

—¿Te llevo?

—A buena hora, mangas verdes...

El del cacharro se va petardeando y el andariego, en el último achuchón, entra en la ilustre villa de Hornos de Segura por un porción que se abre en la antigua y arruinada muralla que las nuevas

construcciones, no tan nuevas, ocultan o disimulan. Luego, por un callejón cubierto, por el que el aire sopla que es un gusto, pasa a una calle que se cae de blanca, llena de balcones y de rejas voladas plagaditos de flores; después, entra en la plaza chica como una taza a la que se abren las casas más aparentes del pueblo, Tan bonito es aquello, tan como de otros tiempos, que al caminante se le quita, de golpe, el cansancio que traía; no el hambre, que eso necesita algo más espeso, y, por una callejuela que baja hacia la izquierda o, tal vez, a la derecha, pues el andorrero lleva perdidos los rumbos y las orientaciones, anda, recordando el camino, a la busca de la posada de antaño.

No le fue infiel la memoria y, a la mitad de la calle, el viajero se da con el parador, con su portalón abierto de par en par, con su cocina anchurosa, con sus muebles de madera sin pintar y bien fregoteada con estropajo y lejías, las cuadras al fondo y un olor a comida que se hace y que quita las tapaderas del estómago.

—Sí, señor. Pues no faltaba más, que para eso estamos. Digo. Aquí puede usted comer de todo lo que haya, pero todavía no. Ya ve usted que es temprano para eso y la comida está sin hacer.

—Aunque sea un cacho de pan...

—Para eso, vayase usted al bar, que está ahí mismo, en la plaza, que algo podrán darle.

El andorrero se resigna, deja el macuto en la posada y vuelve a la plaza, que se media de sol y sombra, y en un barecillo muy apañadete, que tiene las cortinas verdes y está recién puesto de limpio, entra, medio temerón, medio esperanzado, y pide cualquier cosa. El del mostrador, que parece persona de buen llevar, le planta un blanco y le dice que pinche un torrezno de los que acaban de salir de la sartén.

—¡Jo, macho, qué buenos están!

—Es que mi señora tiene unas manos que no es porque yo lo diga, pero que en la cocina no tienen precio.

—Así es como tiene que ser, que un servidor siempre oyó decir de sus mayores que la mujer que no se porta bien en la cocina,

tampoco funciona como es debido en cualquier otra habitación de la casa.

—Diga usted que sí...

El andariego, casi sin resollar, repite de los torreznos y del blanco. El vino no es que sea bueno, pero los torreznos son tan fuera de sí, que sus indulgencias caen sobre el caldo prestándole las virtudes que no tiene. Y eso que, como todo el mundo sabe, si un mal queso hace bueno al vino que corteja, el torrezno bien sabido descubre sus maldiciones.

—¿Y en qué se funda?

—Hombre, verá usted. Yo no le voy a poner el paño al púlpito ni a soltarle un rollo sobre vinos y compañeros, que ni soy tan sabidor como eso ni trato de menospreciar a nadie, porque, en ideas políticas o religiosas, chavalas y vinos, cada quién tiene sus usos y costumbres, reales ganas, manías y preferencias tan razonadas o más que las que un servidor pueda tener. Pero éste que está aquí, que ya va en años y copas puestas, lo que tiene observado es que los vinos flojos, como el ribero o el chacolí, se toman con chucherías de la mar, gambas y cosas de esas que no tienen ni medio diente. Los vinos andaluces, que ya son palabras mayores, exigen que el pescadito sea de más cuerpo, bien sazonado y con su rebozo para que el animalico tenga mayor textura, como es el pez espada en adobo o los soldaditos de Pavía. El mejor queso de España es paisano del vino manchego, y con esto ya digo lo bastante y que nadie me lo tome a mal, que esto es pura ciencia y la ciencia se atiene a los hechos. Pero cuando el vino se pone como Dios manda, por ejemplo, en las orillas del Duero, la gente lo toma con cecina o con lechazo asado. Y cuando alcanza las bondades indecibles que alcanza en La Rioja, el vino ha de llevar a su costado el jamón y el chorizo de pueblo, por eso, porque aunque el jamón y el chorizo dejen al vino con el culo al aire, el vino es tan excesivo que, corito y todo, queda mejor que el acompañamiento. No sé si me he explicado...

—Puede que tenga usted razón. Lo que pasa es que, como yo no he salido de estos rodales, no puedo llevarle la contraria.

—Pues no me la lleve y ponga otro torrezno.

El andorrero, para celebrar su victoria dialéctica, se aplica al vaso y, cuando las tripas acallan su salmodia, sale a la plaza para ver lo que en Hornos pueda verse.

—Vaya usted a la Gloria.

—No, hombre; todavía no. Vamos a dejar que pasen unos cuantos años.

—No lo tome por ahí, que yo no quiero mandarle al otro mundo, que en éste se está muy bien. Lo de la Gloria de Hornos es otra cosa. La Gloria de Hornos es un mirador que se vuelca sobre el Guadalquivir y desde donde se ve un paisaje que es capricho; vamos, mismítica gloria de los cielos. Por eso le llamamos la Gloria, aunque hay quien dice que el nombre le viene de que si te desfarras por allí, te vas a la gloria de cabeza.

El viajero se acerca a donde le dicen y ve que no le exageraron ni un punto los que se hicieron lenguas de ello. Al poniente del poblado está el balcón, al filo de un precipicio cortado a pico y con más de doscientos metros de caída. El mirador puede echarse a pelear con los muchos que el caminante ha visto en sus andanzas sobre la piel de España; miradores que ahora no va a ponerse a contar por no hacerse el pesado. El río de Hornos abrió este desfiladero hasta el que suben las aguas del pantano del Tranco. Los cerros de Guadabraz, la Pesquera, el Entredicho, Montillana y cientos y cientos más, sin nombre que se sepa, ponen el territorio alborotado como un mar arisco; menos mal que la paciencia del olivo dulcifica un poco aquellas tierras, lomas, quebradas y descolgaderos que por levante y poniente bajan a ese ensanchillo que abrió el río Guadalquivir.

El andorrero pensó, hace ya una pila de años y así lo explicó a cuantos tuvieron la paciencia de escucharle, que el río Guadalquivir, dejando a un lado músicas y versos, es un río con vocación jaenera, y eso es cosa que sabe no sólo el que siguió su curso a lo largo de la provincia, sino hasta el más negado, con sólo mirar un mapa.

Nace el río en donde nazca, pues en esto no se ponen de acuerdo los geógrafos, ya que unos dicen que si en el Corral de las Yeguas y otros juran que en el manantial de las Aguas Frías, entre las sierras de Cazorla y Pozo Alcón, pero en cuanto nace y rompe a andar, lo hace tirando hacia levante, buscando las playas del Mediterráneo, hasta que al llegar a lo bajo de Hornos se da cuenta de que de seguir con ese rumbo abandonaría su provincia natal, en un escape, y así, de golpe, quiebra su curso y, abriéndose de aguas, gira en cayado y busca el camino del sol que le permitirá demorarse en sus tierras de Jaén. Y por ellas sigue, cantador en la almazara, lentísimo en los meandros que se duermen y sueñan a la sombra de las derribadas murallas de la hermosa Baeza, apaciguado en los embalses de doña Aldonza, Pedro Marín y Menjíbar, mozo de rumbo en el Puente del Obispo. Pero hay más, y cuando en los linderos de Córdoba el río ve que va a salirse de su terruño aceitunero, se detiene en el pantano de Marmolejo y se vuelve en la loma de la Marquesa y se abre de brazos para agarrarse al solar de donde nació. Pero al andariego se le ocurre pensar algo más, porque sabe que, cuando el Guadalquivir llega a su fin, en las arenas gaditanas, se sublima, sube al cielo y rehace su camino y sube valle arriba, en forma de niebla o nubes, para volver a caer a la manera de lluvia y hacerse agua de manantío en la tierra que le trajo al mundo.

—Eso no se lo contará usted a los sevillanos.

—Pues si hay que contarlo, se cuenta. Y que sea lo que Dios quiera...

El andariego, mientras que anda por estas geografías sentimentales, de las que todavía tendría mucho que explicar, se embelesa con la contemplación del paisaje. El mirar es una gloria, un dulce oficio, que ya dijera don Luis de Góngora. Cerros y pinos, cumbres y olivares, caminos blancos y monte bajo, cortijillos perdidos, ramalazos de sol, prados de maravilla, mil venas de agua y el centelleo de la luz sobre la piel del pantano. Los valles y vallejos se aprovechan para las huertas mínimas, para el cañamar donde el

trigo cabecea y el alto panizo roselo, todavía sin madurar, cimbreas sus mazorcas bigotudas que ahora están en el punto sabroso para que, asadas en el rescoldo de la lumbre, dejen en los paladares el verde sabor que quien lo probó no olvida.

—¿Se refiere usted a las palomitas?

—Bueno, si usted las llama así, yo no me voy a meter a redentor, que ya hay quien las llama cotufas y eso sí que es una tontería de a palmo. Nosotros, a las palomitas, las llamamos rosas; rosas de sal o rosas de azúcar. Las de sal se comen de una en una; las de azúcar, a pelotones, para mayor pringue y golosina. Pero yo no me refería a eso; yo me refería a la mazorca temprana, tierna y asada en las ascuas. ¿Que usted no las ha catado? Pues no sabe usted lo que se ha perdido, casi me dan ganas de llorar..

Al caminante, que cuando no tiene mucho que hacer le da por pensar mil cosas, se le ocurre ahora que el maíz o el panizo, como por aquí se le nombra más a lo corriente, es un elemento importante dentro de la paganía rural, y si no gusta eso de la paganía, podría decirse festividad, alegría y hasta puro cachondeo, si nos ponemos en lo justo. El andariego piensa que existe una cultura del maíz, como la hay del vino y, sobre todo, del aceite, aunque su área de expansión sea menor y más diseminada que la de los caldos nombrados. La cultura del panizo es una cultura festera y ríjosa, alegre y venérea, aunque uno se olvide de los signos fálicos de sus cañas y sus espigas. Con los estambres de la flor, esos hiliellos que empenachan la mazorca, se inventan barbas y bigotes para el disfraz y la broma del antruejo; la merendeta con rosas de sartén comporta el guirigay de una juerga improvisada que se adorna y ameniza con los estampidos, casi de castillo de pólvora, de los rojos granos que saltaron de la sartén al fuego; las migas de harina de maíz y el pan de panizo son acuciadores del vino que las ayuda a traspasar los gatzates y luego alumbra la sesera; la labor del desfarfollado, que es el limpiar de vainas secas las mazorcas que maduraron en el desván, junta a mozos y mozas que, en la noche, se encuentran en el altillo y acompañan el quehacer con risas de

tronada, conversaciones insinuantes, contactos furtivos, intimidades deliciosas. Si un mozo encuentra una mazorca negra puede besar a la moza que desee; si la encuentra la moza, besa a quien le dé la gana; son las reglas del juego. Con las hojas del maíz, con las farfollas, se rellenan colchones crujientes, blandos y sonoros, cuya canción acompaña al insomnio o a las más dulces contiendas, dejando chicos a los campos de pluma que don Luis de Góngora prefería para las batallas de amor.

—Pero eso que usted dice ya se ha perdido; nadie lo hace; esas costumbres las sabe usted porque es muy antiguo.

—Bueno, no tan antiguo, no se vaya usted a creer. Y, además, más antiguo es el mundo y todavía sigue dando vueltas.

Cuando el viajero se empapó, bien empapado, de todo lo que se ve desde la Gloria de Hornos, miró el reloj y vio que era cosa de irse a hacer por la vida. Volvió a la plaza, se pasó por el bar para hacer boca con otro blanco, miró a la chavala que cosía, sentadita entre las macetas de su balcón, y tiró para la posada. Llevaba el andariego el pálpito de que iba a comer bien y un arcángel, prometedor de hartazgos, cruzó sobre las domésticas chimeneas de Hornos.

Cuatro o seis personas comen repartidas por las pocas mesas que los posaderos montaron en el comedor de su casa. Serán los cortijeros que se acercaron al pueblo para aviarse de lo que necesitaran, el recovero que se azacanea de cortijo en cortijillo sacando a flote su precario negocio, el oficial del Ayuntamiento y el maestro de escuela que, como forasteros y sin familia, estarán de pupilos en el parador. El caminante mira al personal sin fijarse mucho en él, pues, nada más sentarse y antes de que pueda pedir cualquier otra cosa, el posadero le presenta sobre el mantel un plato soperero, lleno hasta los bordes, de ajo del marqués.

—¿Toma vino?

—¡Qué pregunta!

Para decirlo sin demasiadas retóricas, el ajo del marqués, que en otros lugares llaman ajo de matanza, es algo así como el morteruelo de Cuenca, sólo que a lo bruto. El ajo del marqués, si se le hi-

ciera la propaganda que se les hace a otras cosas que menos lo merecen, como todas esas leches de las hamburguesas o de las salchichas de Francfort, ya habría merecido seis o siete estrellas en la «Guía Michelin».

Los componentes del susodicho condumio son el pan de miga bien ñeñida y desmenuzadito a golpes de pulgar, el ajo y el aceite que nunca faltan, el hígado de cerdo frito y bien majado en el mortero y una chispilla de pimentón por el aquel del buen color. Puesto todo en la sartén, se sofríe, añadiéndole el agua hasta que la mezcla se cuaja en una pasta espesa, concentrada y sabrosa en la que se clava la cuchara y se mojan sopones de corteza de pan. El ajo del marqués es comida serrana, comida de día de santo y baja temperatura, abundante en proteínas, y, para acabar con ella, hay que tener más corazón que un abencerraje y un estómago más duro que un risco. Si alguien, aunque no es fácil, se quedara con hambre después de semejante comida, pues ya se sabe que hay dientes que pueden con todo, se puede servir un principio formado con las asaduritas, riñones y papada de cerdo, todo bien frito, con su ajo, peregil y chorreoncete de vino blanco.

La gente come en silencio, pues el ajo de matanza requiere dedicación exclusiva. Trajina la posadera en sus dominios y el posadero, por aquello de dar de comer al hambriento, sonríe como un bienaventurado al ver el gozo de los comensales.

El andariego también come, calla y pinta en su rostro el regocijo de la satisfacción. El plato del marqués, vieja fijación infantil del andorrero, le gusta más que las películas del oeste; de buena gana abrazaría a la posadera y gritaría de contento, pero disimula su complacencia y saboreo para que, a la hora de pagar, no se le suban a la parra.

Pero la vocación puede más, y olvidando preocupaciones y sutilezas, se mete plato y medio entre pecho y espalda, con su correspondiente pan y los totales de la frasca de vino que le arrimaron. Cuando acaba, está que no ve; los ojos le hacen chiribitas, la pelleja del vientre está que no da más de sí; el regüeldo que se le escapa

retumba en el comedor. Cuando mira para ver si los comensales se alarmaron con semejante estampido, advierte, en el rincón del fondo, a un tipo de no mal diente que se emplea en su plato de ajo matancero. El caminante piensa que, de tanto tragar, se le están produciendo alucinaciones y espantajos; se frota los ojirris, chupa el cigarro, vuelve a mirar con más atención y suelta el grito:

—¡Don Martín!

El así llamado está tan embebido en su segundo o tercer plato de ajo del marqués que no escucha el griterío que el andorrero soltó.

—¡Don Martín!

El otro sigue traspuesto, empecinado como un guerrillero, dando fin a lo que se trae entre dientes.

—¡Don Martín!

Don Martín es un viejo amigo del andariego y con el que se ha encontrado más de tres y más de cuatro veces a lo largo de sus andanzas y peregrinaciones. Los Cerros de Úbeda, la Tierra de Campos, La Rioja alavesa, el Aljarve y el Pirineo oscense saben de estos encuentros y de la espigada figura del compañero. Don Martín es una persona amable, llevadera, alegre y desvergonzada; aprendiz de cien oficios y maestro de muchos más; gustador de paisajes, vinos, canciones y muchachas, cuando hay suerte. Estudiantón de briba y tuna, ayudante de camionero, poeta si le entra en gana, confesor de infantas zangolotinas, hortelano de bucólicas, horacianas maneras, pasante de filosofía comparada, paseante en corte, librero de lance, cómico de la legua, andariego incorregible y siempre a vueltas con sus excesivos amores.

—¡Don Martín!

Don Martín, que con rigor, eficiencia e higiene acabó de arrebañar su plato, alza la cresta.

—¿Qué diablos haces por estas serranías, caro y dilecto amigo del asfalto?

—Lo de siempre, don Martín...

El caminante se levanta y cambia de mesa para no tener que andar a los gritos con su amigo y, de paso, ayudarle a rematar la chispa de vino que le queda en la frasca.

—Me parece que yo no tomo postre.

—Ni yo, don Martín. Mejor nos tomamos una copita de aguardiente a ver si nos cuece la comida.

—Tienes razón. ¿Desde cuándo no nos vemos?

—Va para seis o siete años, cuando nos dimos en la carretera de Bernedo. ¿Os acordáis?

Don Martín se acuerda. Claro que se acuerda. Cómo no se va a acordar don Martín, que, ahora, aflojándose el cincho y catando la copa que le sirvieron, cuenta de qué forma continuaron y de qué manera tuvieron fin sus andanzas por las tierras alavesas, cuando sus pecados le llevaron, según dice, de inspector de estudios en un colegio de curas en Santa Cruz de Campezo.

—Que tú ya sabes, hijo mío, pues alguna experiencia habrás sacado de tus caminos y tus días, cómo se presentan las cosas de aqueste bajo mundo, que cuando piensas que todo te va mal, llegan y se te ponen a peor. Y así, no tenía yo bastante con aquella manada de ninfómanas a las que, inútilmente, trataba de meter en la mollera toda la sabia doctrina que el bendito San Agustín esgrimiera contra los donatistas y los pelagianos cuando, como penitencia de mis muchos pecados —que yo me digo que no serán tantos—, asomé por el colegio, con un contrato por cinco años, una licenciada de esas ciencias a las que llaman exactas, la cual licenciada estaba más salida que una gata en el mes de enero y que, nada más echarme sus ojos acaramelados encima, se quedó conmigo, ya sabes lo que te quiero decir, vamos, que le hice tilín y se encalabrínó con mi palmito, al que, como ves, los años no desmejoran. ¡Virgen santa del Coscorrillo! Ni a los soles ni a las sombras me dejaba parar, y cómo estaba la moza... No; no temas, que no te la voy a describir, pues no hay pinceles ni palabras ni portada de «Play Boy» que pudieran medianamente hacerlo, fuera parte por parte o toda por su conjunto. Baste decir que, cuando parpadeaba,

se constipaba el padre prior. Y, claro, como la chavala estaba más buena que el pan bendito, yo, a los principios, me dejé querer, pues no era cosa de desperdiciar lo que a las garras me venía. ¡Cómo estaba la mozuela! Como un tren, con más curvas que la carretera del Tranco —que ayer tarde pasé por ella— y unos ojos más negros y más rasgados que los calzoncillos de un anacoreta. ¿Tú te acuerdas de la pobre Marilyn, que en paz descanse? Bueno, pues una cosa así, sólo que a mayores. Tú ya sabes, porque así te lo conté, que yo, por aquellos días, con los julepes que me daban mis alumnas, estaba para pocos trotes y cabalgadas, pero como en la variación está el gusto y la Merceditas, que así se llamaba aquella locuela, estaba de toma pan y moja, me fui liando y liando, como una madeja de lana virgen, aunque el adjetivo sea lo de menos, hasta quedar más envuelto que un gusano de seda. Aquello, hijo mío, fue algo que nunca debí hacer, pues como dicen los curas, y ellos sabrán por qué, si los besos y los que son más que besos se enredan como las cerezas, nuestros encuentros y encontronazos se enredaron como calabacines de cuelga y, al mes y medio de aquella frecuentación, tenía yo las medulas más flojuchas que una infusión de manzanilla amarga.

Suspira don Martín y, tras apurar la segunda copa, pone los ojos en blanco para seguir su historia:

—¡Qué noches, hijo, qué noches! De claro en claro nos las pasábamos y de oscuro en oscuro me veía. La chavala era insaciable y, entre saltar ventanas, mis trabajos docentes, el no dormir, algún otro apaño que me caía y tres o cuatro cosas más, me fui quedando en las varillas, que parecía la radiografía de un telegrama y todos mis ahorros se me iban en bocadillos de jamón, vitaminas y pastillas de cacodilato, pero por mucho que por mi boca entrara, más me salía por la otra canal. Así estaba y sin saber qué hacer, pues, por un lado, el gusto me atraía y, por el otro, la muerte me brindaba sus fúnebres ramos, como dijo el otro. Sí, hijo, sí; yo, que me pasé la vida envidiando la heroica muerte del príncipe don Juan, cuando me vi en análoga situación, cambié de forma de

pensar, cosa que dicen que es de sabios. Y por si todo esto fuera poco, la muy romántica de la Merceditas se empeñaba en que le escribiera versos de amor como si, además de con ella, pudiera amancebarme con las musas, que, como tú sabes, son nada menos que nueve...

Total, que para no cansarte con el relato de mis cuitas y por no ponerte los dientes largos, que me parece que te los estoy poniendo...

—No lo sabe muy bien, don Martín...

—Te diré que, viéndome más perdido que Carracuca, hice examen de conciencia, conté mis dineros, pedí y cobré una paga de contrato finiquito, me compré, a plazos, una furgoneta de segunda o tercera mano y puse tierra por medio, que más vale vida en paz que muerte deleitosa.

Cae la tercera copa y don Martín, medio cambiando de tercio, remata el decir de sus penúltimas andanzas.

—Más luego me enteré que, a mi partida, la Merceditas, que no se encontraba a gusto sin unos pantalones al lado, se lió con un aizcolari de Amurrio, quien, a los pocos meses del ligue, tuvo que dejar el oficio para acabar sus días de mecanógrafo en el Ministerio de Agricultura. En fin, que aquí me tienes, dando vueltas por estos rodales, lejos de chavalillas calentorras y de profesoras de ciencias del mismo pelo; ganándome la vida con el trapicheo que me traigo por estos pueblines y cortijadas, vendiendo cortes de vestido, piezas de confección y ropas interiores de ambos sexos. Hasta ahora, la cosa no va mal con todo eso de la sociedad de consumo, que, más o menos, hasta aquí llega, y reponiéndome a fuerza de las feroces comidas que por estas andurrias se llevan. Esta mañana llegué a Hornos y esta tarde saldré hacia Pontones y Santiago de la Espada, en donde espero que tampoco me vaya mal. Si te quieres venir, te vienes, me ayudas en el tejemaneje y lo que saquemos nos lo repartimos a medias.

—Muchas gracias, don Martín, pero mi tiempo es poco, mis planes son otros, mi culo no se hizo al asiento y los caminos que

pensáis seguir no son los mejores para hacerlos a lomos de una furgoneta de segunda o tercera mano.

—Mi furgoneta es muy dura...

—Pero Pontones y Santiago de la Espada son pueblos que se quedan aislados del mundo en cuanto que caen cuatro copos de nieve, y con eso ya digo lo bastante.

—En mayo no ha de nevar...

—Por si acaso...

Es cierto lo que dice el andorrero, pues cualquiera recuerda haber visto más de una vez, en los noticiarios del cine, cómo, para el invierno, a los pueblos mentados los tienen que avituallar desde el aire, con helicópteros y otros inventos del mismo porte. También puede recordar la copla que viene a decir:

Pontón de arriba,
Pontón de abajo.
Con el agua que friegan
hacen el ajo.

—Mejor; así tiene más sustancia.

Cuando don Martín y el andariego liquidan su par de copitas de marrasquino salen a la plaza, en donde espera la furgoneta. El cacharrillo es del año de la polca, pero el ingenio y el gusto de don Martín lo han remozado y prestado una alegría muy suya, al pintarrajarla de gayos colorines, un par de banderolas, una cadeneta de papel de seda y titularla, donde mejor y más se ve, «El Alegrón de la Sierra». Don Martín contempla su chisme con la satisfacción que produce en su autor una obra bien hecha.

—¿Qué te parece?

—Más bonita que un San Luis.

El caminante ayuda a su amigo en el liviano trabajillo de montar el tinglado de su comercio ambulante. Poca cosa; plantar dos borriquetas que sostienen un ancho tablero sobre el que se coloca un tendedero con los cordeles que ya están dispuestos y en los que

se cuelgan unas revistas de moda bastante atrasadas. Sobre el tablero extienden una colcha y, encima de ella, ponen los cortes de vestido, los calcetines, las camisetas de felpa y los juegos de cama.

—¿Entonces no te vienes?

—Déjelo, don Martín, y muchas gracias. Ahora me voy a acercar al castillo a ver si con el paseo se me baja el ajo del marqués.

El caminante sale por el portón que utilizó al entrar en Hornos, rumbo al saliente, buscando el cerro sobre el que don Rodrigo Manrique edificara el castillejo santiaguista. Don Martín, en la plaza, se queda pregonando sus mercaderías.

—¡Vengan y vean! ¡Acerquense las damas y los caballeros, las jovencitas de buen ver y los militares sin graduación! ¡Vean y comparen! Palpen, soben, toqueteen, magreen y acaricien la mercancía. Comparen y compren. Percátense de la suavidad, la tersura, la turgencia, la textura, el color, la calidad y los perenguendengues de estas telas y tejidos. Comprueben cómo están acordes y alineadas con las últimas modas de las más luminosas capitales. ¡Hornos de Segura, gracias a un servidor de ustedes, hoy se convierte en capital de la moda en el mundo! ¡Señora, señorita, mozueta, adolescente e infanta mamoncilla, conviértanse ustedes en una colosal belleza capaz de competir con las mujeres más hermosas de toda la galana galaxia! ¡Y sobre todo, a unos precios módicos, ruinosos, de pura risa y hasta de purísimo cachondeo...!

Don Martín tiene buena voz y la plaza es buena caja de resonancia. A los pocos minutos está la gente abocinada sobre el tenderete de don Martín. Las muchachas de Hornos se disputan las chucherías que se les presentan; las amas de casa, más lentas en el mirar y palpar, más despaciosas al echar mano a los cuartos, se deciden por cosas de más sustancia; las viejecillas se fijan en los mantones de flecos, tan buenos para la época de la aceituna. Los gritos de don Martín acompañan, durante un buen rato, el andar del caminante, quien, a las puertas de la bocaplaza, vuelve el mirar, agita la boina en el aire y se despide:

—¡Adiós, don Martín!

Y luego, como siempre le ocurre cuando su amigüete se aparta, la tristeza del desencuentro se le pone de dogal y le pinta suspiroso.

—¡Adiós, don Martín!

En la punta del cerro se ven las ruinas del castillo de don Rodrigo. Con la lengua fuera llega el andorrero a las puertas. Aquello no es más que un montón de ruinas que se pulverizan a cada poco. Tiene el castillo un atisbo de torreón al que sube el caminante jugándose la costalada por aquellos derrumbaderos; asoma la cabeza por una tronera y sigue subiendo. Arriba, y desde los huecos mellados del almenado borroso, mira cómo azulea el Yelmo y negrean los cerros del Calar y Poyo Alto; relucen las aguas de los embalses de Anchuricas y de la Novia, ya en la jurisdicción de Santiago de la Espada. Las carreterillas forestales garra patean el paisaje con los ringorrangos de las historiadas rúbricas de los escribanos de otros siglos. El sol deja su polvo de oro sobre las riscas del Guijarrón y el Aguadero de las Canalejas. El pantano del Tranco deslumbra a la paloma confiada y al gavilán que la acecha.

Ahora que el castillo de la Orden le remueve las memorias, el andariego piensa que oyó contar, aunque puede que sólo lo soñara, que Sancho de Villasirga, mesnadero que fue, en las postrimerías del siglo XIV, de la hueste santiaguista, tuvo un planecillo bastante exagerado con la legítima del molinero de las Guadañas, Juan de Génave, quien, a su vez, pues donde las dan las toman, se entendía con Manolica la Bombarda, barragana, a lo fijo, del susodicho mesnadero. Y dispuso Dios o la organizó el diablo, que nunca para quieto, que un domingo por la tarde, a la caída del sol y en la chopera de la Salina, donde sin ponerse de acuerdo se habían dado cita los cuatro, para hacer a su gusto lo que hubieran menester, se toparon las contrapeadas parejas y en tales guisas y cataduras que no pudieron, aunque lo intentaron, disimular sus sabrosos hechos y amorosas intenciones.

—¡Coño! ¿Y qué pasó?

—Pasar, lo que se dice pasar, no pasó nada. Que al pronto se quedaron así, como un poquillo cortados, pero nada más.. No se vaya usted a creer, pero en aquellos tiempos también había gente de buena conformidad, y así, viendo que la cosa no tenía remedio, cuando acabaron con lo que se traían entre manos o entre piernas, Sancho de Villasirga y el molinero hicieron changa de pareja y aquí paz y después gloria. Por lo que sí hubo una miaja de discusión fue por lo de la cadenilla que el primero tuvo que añadir a su lote, ya que la molinera estaba de mejor pelo que la Manolica la Bombarda.

—Pues ya es raro, porque tanto en aquellos tiempos como en los que ahora corremos, por una cosa así se armaba un tiberio de mucho cuidado.

—Puede. Pero si yo le contara más de cuatro cosas, ya vería cómo esto no tiene nada de extraordinario.

Con las últimas luces, espinas y crepúsculos pisando —ya anda otra vez por aquí el don Luis de Góngora—, el andariego vuelve al poblado. Ya se marchó don Martín dejando viuda a la tarde, y en la plaza sólo quedan dos o tres señores que fuman negro y no abren el pico nada más que para chuparle al cigarro. Chavalas no se ven, que estarán contemplando lo que mercaron en lo de don Martín. Además, que tampoco se lleva, en estos pueblos, que las muchachas salgan de paseo los días de labor. Por aquí es de ley eso de que la mujer que se estime ha de tener la pata quebrada y quedarse en casa. Por aquí somos muy a lo morisco. Qué le vamos a hacer. En el banzo de una puerta cochera, unos chiquillos se sentaron para contarse historias de martinicos y aparecidos.

Es una hora amable; la hora azul de la calma condensada entre las esquinas de este pueblo lento, donde el andorrero, que ya se deshizo de las apreturas que le pusiera el ajo del marqués, se encuentra tan a gusto que, si pudiera, se pasaría una buena temporada.

Un paisano, sentado junto a sus soledades, en la sillica que sacó a la puerta del bar, se canta por lo bajo una pueblera, que es cante entre andaluz y manchego, del que el andorrero no sabe gran cosa. El fulano está tan a lo suyo que ni siquiera da las buenas tardes al

andariego que cortésmente le saludó. Dentro del bar, tres clientes y el amo se dan al naipe, a ese juego de cartas que por aquí llaman el truque, barajeo entre el julepe y el golfo, que sólo se juega en la sierra y del que el andorrero tampoco sabe nada. La señorita de la estampa del almanaque enseña un buen cacho de pierna tratando de animar el cotarro.

Un vasito, con las aceitunillas de verdeo, pasa bien. Las aceitunas de verdeo son el aperitivo exacto, bien medido, agrillo y suficiente para un par de blancos. La aceituna basta para entretener y no empanzar, para divertir con el roe roe de su huesecillo. La aceituna del aperitivo, piensa el andariego, es como un lechoncillo en miniatura.

El andorrero se llega a la posada. Hay menos bulla en el comedor que este mediodía. Don Martín se fue, se fueron los cortijeros que acabaron con lo de sus avíos. Se cena en silencio y más flojo de lo que se comió. Una pipirrana de pimientos colorados y escaso huevo duro, a la que las virginidades del aceite ponen exquisita; las asadurillas fritas que esta mañana se quedaron en la alacena. Cena ligera y digestiva que no pondrá pesadillas en el sueño de los comensales.

—¿Y ahora qué hace la gente?

—Lo normal. Acostarse. Ya sabe usted que, a las diez, en la cama estás, si puedes antes, mejor que después.

El andorrero dice que no, que frente a ese decir está aquel otro en donde se opina que las comidas han de ser reposadas y las cenas mareadas, y que él se va a llegar a la Gloria para ver el paisaje a la luz de la Luna. El oficial del Ayuntamiento, en su mesa, está liado con el crucigrama del periódico provincial. El maestro, en su sitio, repasa un libro cuyo título no se puede saber, pues el maestro, que es muy apañadillo y cuidadoso, lo tiene forrado con papel de embalar.

El viajero da las buenas noches, dice que aproveche, pregunta al amo si la puerta de la posada se queda abierta hasta más tarde, pues quiere darse una vueltecilla por el pueblo dormido, desierto, y es

una delicia pasear por sus calles espantando gatos y soliviantando a las tres o cuatro parejas de novios formales que pelan la pava a brazo partido en la reja de la sala baja o en el quicio de la puerta de la calle, y, como es natural, pintan su miaja de envidia en los ojos del andorrero, que, en su abandono, recuerda tiempos mejores.

La Gloria de Hornos se luce bajo la Luna y el paseante se apoya en el pretil, donde se queda un buen rato mirando aquellos cerros que se desdibujan en la oscuridad, el brillo de papel de estaño que al pantano del Tranco se le pone, atracándose del buen olor que derrochan la pinada y el monte, sintiéndose con el corazón esponjado, cuyos latidos casi se oyen en el silencio universal, pensando en la lenta vida de estos pueblos sin sobresaltos, donde la rutina es un suave paño que abriga las ilusiones que no se tuvieron jamás. Allá, por la carretera que sube a Segura, los faros de un coche hacen bailotear las sombras de los olivos, agrandándolas, convirtiéndolas en quimeras y embelecocos que pueden ser cualquier cosa que uno se imagine.

—¡Qué buen poema podría escribir, si Dios me llamara por ese camino!

—¿Qué camino?

—¡Coño, ése; que pareces tonto!

El andariego no sabe cuánto tiempo se quedó en la Gloria de Hornos; hasta que le entraron ganas de mear y lo hizo, a lo grande, en el primer rincón que encontró.

Descargado de aguas y de preocupaciones, el viajero desanduvo lo andado; los gatos y las parejas seguían con lo que estaban, pues hay cosas de las que uno no se harta nunca.

—¡Si lo sabré yo!

Cuando el hombre vuelve a su alojamiento, fuma un cigarro de la petaca del posadero, que todavía anda trasteando en sus cosas. Después, le dice que le despierte temprano; luego se va a su cuarto, entreabre la ventana, fuma otro cigarrillo y se tumba panza arriba en la cama de dos colchones que le ha caído en suerte; apaga la luz y se queda frito en un santiamén.

A CAMPO TRAVÉS

La del alba sería —perdón, don Miguel— cuando el andariego abrió los ojos encandilado por el reflejo que el sol le mandaba desde el cristal de la ventana entreabierta y por el remusguillo que el relente le ponía sobre las carnes.

El viajero cambia de postura. Ahora, gruñe un poco y mete la cabeza bajo la almohada, pero ya no se puede dormir. Despegando un párpado, mira el reloj y, como todavía falta bastante para que den las ocho, se da media vuelta, tapa la cocorota con la cobija y da dos volanetas más. Ni por éstas recupera el ronquido, que, cuando el sueño se espanta, no hay quien lo agarre por la cola.

También se le despierta el apetito y le entran ganas de mear. Cuando todo esto se junta, es tonto el insistir en la soñarrita; por si fuera poco, el hojalatero de la esquina, que se sintió madrugador, empieza con su chinchín que no deja parar a nadie. En los bajos se siente el contender de la mañana, el golpeteo de las ollas, la conversación de los amos, el trueno del motocarro de Pedrito Vinagre y la berraquera de un niño chico a quien la madre no acierta a callar.

Tras pensárselo un rato, el andariego se levanta. La vejiga le va a reventar y, como en el cuarto no hay bacinilla, a medio vestir baja al corral. Desembarazado de humores e interioridades vuelve a su cuarto, se viste y se atusa sin ganas de meterse en afeitados y otros embellecimientos, para bajar de nuevo a la cocina.

—Mucho has madrugado.

—Lo normal.

—Tienes razón. En este tiempo, es tonto el perderse las mañanas, con lo bonicas que son.

Huele bien el café que se prepara en el pucherete de barro aculotado y ennegrecido por sus muchos años de servicio. Al primer hervor se le sirven al caminante, que se toma dos tazones migados de pan y con la guarnición de media docena de buñuelos que le ponen el cuerpo en forma.

—Así es como gusta.

—Si, señor. A mi también me atrae lo del migado y los buñuelos, y si hubiera un poquillo de pan de aceite, mejor que mejor.

El viajero, que no tiene mayores ganas de volver a pasar por los Cortijos Nuevos, que pocos alicientes tienen para el arregosto, pero que no conoce otro camino que le lleve a Beas, pregunta al posadero qué otro rumbo podría tomar y el posadero le dice que para encontrar un regular camino tiene que rodear el pantano y salir a la carretera general allá, por la venta de Carlicos, cerca de Villanueva del Arzobispo, pero que eso es muy largo.

—También puedes cortar por el camino del Puerto, por las cumbres de Beas. El camino es más malo que la carne de pescuezo, pero sólo son cinco leguas más bien cortas.

—¿No habrá alguna combinación?

—No es fácil...

El andariego se lo vuelve a pensar. Sólo de pensarlo, el cansancio le llega a la barbilla. Toma otro café, éste a palo seco, y cuando pagó lo que le pidieron, que fue tan poco que hasta dejó propina, se acerca a la tiendecilla de al lado para comprarse algo por si, en su caminata, no encuentra donde le den de comer. Da el último vistazo al pueblo, que ya se azacanea con sus diarias labores, y, por un caminejo de cabras locas que baja hasta la cola del pantano, se deja caer, entre olivares y labrantíos, por un terreno abancalado de lo más propio para romperse el alma. Embalado como va, por aquellas cuestas abajo, no se para ni a encender un cigarro, sino

que, remontando la corriente del Río de Hornos, llega hasta la trocha del Puerto de Cecilia.

Amedrentadillo por el cuestarrón que se les prepara a los talones, el andariego suspira y se encomienda a San Rafael, patrón de los caminantes, para que le dé un buen pisar. A poco de iniciar la subida le alcanza un labriego que lleva su mismo camino y que arrea a una borriquilla que va de vacío.

—¿Dónde se va?

—Al Horcajo.

—Mal camino llevas. Anda, pon el petate en la burra y andarás mejor.

El caminante agradece la buena voluntad, y el otro, que lleva ganas de charloteo, explica que él se quedará antes y que el camino que llevan es para agarrarlo despacio.

—Súbelo como viejo y llegarás como nuevo.

También se habla del tiempo, de lo buena que está la mañana, pero que a la tarde refrescará. Conversación de camino que, muy pronto, tira por otros vericuetos.

—Pues ya es raro eso que me dices, porque las mozas de la Sierra son muchas y muy bonicas.

—Pocas he visto.

—Eso es lo raro. Además, las mozuelas serranas están un rato bien. Y si no, fíjate tú que, en todo el mundo, cuando se quiere alabar un buen talle, se dice cuerpo serrano. Y uno de los piropos que más se llevan es llamar serrana a una muchacha que esté bien.

—Tiene usted razón, y, a lo mejor, esto mío de no ver muchas chavalas potables habrá sido cuestión de suerte, porque mirar, vaya que si he mirado, que en ellas me dejé las pestañas y a un servidor le pasa lo que a Fajardo, que no encontraba mujer fea ni vino agrio.

—También será cuestión de saber; que el que no sabe es como el que no ve.

Andándola despacio y en compañía confortable, la cuesta no se da mal. Cantan los pájaros multiplicados en las ramas de las olivas

que ya ralean y ceden el paso al monte y al chaparro; canta el arroyo su copla eternamente ensayada y en las aulagas y el romero se abre tienda de perfumería. Por no ser menos que nadie, la brisilla, que ya está perdiendo fuerzas, canta en los altos ramos y el polvo del camino se hace de purpurina tierna, como de santo retablero.

—Pues sí —dice el labrador—, en estos cortijos, la vida es según se tome, según la conformidad que cada cual tenga. Bien es verdad que aquí no tenemos las cosas que hay en los pueblos y en las capitales, pero como no estamos hechos a ellas, no las echamos de menos. Aquí tenemos tranquilidad, aire puro, aguas frescas, comidas naturales y no ese regomello que se le pone a uno cuando bajo al pueblo, en donde todo se vuelven prisas y mareos, que hay que ver cómo te marean en los pueblos, que allí no hay quien pare. Y en cuanto al aquel de las entretentas, más me gusta mirar a los sapillos de luz, cuando por las noches de verano se mueven entre los mastranzos, o el quedarme mira que te mira a las estrellas que, para los madrugones del invierno, parece que están rozando las copas de las olivas o dormir en la era, cuando está fresca la parva, que eso de ir al cine, que una vez que fui, salí de él con la cabeza como un molino. Pues anda que la vez que me llevaron a eso que llaman el «júrgol», que es una chuminá como una casa: un puñado de tíos corriendo detrás de una pelota, todos en pantaloncillos cortos y venga a dar patadas a troche y moche y al final, a un pobre desgraciado que iba de luto y que en toda la tarde no le dio ni una patada al balón, que lo único que le dejaron fue tocar un pito, al final, como te venía diciendo, se liaron a palos con él y de poco lo matan. Claro que lo peor de por aquí son los inviernos, cuando se te meten en aguas y hielos y no te puedes ni asomar a la era; pero entonces llega lo del desfarfollado, o te pones a arreglar cualquier apechusque del campo o de la casa, o, si no, te quedas mirando el brilla brilla de las ascuas hasta que te entra el sueño...

Ramonea la borrica, que, distraído el amo, marcha a su andar, mordisquea la hierbecilla fresca, se restriega contra el tronco del olivo y hasta puede que se extrañe de que nadie le meta prisas. El

labrantín parece hombre de los de tiempo hay y va haciendo paradillas en la conversación y el camino, arranca una mata de correhuela, un puñado de verdolagas o un brazadillo de borrajas y dice:

—Es para los conejos. Las borrajas crían mucha sangre...

Los pagos del Pinar, el Curato y las Cumbres son pura serranía, escasean los cortijos y abundan los manantiales —el del Mojal, la Parrilla, el Prado Gallego—. Agua se encuentra a cada paso, fría como un sorbete y limpia como una bandeja de plata. Hay un olor a monte, tan espeso, que parece que alimenta.

—Dice usted —continúa el cortijero—, pues claro que hubo bandidos por estas sierras. Ya lo creo, a mi abuelo, que en gloria esté, se lo tengo oído contar. Ya lo creo que hubo bandidos, aunque no fueran como aquellos tan famosos que están en los libros y en las coplas, como José María el Tempranillo, los Siete Niños de Écija y Diego Corrientes, si hablamos de los más antiguos. De los más nuevos, como el Vivillo, el Pernaes o Pasos Largos, pues tampoco. Pero no se vaya usted a creer, que, famosos o no, también hicieron sus fechorías. Yo me pienso, porque así lo decía mi abuelo, a quien Dios haya perdonado, que los bandidos que andaban por aquí eran gentes de estas mismas tierras, gentes sin conciencia ni miramiento a las que acabó echándoles mano la guardia civil, a mí me parece que eran así como aficionados, como aquellos del cortijo que dicen del Robado, al que asaltaron una noche y, según se dijo, se llevaron un montón de onzas de oro y todo lo bueno que pillaron. ¡Hay que ver qué cosas! Lo mismo que aquella vez que entraron en un cortijo, cerca de El Puente, que estaba el amo solo, y como el hombre no quiso decir dónde escondía el gato, le quemaron la planta de los pies, con la lumbre de los cigarros, y después lo cosieron a puñaladas. Veinticinco le dieron y todas mortales de necesidad. ¿Y sabe usted quién había sido? No se lo va a figurar. Pues la criada que tenía de toda la vida, compinchada con su querido. ¡Qué gente! Pero a esos les echaron el guante en un dos por tres, se conoce que, como no estaban muy puestos en el oficio,

no se sabían la copla y fueron dejando rastros por todas partes. ¡Pues anda que aquél, de La Carolina, uno que mató a un inglés para robarle una mina de plata! De aquél se decían y decían muchas cosas, pero nunca se lo pudieron comprobar y se le echó tierra al asunto, porque en lo malo, como en lo bueno, hay gente muy despabilada. Y anda que aquel otro de Quesada... Bueno, más vale que dejemos esta conversación, porque si yo me enredo contándole todo lo que a mí me contaron, estábamos dando a la lengua hasta pasado mañana por la tarde...

—¿Y ahora?

—No. Ahora no hay nada de eso. Cuando acabó la guerra hubo dos o tres que se echaron al monte, pero más para esconderse que para otra cosa, y, además, enseguida se entregaron. Ahora somos todos muy pacíficos, se ve que con los tiros de la guerra ya tuvimos de sobra.

Ya asoma, en la falda de una barranca, la cortijada de Puerto Cecilia, cuatro cortijillos de poca monta que echan al cielo el humo de sus chimeneas y el ladrido de los perros que barruntan a los que se acercan por el camino. La burra, a la olisca de la querencia, aviva el trotecillo, lo mismo que lo hace el labrantín.

—¿Y qué piensa usted de la atómica?

—Eso es mejor no pensarlo...

El cortijero se despide de su compañero, se ofrece para lo que sea menester y toma la veredilla para su casa. El andariego, que va casi de refresco, vuelve a echarse el morral a las espaldas y la emprende con la trocha, que se empina un tanto más y se llena de hoyos y pedruscos que dificultan el paso.

—Como por aquí no viene nadie...

Ya es monte bajo todo lo que se ve, no muy crespo, adornado de flores azules que le regala el romero y de flores amarillas que le proporcionan las jaras. Unos centenares de metros más arriba pasa la cuerda del ganado que se encima sobre las Cumbres de Beas.

Es media legua de mal andar que el caminante se toma con toda su calma, pues aunque se la tomara con prisas le iba a dar

igual y hasta puede que fuera peor. La vereda, que va por lo hondo de la barranquilla del arroyo del Puerto, se cuece al sol y se aliña de aromas, no se mueve ni pelo de aire que alivie la solanera. El caminante suda, zumban los abejorros y las primeras chicharras templan sus descascarrados violines, el lagarto se asa sobre las lanchas de piedra y la mariquita, que con paciencia benedictina se encaramó en la flor de la jara, se extasía con tantísima hermosura.

Desde la hondonada no se ve más allá de las narices, sólo queda el andar y más andar hasta que duelen las mollas de las pantorrillas y se clava en el costillar el macuto que parece cargado de plomo. Con tantas matas de olor, el aire parece que emborracha.

Al filo del mediodía, el caminante corona la cuesta. Allí, en lo alto, sopla un vientecillo revoltoso que orea el cansancio y el andariego busca un sombrero, se afloja los cordones de los botos y fuma un pito esperando a que lleguen las ganas de comer.

—Eso llega pronto.

—Y usted que lo diga.

El andorrero se dispone a darse el festín con el suministro que esta mañana compró en Hornos, una morcillita blanca, un buen trozo de queso y más de medio pan. Despacio parte el condumio con la navajilla y saborea bocado a bocado, pasito, quedito, sin prisa pero sin pausa, que es como dicen que hay que hacer las buenas obras.

La morcillita blanca, con su magro, sus piñones y su huevo picado, entra como la seda, lo mismo que después entra el queso, manchego y aceitado, por más señas, y, sin más postres, la pera de agua, que endulza la lengua y aplaca la sed.

Con el macuto por cabezal y la boina por los ojos, el andorrero, tras comer, se duerme como un arzobispo.

Verde se ha puesto el mundo, lleno de estrellones de agua, y la sierra es un jardín, un huerto ameno por el que pasean tres señoritas tocadas de pamelas. Una viste de color rosa, otra de azul y la más chica de amarillo calabaza. Las tres llevan sombrillas a juego y grandes manojos de flores blancas que arrojan al pasar. Nadie

sabría con cual de las tres quedarse, si con la morena, la rubia o la entreverada. El andorrero tampoco lo sabe y, para decidirse, cuenta con los dedos y canturrea lo de «pinto, pinto, gorgorito» y lo de «recotín, recotán, los macitos del batán», pero cuando quiere acabar con el canturreo, las tres señoritas desaparecen entre los árboles. El andorrero, viéndolas ir, se queda más triste que un ciprés, más añorante que un pañuelo en el adiós y no se consuela ni con el revolico de los pardales que hacen títeres en la punta de un peral. Luego aparece otra señorita en porreta. El peso que se siente en la vejiga hace despertar al caminante, en el punto preciso para no hacérselo en el pantalón.

Cuando el andariego está acabando de abrocharse, siente un ruido entre las jaras que regó, mira y ve asomar entre ellas el hocico de un raposo que se le antoja descomunal y, del susto, pega un brinco que le encarama en la copa de una carrasca. El zorrillo no se aventura a asomar del todo y el andariego no se apea de la rama, donde se queda como cosa de un siglo, sin perderle la cara al animalico. Allí se están, cada uno con su preocupación, hasta que el zorro, más prudente, vuelve el hopo y se marcha por donde vino. Un ratillo después, toma tierra el caminante y pone toda la que puede por medio, a toda pastilla y todavía con el resuello metido en el cuerpo.

—¡Vaya ejemplar...!

El andorrero, que nunca presumió de valentón ni tiene por qué hacerlo, pues ni está haciendo la guerra ni malditas las ganas que de hacerla tiene, lleva el aliento entrecortado, la boca abierta y seca y pólvora en los pies. Si el andorrero no gastara tanto miedo como va gastando y anduviera un poco más despacio vería todo lo que el pánico le impide ver; las mariposuelas que trenzan su danza al sol, la comadreja precavida que se le escurre por la izquierda, el manantial chiquitillo que borbotlea bajo las jaras, la insistente cigarrera, el alocado saltamontes, la ardilla asustadiza, el camaleón que saca la lengua a los mosquitos. El andorrero sólo lleva ojos para mirar hacia atrás, con el temor de que el zorro le persiga.

—¡Parecía un tren...!

—Más grande que cerro Peguera.

Aunque el andorrero considera que el zorro es animal temerón que nunca da la cara, piensa que también es bicho dado a tretas, traiciones y cortes de vuelta para salirse con la suya. Tiene el zorro tan buenos pies que tan pronto te lo encuentras de frente como, alevoso, te muerde los talones.

Suda el andariego sus últimas cuestras antes de descolgarse por la vaguada del Prior. Suda boina, camisa y calcetín, más que por los calores, que ya aprietan, por las ansias que el susto le pusiera.

—¡Y que talmente parecía un toro!

—Vale. Pero déjalo ya...

La verdad es que el tan repetido animal, para un observador sin prejuicios, no era tan grande, todo lo más sería terciadillo. Lo que ocurre es que el raposo es animal de mucho hopo y, entre eso y el miedo, aumenta de tamaño. El lobo, bicho más vareado, impone menos, aunque tenga peores intenciones.

—No te creas, que el zorro come de todo...

—¡Jo, qué bicho!

Es buena hora y el camino cuesta abajo. El susto que dio el raposo aviva el andar por el senderillo que baja desde la cuerda hasta la carreterucha que lleva desde Fuente Pinilla al Horcajo. Fuente Pinilla es una de las mejores cortijadas que se reparten por la Sierra; asentada junto al arroyo de su mismo nombre y rodeada de pinos negrales de lo mejorcito que en España se dan, Fuente Pinilla blanquea lejos y al sol. El Horcajo, hacia el norte, es también cortijada apañadilla, que cuenta con su arroyejo y su buen olivar.

—¡Jo con el zorro; menudo ejemplar!

El andorrero baja la cuesta frenando con las suelas de los botos y la contera de la garrota; milagro es que no la baje a rastraculo. Doscientos metros más abajo, se abre la cañadilla del río Buena-mar, el que hace que la huerta se pinte entre los olivares de la izquierda y los pinares de la derecha. El manantial del Maguillo

queda allí mismo y el andariego se empanza de una agua tan fría que cala los dientes.

—¡Jo con el zorro! ¡Cada vez que me acuerdo...!

Pasado el barranquete del Gamonal y los cortijos abandonados que hay un poco más adelante, mismo al lado de la revuelta que hace el carril, nace el arroyo por cuya orilla se anduvo hasta ahora.

—¡La madre del zorro...!

Al andariego no se le va el susto.

Cien pasos más arriba, en un charco así de chico, rodeado de juncias y de piedras grises cubiertas de verdín, nace el río de Beas, el arroyo de Cantarranas del que ya se habló, y el andariego, al encontrarse con tan viejo amigo de toda la vida, se sienta junto al venero, se olvida del zorro, de los pájaros y de sí mismo, para hundirse en un mundo de alegrías infantiles, saca una libretilla del pantalón y, con un lápiz tinta cuya punta chupa para que escriba mejor, enjareta estas coplillas que se va sacando de la mollera:

Arroyo Cantarranas,
pinta de estrella,
el agua más bonita
que hay en la sierra.

Te vi en el valle
y hoy te veo aquí arriba.
¡Viva tu talle!

Después de acunar al río con la música que a sus versillos puso, el andariego, como cumpliendo un ritual que se inventa, se lava las manos y la cara en el manantial.

Cuando termina con sus abluciones —aquí, en la Sierra, lo morisco tira mucho—, el caminante deja la carreterilla y echa a andar por la orilla derecha de su río compañero que se desliza cantando entre los juncos y lirios silvestres. El piso, cubierto de la hierba más

fina, es un descanso para el talón, una alegre frescura para los pies, que se cocían entre el boto y el calcetín.

El río de Beas, muy cerca ya del Horcajo, recibe el barranco de la Cueva del Lobo y el arroyo del Finaron y, ya mismo, gira en codo doblado para agarrar el rumbo de Beas de Segura, como si persiguiera al sol que, al final de la cañada, se está escondiendo tras el cerro de Chiclana. Atrás se quedan las cortijadas de la Cañada de Catena, de la Noguera y de Prado Redondo; de las tres, la primera ha crecido tanto que hasta titula sus callejas con nombres de circunstancias.

—¿Y qué fue de los nombres viejos?

—No hay nombres viejos. Están recién bautizadas.

Anda a gusto el caminante. Si hiciese memoria, se daría cuenta de que esta es una de las veces que más a gusto anduvo. La atardecida es cordial, casi cariñosa, como una buena amiga que acompaña y no inquieta.

—Buenas tardes.

—A la paz de Dios.

Saluda el pastor, con el decir antiguo de los caminos del monte, y acomoda su andar y el de su hato con el que el caminante trae. Hablador de por sí o harto de los silencios de sus soledades y sus días, cuenta que tiene casa y mujer y un par de sobrinillos en Las Cuevas del Tío Ambrosio; también, que tiene hijo trabajando en Barcelona, aunque alguna vez se llega por aquí, y un primo segundo que es guardia municipal en Beas. El pastor, agradecido por tener quien le escuche, saca y ofrece la petaca bien apretada de tabaco de huerta, que el andariego rechaza al tiempo que ofrece de la suya.

—Fume usted de éste, que es de estanco.

—Digo yo que no será de ese jodido rubio que fuman los señoritos del pueblo, porque a mí, ese tabaco tan chulo me hace toser.

—Este es negro, de cuarterón.

El pastor, mientras lo lía bien gordo, se expraya en una puntual disertación sobre los gustos, excelencias, calidades y efectos del tabaco de huerta.

—El tabaco verde es más natural que el de los estancos. Aquí no hay maldad, que este tabaco lo cría uno mismo en su huerta, con semillas de tabaco habano y filipino. En él no hay químicas ni hojas de patata ni todas esas cosas que a saber le ponen a los paquetes. Y, como es más natural, más a su ser, resulta que es más sano para el pecho. Un poquitillo fuerte sí que es, que lo de la fuerza le viene de suyo y de que ya se sabe que las matas hay que arrancarlas todavía verdes, antes de que pasen los rondines, que, si las ven, te denuncian y te maltraen. Además, este tabaco tiene la ventaja de que te sale muy barato, te sacia la boca y mata las polillas y, por eso, las mujeres lo ponen en las arcas de las mantas, para conservar la ropa de abrigo y no tener que andar comprándose esas bolillas blancas que te venden en la botica. Cuando lo fumas no te pican los mosquitos, así estés al lado de una charca, y es muy bueno para sahumar las habitaciones en donde ha habido enfermos.

—Pero para darle una chupada te tienes que agarrar a una oliva.

—Tampoco es para tanto.

—Y según tengo entendido, también lo usan para hacer cataplasmas.

—¿Pues no se lo he dicho? Este tabaco es la mar de bueno para el pecho, para atraer la sangre y quitar las rescolderas...

Vuelven los olivares a campar, a hacerse los amos de todas estas lomas que forman y limitan los canturreantes arroyos de Bastagoya, el Oscuro y el de Fuente Pinilla, que se van quedando por delante o por detrás del camino que se trae. El Poyo de Cuadros levanta su cresta —¿será «poyo» lo que es «puy» en Navarra o «pueyo» en Galicia?—, en lo alto del Poyo de Cuadros surte un conocido manantial cuyas aguas saben a hierro oxidado. El pastor no calla:

—A un servidor le dicen Mariano, Marianico el Lenitivo. Eso del Lenitivo nos viene a nosotros de parte del padre de mi abuelo, por parte de madre. De una vez que bajó a Beas para llevar a la

mujer al médico, pues la pobretica mía andaba muy estropeada con unas reúmas malignas que se le agarraron a los lomos y la traían en un puro grito. Dicen que las reúmas se curan comiendo ajos en ayunas, machacados en aguardiente, pero cuando vienen mal dadas, ni los ajos ni la leche pueden con ellas. El caso es que el hombre bajó a lo del médico y ya sabe usted como es la gente de los pueblos y cómo hablan, sobre todo los que son hombres de estudios, que no hay cristiano que se aclare con ellos, que tal parece que hablan en francés. Bueno, el caso es que don Ramón, el médico, repasó a la parienta y fue y le dijo a mi bisabuelo que aquello no era nada, que bastaba con aplicarle un lenitivo, y como el hombre no sabía qué era aquello del lenitivo de la leche, que lo único es que le sonaba así como a leña, pues lo que hizo fue aplicarle un pie de paliza a su mujer que, a poco más, se la deja en el sitio. Y para que vea usted lo que son las cosas de la vida, que se conoce que con la calor de los palos o con el sudor del trajín o con lo que fuera, el caso es que la mujer se puso como una rosa y ni el mismico médico se lo creía. Así fue como, nosotros, nos quedamos con este apodo. ¡Digo! Aquello fue muy sonado por todos estos cortijos y algunos se acercaban hasta la casa para ver si mi bisabuelo quería curar a sus mujeres, que si mi bisabuelo hubiera sido otro se había llenado de oro...

—Ya...

—Anda, que si yo le contara cosas de mi familia, no se las iba usted a creer. Mi familia es muy célebre. Menos un sobrino mío que se metió a cura y ahora anda por La Mancha, pero todos los demás, no vea usted que gente más famosa. Hasta tuve un pariente que se escapó de los moros cuando la guerra de África y, hasta le dio el Gobierno una cruz pensionada con seis reales de los de entonces. Digo, si yo le contara. Como lo de mi primo Silvestre, el del Cañuelo. Ese tenía una perra tan bien enseñada y tan cariñosa que, cuando se llevaron a mi primo al frente, salió detrás del camión y no paró hasta Teruel, que allí, entre aquellas nieves, se dejó la pelleja el animalico.

La tarde se está yendo entre los últimos paires de los pájaros serranos y los primeros suspiros de los grillos enamorados. Gruñen las ranas de todos los arroyos y, como acompañando estos rumores, el pastor continúa sin meter la lengua en el paladar.

—Si, señor, lo que yo le diga. Para la guerra pasaron muchas cosas raras que, ahora, la gente las oye y no se las cree. ¿Usted de qué quinta es? Yo soy de la del treinta y siete, de la quinta que más sirvió, entre la guerra y la posguerra, ocho años me llevé con el chopo al hombro. ¿Usted es de por aquí? Nosotros hemos nacido todos en las Cuevas, menos un primo mío que nació en Prados de Armijo...

El pastor pregunta y no espera a que le contesten, se ve que no quiere perder la palabra que con tantas ganas tomó.

Cerros y olivos estiran sus sombras hasta dejarlas perder a espaldas de los caminantes. Aprietan el paso las cabras, que ya remusgan la dormida. Los cortijos de Doña Ana y de Pino Gordo se quedaron atrás y los gurriatos, los jilgueros y los chichipanes se disponen a pasar la noche entre los ramones olivareros. Los ojos de las lechuzas comienzan a brillar entre las ramas.

—¿Y qué fue de la dulcísima tórtola?

—Esa es más decente y se acuesta más temprano.

Un poco antes de llegar a las Cuevas, el pastor dice que él se queda allí, en el cortijillo de una planta al que una mata de nevadilla engalana de mínimos petalillos redondos. A la nevadilla castellana la llaman flor de la Virgen, en Galicia, redondilla en el reino de Valencia, aquí no se sabe cómo la llamarán.

Dos o tres chiquillos se acercan al pastor y le rebuscan en la barja las sobras de la merendeta, la mujer anda recogiendo la ropa del tendedero y una muchachita, en capullo de moza, descalza de pie y pierna, corretea por el egido.

—Ea, pues hasta más ver.

—Eso, hasta más ver.

Las Cuevas o las Cuevas de Ambrosio o las Cuevas del Tío Ambrosio, que de todas estas formas las oyó nombrar el cami-

nante, es pedanía de Beas de Segura. En el término de Beas, que es más grande que el mar, hay ocho o nueve pedanías entre chicas y grandes. Las Cuevas del Tío Ambrosio andarán por las ochenta familias, las que siempre tuvo, lo que pasa es que ahora, con tanta carretera y con tanto coche, la Sierra se ha puesto más cómoda y mucha gente de los pueblos, que antes no pasaba por aquí ni a recoger la aceituna, ha remozado sus cortijos o se ha construido otros de nueva planta, para pasar en ellos los meses de los calores, y con esto, estas aldeíllas se han lavado la cara, se han peinado los tejados y presentan muy buen viso, mucho mejor que el que tenían hace veinte años.

—Hay que renovarse...

—Pero con tiento.

—No se asuste usted, que por mucho que se renueve, en la Sierra todavía no se ven rascacielos.

El andariego pasa de largo por Las Cuevas de Ambrosio, sin que se le ocurra buscar cobijo en ellas, pues sabe que, en tan chico rodal, no hay parador ni nada que se le parezca, que lo único que iba a sacar es molestar a la buena gente y exponerse a que le pasare lo que ya le pasó en los Cortijos Nuevos.

Cruza el hombre, a buen paso, la carretera, entre la mirada curiosa o indiferente de dos o tres paisanos que andan a la recogida y al trasteo de los últimos quehaceres.

Su intención es buscar acomodo a campo raso, pues la noche, al contrario que estas noches atrás, trae un airecillo calmo y sin muchas frescuras y en el contorno se huele ese cortísimo aroma del que sólo disfrutaban los olfatos acostumbrados al mínimo, casi franciscano perfume que regala la flor chica del olivo, la aterciopelada hojilla de los mastranzos.

El caminante está cansado. La cháchara del pastor le distrajo el camino, pero con la distracción se metió en el cuerpo una legua más de la cuenta. No le importa, pero lo siente, los pies le arden y la cintura no le responde, lleva los hombros doloridos, lo mismo que la cabeza. Atrás el último cortijillo y entre dos luces busca un

lugar apetecible, «cobdiciadero», que es hermosa palabra, y, a so-caire de un tapiajejo, extiende la manta y vuelca sobre ella los fondos del morral donde aún le quedan un trozo de morcilla blanca, que no es masticar que canse, y una latilla de sardinas en escabeche; de pan le queda un cacho y el agua se la da el arroyo de Bastagoya, que pasa por allí mismo. La música, para que no falte de nada, se la ponen los silbos de los mochuelos que acamparon en las ramas del olivar; la luz, más bien escasa, se la presta una luna en menguante que, asomándose sobre los cerros, recorta los conocidos perfiles de los peñones de Natao.

—No se está mal...

—¡Qué se va a estar mal! Y sobre todo, que no me va a salir muy caro.

Cena con gusto el caminante, mucho mejor que otras veces lo hizo, aun en lugares de más categoría; luego enciende un pito y se queda mirando a la Luna, como un poeta de la escuela del sepulcro. Mira también las estrellas, que clavetean lo oscuro y que parecen jugar al escondite entre las hojillas de los árboles.

El alma del andariego está serena, tal y como se le ponía al bendito fray Luis de León, cuando le dejaban, llena de un sosiego, de una conformidad que cualquier bienaventurado le envidiaría. Tan bucólico y tan bien alimentado se siente el andorrero, tan de égloga o de novela pastoril, que, sin darse demasiada cuenta, se pone inspiradillo y escribe, alumbrándose con los chisques:

Baja noche y alto cielo;
en las ramas de un olivo
está cantando un mochuelo.

Canta también el agua del arroyo vecino y el airecico que menea las pestugas de las olivas. Arrullado por el cántico, el caminante entresueña cosas que no tiene por qué contar, pero que le confortan. Son esos sueños vagos que no se pueden decir, que aunque se dijeran no se entenderían. ¿Pero quién entiende nada de nada?

Tumbado en el santo suelo,
un caminante contempla
los estrellones del cielo.

—Mira— se dice el caminante, a quien, cosa rara, le entra la sensatez—, más vale que duermas o que te calles, que eso de sacarse coplillas de la cabeza a ti no se te da. El sacarse una buena copla es más difícil de lo que tú te piensas y de lo que muchos se creen. El Petrarca ese, sin ir más lejos, no escribió ni una que mereciera la pena. Para escribir una buena copla hay que estar un poco pintón y al lado de una chavala por la que bebas los vientos y que ella no te haga ni puñetero caso, en una noche de...

Cuando el andariego va por aquí siente cómo los párpados se le vienen abajo y, antes de que la cosa pase a mayores, se quita los botos, se envuelve en la manta, posa la cabeza en donde buena-mente le cae y se queda dormido.

Si soñó o no soñó, no se sabría decir.

EN BEAS DE SEGURA

Al andorrero le hormigüea un brazo, el otro ni lo siente; agarrotado tiene el cuerpo del trasnoche y allí están los pájaros serranos sin enterarse de sus penas, canta que te canta y haciendo el relevo a las ranas del arroyo, que, de oscuro a oscuro, no pararon de regañar. Los pardales madrugeros desperezaron picos y plumas; las cigarras aún no empezaron con su aserrín aserrán; los hombres y las mujeres tampoco dan señales de vida. En las puntas de las hierbecillas sin nombre y sin amo se empiezan a evaporar las minúsculas gotas de rocío que allí colocó el relente; la avena loca y la cañuela, la colleja y el trebolillo empinan sus tallos al apercibirse de la templanza que se está fraguando en la mañanica de mayo. A veces todo calla, pájaros y aires, y el silencio es hermoso como unas matas de alhelís en flor.

El brazo del andorrero ya es tan puro picor que hasta le duele y le hace abrir los ojos bajo la boina que los encubre; el hombre trata de despertarse y, a la cuarta intentona, toma mundo. Entontecido por la noche al raso, se incorpora, da unos brinquillos y estirones, se acerca al arroyo y se remoja los pies, la cara y la caja del cuerpo. Sin pararse en más cosméticas recoge los bártulos, se los echa a cuestras y rompe a andar, que ese es su oficio.

Frente a él se levantan, entre el azul de la piedra y lo amarillo del sol que la raya, las cuadradas siluetas de los peñones de Natao.

A su vista, el sentir del andariego se pone tan dulce como una dedada de miel.

El andariego se emociona. Ya se habrá notado, aunque él procure que no se le note, que el andariego es persona dada a la emoción que pone lagrimillas en las pestañas y nudillos en el garguero, como ahora se los pone la vista de los peñones esos, que es una cosa que emociona tanto como el encontrarse con una antigua novia a la que los tiempos y los desengaños convirtieron en una cansada madre de familia.

—¡Cómo pasa el tiempo, Purita!

—Para todos igual; lo que pasa es que como tú no te ves...

Se acerque uno por donde quiera que se acerque a Beas de Segura, lo primero que se ve son esos peñones a los que la nata de la nieve de todos los inviernos les puso nombre. Allí están, en lo alto, como los dados enormes que un gigantón arrojó.

Así como hay pueblos que se anuncian con sus alamedas o con el perfil de sus torres, Beas se anuncia con sus peñones gemelos. Verlos allí, después de tantos años de recordarlos, es como sentirse en casa. Luego, cuando vuelvan a añorarse, los ojos se perderán por las cruces de lo imposible. Los peñones de Natao son —sin ganas de comparar ni de herir a nadie— lo que el acueducto es para Segovia o las casas colgantes para Cuenca.

—Sólo que mejor.

—Sí, señor. Sólo que mejor. Mire usted, un servidor piensa que los peñones de Natao, las higueras de los huertos, el callejón del Repullete y el ajo es lo más característico de Beas.

—Ajos se comen en todas partes...

—Pero son ajos de ajos, que aquí, cuando decimos ajo, queremos decir otra cosa de más cuerpo. Ya le hablé, no sé si se acuerda, del ajo del marqués. Bueno, pues también tenemos el ajo atado, el ajo de harina y el ajo de patata. Por estos territorios, decir ajo es como decir moje, o séase, cualquier condumio que permita untar en él unas buenas sopas de pan. Algo así como la pipirrana, sólo que ésta es más suavecilla, más fluida, más llevadera para las

tripas. La pipirrana es cena de verano, cuando las calores no te dejan atravesar bocado; el ajo es guiso de invierno y hay que comerlo albandado y al calorcillo de la lumbre.

Ya se ve gente por la carretera; los cortijeros y las cortijeras que, a buen andar, apechugan con la legua escasa que los separa del pueblo. Van por parejas, seguramente matrimonios, o en grupos de cuatro o cinco que se saludan al alcanzarse. Hoy es jueves y, quieras que no, todavía se acostumbra la tradición del mercado que hace una milenta de años se concedió a la villa.

En las mañanas de los jueves, así lo recuerda el andariego, la calle de los comercios de Beas, esa que también se llama calle de en medio y a la que algunos llaman del Marqués de Rozalejo...

—(¿El marqués del ajo?

—No, qué coño. El marqués de Rozalejo es un señor mucho más moderno...)

...aunque su nombre oficial sea otro, se llenaba de gente serrana que bajaba al pueblo para mercarse un pantalón de pana, un tapabocas de los de cuello de toro, un mantón con flecos de lana gorda o el corte de vestido de colorines que siempre se estrenaba el día de San Juan. Las tiendas hacían su negocio, pero los dependientes se quedaban para el arrastre de tan largo regateo con las cortijeras.

—Si vas a comprar lo que dices, llévate a la Juana, que esa regatea la mar de bien.

—Como que a Eloy le sacó dos veces el chorreón... Todos los que esta mañana bajan a Beas lo hacen con más prisas que el caminante, que va un tanto atontolinado y despacioso recordando su ser de antaño, sus tardes de paseo o de rabona por esta carretera, el aire de las cometas, el vuelo raso de los vencejos, las caracolas de las albercas, la resignación de los sauces llorones que se desploman a la orilla del río.

Tan a sus sueños anda el caminante, tan embebido en sus memorias, en su recado de buen amor, que ni se da cuenta de la hambruna que le retuerce los dentro que le reclaman el café que no tomó. Poco es lo que falta para llegar al pueblo, pero las ansias del

café son tantas y tan inaguantables que, al pasar por uno de los cortijos, el andorrero se descara y pide una taza de café por el amor de Dios.

—Y pagando lo que sea.

—No te envicies con el café —replica el cortijero—. El café no es bueno para la salud; el café es tan malo como el tabaco; tan malo como el vino o el juego o las mujeres que tú sabes. El café es un mal veneno y el tabaco veneno y medio. Lo que pasa es que los hombres somos tan tontos que sólo nos gusta lo que acarrea nuestra perdición.

El juego arruinó a muchas y buenas casas. El Evangelio de San Juan dice que el vino y las mujeres hacen al hombre renegar. El café y el tabaco, digo yo, hace que uno se despepite por cosas sin mayor sustancia. Si fuéramos a lo que teníamos que ir, en nuestros cuerpos sólo entraría lo que se produce en el campo, que eso de la carne y del pescado tampoco es cosa buena.

El andariego no sabe qué decir. Eso de encontrarse con un vegetariano en la Sierra del Segura es más raro que barrer las escaleras para arriba; el aguantarle la prédica tampoco tiene gran aliciente y el viajero calla a la espera de que al otro se le acabe la cuerda y poder decirle hasta más ver.

—¿Y qué no te diré del vino? —continúa el cortijero, que agarró con ganas el sermón— ¿Y qué no de las mujeres? Que mejor sería si no existieran, pues todas son enredadoras y amigas de embelecocos. Por Eva cayó Adán en el pecado; por Dalila perdió su fuerza Sansón; por las mujeres perdió el rey Salomón su sabiduría. ¿Por quién cayó Nínive y se hundió Babilonia? Más ejemplos te podría poner, porque las Sagradas Escrituras a puñados los traen. Si quieres vivir en paz, apártate de las mujeres.

—¿Y qué quiere usted que haga? ¿Que me vaya a las misiones?

—Hombre... Tampoco es eso...

El andariego deja al predicador con la homilía en la boca. No es que le importe mucho quedar por mal educado, pero el andorrero siente una chispilla de lástima por el fulano que tan bien se lo

estaba pasando, dando consejos que nadie le pidió. Por otra parte, cada cual tiene sus manías y de eso sabe bastante el andorrero, porque también las tiene más que abundantes.

—¿Tiene muchas?

—¡Si yo le contara!

—Cuenta, cuenta usted...

—No me da la real de las ganas.

El andorrero se cabrea. Eso es lo malo que tiene el toparse con un vegetariano; la mala baba que a uno se le pone y el quedarse con las ganas de tomar café.

Cunde el andar por las cuestras abajo. Lomas y más lomas que el olivar borda de plata vieja, como el traje de luces de un peón de brega metido en años, sabio y sin esperanzas. Lomas del Cerezuelo y de los Yesares, y allá, más lejos, la de la Hoyera. El río por lo hondo y, en la otra orilla, sobre las cuestras de San Juan, los cerros de Santo Nicasio, del Renegado, de la Cruz de los Trabajos, Mojón Alto y Pico Corencia.

Ya se pasó el arroyo Páez, la cuestra de las Saleguillas y los huertecillos de las Albercas, en donde la higuera abunda y los granados se ponen en flor.

—Mire usted qué hermosura. La flor de los zarzales, las azofaifas coloreando, las acacias llenas de sus mariposillas blancas, el verdegueo de los trigos en el cañamar, los perales apuntando sus perillas sanjuaneras, el olor a huerta bien regada. A mí, esto del olor a tierra mojada me gusta más que comer con los dedos.

—Diga usted que sí. Que quien no ha pasado un oscurecer junto al son de una acequia y al amparo de una noguera no sabe lo que es bueno.

—Sobre todo si se está al lado de una chavala que se deja querer.

—Cállese usted, por favor, y no me lo recuerde.

Beas de Segura, ya casi a la vista, es pueblo medianejo y hermoso; más apreciado en su hermosura por los forasteros que por los naturales, que, como están acostumbrados a verlo, no le dan

tanta importancia. Llegar a Beas, pasado el San Juan, cuando las casas altas están recién encaladas, es darse con un montón de azúcar que se blanquea al sol. Beas es pueblo serrano, aunque algunos de sus vecinos presumen y digan que si es de la Loma; su luz es de un verde oscuro que le pone el olivar donde el zorzal y el tordo sacan la tripa de mal año.

Beas, también, es pueblo que se hizo despacio, como hay que hacer las cosas si se quiere hacerlas bien. El geógrafo don Sebastián Miñano dice, en el diccionario que escribió para hacerle la pelotilla a Fernando VII, que, en sus tiempos, la villa andaba por los tres mil habitantes; cincuenta años más tarde, don Pascual Madoz los duplicaba; a mediados de este siglo el pueblo llegó a las nueve mil almas, contando sólo a las que se movían en el casco de la villa. Ahora, con todo eso de la emigración, tendrá algunas menos.

Según se llega por el camino que el andariego trae, lo primero que uno se encuentra es con el barrio de Vista Alegre, que es donde viven los gitanos. El nombre le está bien puesto, pues desde lo alto de aquel cerrete se ve un paisaje muy bonito para el que sabe mirar.

El andorrero sube al altozano y contempla la cañada que adorna su cielo con el humo de las cocinas del pueblo, mira los tejados rojos, la punta de la torre, el torreón de la villa, que, aunque encaramado en lo más alto del caserío, no subió tanto como este barrio chico y revuelto, alegre y chillón, madrugador y empavesado con la ropa de mil colores que se tendió a secar sobre la hierba. El caminante distingue la alameda y el río, las anchuras del parque y del paseo, las pocas azoteas que en el pueblo hay. El pueblo es una moneda de plata en el cuenco de la mano que finge la cañadilla.

—No te me pongas cursi.

Lo más fácil es que Beas de Segura se empezara a construir y habitar en el tiempo de los moros, pues todo eso de los asentamientos preibéricos o fenicios más parece cuento que otra cosa. Este pueblo es moro y, según se dice, fundado por aquellos reyezuelos y gerifaltes de cierto viso que vivían en Segura y que, en cuanto llegaba el invierno, se bajaban al valle tratando de escapar

de las pulmonías y de los reúmas que en su pueblo se estilaban. Dicen que, en las cuevas de Valparaiso hicieron su habitación. Eso es lo que la gente cuenta; y lo que el andorrero añade, a fuerza de ignorancias e imaginaciones, es que, tal vez, como aquella estación invernal, se alzaría el castillejo en lo alto de esa peña arenisca que llaman de los tobazos. Al amparo del castillo, del que no quedan más señales que las que dan las Relaciones que mandó escribir Felipe II, la gente del común hizo sus casas poniendo en ellas la blancura musulmana, esa ansiedad de nubes que los hijos del desierto llevaban en sus interioridades.

El caminante contempla callejas y callejones que se descuelgan buscando la orilla del río. Recordando sus nombres, hasta el más tonto podría reconstruir, en la imaginación, cómo fuera el pueblo en sus comienzos moriscos.

Beas es como una paloma blanca que baja a beber al río...

—¿Cómo Coimbra?

—¡Mucho más bonito, hombre!

Manolito, el poeta, uno que se fue a Francia y que, cuando volvió, se trajo libros prohibidos y se dejó la barba de nazareno; uno que es amigo y fue compañero de facultad de don Martín y, también, amigo de toda la vida del caminante, ya hace que se sacó unos versos de la mollera en los que habla de las gentes que, antaño mangaño, fueron creando al pueblo de la nada.

—¿Y se los sabe usted?

—Sí, señor; ahora mismo se los digo, que a mí, esto de aprenderme versos, se me da un rato bien, sobre todo si son de mis amigos.

Los versos de Manolito el poeta, más o menos, venían a decir:

Cristianos y moros,
cruces, media lunas,
caballos y toros,

Moros y cristianos,
algunos judíos
y ocho o diez gitanos.

Manolito, el poeta, hombre proclive al embaule indiscriminando de cualquier vino que se le pusiera a los alcances, dado, también, a los largos paseos y bastante aficionadillo al magreo de las chavallillas burguesas que no tuvieran inconveniente, algunas veces escribía versos de amor imposible que hasta se publicaron en las revistas del género, pero que, ahora, no hacen al caso.

—También escribió poesía social.

—Sí; pero eso era cuando estaba sin mota de tabaco.

Judíos, cristianos, gitanos y moros y quién sabe si alguien más de quien no quedan memorias juntaron sus sangres y sus gustitirris y de la mezcolanza salieron hombres y mujeres de todos los pelajes, aunque con más moreneces que otra cosa, lo que parece indicar que en el crisol de la raza, como acostumbran a decir poetas y oradores hispanoamericanos, la mayor cantidad la pusieron los moros, lo que no quita que, de vez en cuando, se puedan ver ojos azules y pelambreras rubias.

—Pero eso de ser rubio, por estas tierras, no es cosa que esté bien visto. Eso de ser rubio parece como cosa de forasteros o de gentes del norte. Los rubios, en estos pueblos, no tienen buena prensa; aquí se dice que los rubios tienen muy mala uva. Aquí, a los rubios —dicen que Judas lo era— se les llama jaros y, en otras partes, leginos. También les dicen rubiros y rufos. Bueno; por estos rodales, lo mejor que pueden hacer los rubios es teñirse las crenchas, no quitarse la boina y procurar pasar desapercibidos.

—Pues tú tiras para rubio.

—Por eso le digo lo que le vengo diciendo.

El andariego, cuando se cansa de conversación y de paisaje, vuelve al carril, un poco más apurado que antes, pues ya el hambre no le deja ni razonar. Siempre cuesta abajo, pasa por la Casa del Pueblo, a la que tiempos y circunstancias la cambiaron en Santa Misión; se deja atrás la calle de las eras, una fililla de casas nuevas, la vaquería de don Mateo y las pontanillas de los arroyos de la Tobilla y de San Agustín, mismo donde está la huerta de su primo Pepe. El olivar, que es mucho olivar, llega hasta los mismos linde-

ros del pueblo, escaqueándose con los cañamares donde triunfa el maíz y los huertecicos de acequias musicales.

Moreras, acacias y algún que otro álamo negro bordean la carretera. El viajero aprieta el paso, que ahora, al olor de los hornos de amasar, el olfato pone locas las tripas. Hornos de pan, en el pueblo, habrá diez o doce, así como cuatro o cinco molinos harineros; las almazaras serán más de treinta, tiendas de viso y tiendas de portalillo ni se pueden contar. Todos estos olores, sustanciosos y acuciantes, se mueven en el aire de la mañana y el hambre que animan no se puede ni medir.

En la jurisdicción de Beas de Segura hay más de cuatrocientas fuentes, cada una con el don de su gracia; allí hay aguas que son buenas para los dolores de hijada, para la úlcera de estómago, para criar sangre y para ablandar los garbanzos. Algunas hay que curan la melancolía y otras que abren el apetito.

—Pero esas ni me las nombre...

Pasado el camino de los Yesares está la calle del Chorrillo, que, en costanilla desesperada, baja hasta la de los comercios. Antes esta calle estaba empedrada y ahora la han asfaltado, lo que no mejora su andar; tan resbaloso está aquello que el andorrero lo baja agarrándose a donde buenamente puede.

El pilón está en donde siempre estuvo, y, como siempre, se desborda de agua clara y cantarína. Lo que han quitado es el modesto cafetín que había en la esquina de la calle de San Francisco y en el que el andariego pensaba vengarse de las injurias de su apetito.

En el resbalón final, el caminante llega a la parte llana y se queda en la duda de buscar la casa de sus tíos, en el callejón del Horno del Repullete, ahí mismo, en la calle de en medio, o ir hacia el paseo, que también se llama plaza del mercado, aunque ahora la quieran nombrar de otra manera. La calle de en medio está muy animada, las tiendas recién abiertas, las mujeres barriendo la acera o sacudiendo esteras en los balcones, los chavales que van al colegio y el resto del común que va a lo suyo y se saluda, se da los bue-

nos días y reniega del camión mal aparcado que está estorbando a media cristiandad.

Miguel, el Pirata, está a la puerta de su tienda, con una cara de sueño que se le cae. Cuando ve al andariego se lía a pegar brincos, a voces, a abrazos y a palabrotas. Las palabrotas no las dice por mala intención, sino porque está muy contento de ver a su amigo.

—¿Qué haces por aquí? ¿Cuándo has venido? ¡Si estás más gordo! ¿Desde cuándo no venías? ¡Que no te acuerdas de los amigos!... Toma, echa un cigarro, que es de contrabando... ¿Cuántos días vas a estar? Bueno, hoy comes en mi casa...

—Pero antes tomo un café...

—Ahora mismo cerramos la tienda y nos acercamos a lo de Manolo. Y si no, espera a ver cómo lo arreglo...

Miguel otea la calle; como no ve a quien busca, cambia de acera, entra en la droguería y le dice a uno de los dependientes que haga el favor de pasarse por su tienda un ratillo mientras que él resuelve un asunto en el banco.

—Ayer, en la sierra, me salió un zorro...

—¿Qué vas a tomar?

En el bar de Manolo, que está en el paseo, Miguel, que ya desayunó, pide café negro y una ración de buñuelos; el caminante pide dos. Los buñuelos los acaban de traer de la buñolería de la esquina de la calle ancha y están de muerte, calentitos, bien aceitados. El caminante, con la boca llena, insiste:

—Te digo que era un pedazo de zorro...

—¿Sabes que Antonio ha tenido otro chaval?

—Era un zorro, Miguel, de cerca dos metros sin contar el hopo...

—Déjate de zorros. ¿Sabes que se casó mi prima Adela, aquella con la que estuvistes tonteando, con uno de Villacarrillo y que se ha ido a vivir a Sabadell?

—Bueno, pero déjame que te cuente lo del zorro...

—¿Para qué? Río pasado no tiene vado. ¿Sabes que el Pascual, el de los Pascuales, está de factor en Segovia?

—Te juro que hacía un pilón de años que no comía unos buñuelos tan ricos como éstos. Debe de ser por el aceite. El aceite de Beas viene de los viejos olivos que se consagraron a Minerva...

—Mira. Más vale que te calles, que cuando tú te lías con lo del aceite, la cultura mediterránea, la vela latina y todas esas chorradas le pones a uno la cabeza cuadrada. Tanto con el aceite y de seguro que no sabes que esto de las olivas es una cosa relativamente moderna por estas tierras, pues hasta mediados del siglo XVIII, cuando don Carlos III se puso a colonizar la Sierra Morena, aquí no se daba ni una panilla de aceite, y casi todo el mundo el que consumía lo tenían que traer desde Córdoba o desde más allá. Aquí, lo que se criaba que daba gusto era el cáñamo y también el lino, y fíjate, ahora no queda una mata ni de una cosa ni de otra.

Entran y salen las gentes en el bar. Son los empleados del Ayuntamiento, los que trabajan en el banco, el que está de mano o el que navega arreglando unos papeles. Todos saludan a Miguel y al andorrero ni le hacen caso. El andariego, que no ve ni una cara conocida, se pone mustio y dice tristeando:

—Pero si no conozco a nadie... Oye, Miguel, ¿quieres que te cuente lo del zorro...?

—Es que lo que tú haces no se puede hacer. Te pasas los años sin asomar por aquí y eso está pero que muy feo...

—Cada uno tiene la vida en su sitio.

—Déjate de cuentos, que lo mismo que tú hay miles de paisanos, cada uno por su lado, ganándose las habichuelas dónde y cómo puede, porque aquí está difícil ganárselas. Unos andan por Bilbao, otros por Barcelona, algunos por Alemania y algunos, como Pepe Gómez, andan por las Américas. ¿O qué te crees tú? ¿Que eres el único que anda por ahí? Pero, eso sí, en nada más que llega San Marcos o para la feria, todos los que no están muertos se vienen para acá, que a algunos hasta los tienen que traer en una ambulancia. Mira, macho, lo peor que se puede ser en este mundo es ser forastero. Y así te va a ti, que eres forastero en todas partes, que el forastero pierde sus substancias, igual que las pierden los priscos

aberteros de las huertas del río, que no es lo mismo comerse un prisco en Villanueva que comérselo junto al molino Hondonero. Anda, leñe, no te pongas triste y cuéntame lo del zorro ése.

El andorrero cuenta lo del zorro, pero sin mucha ilusión, sin echarle ceremonia al cuento. Las palabras de Miguel le han tirado al suelo los palos del sombrero y se siente así como vacío, destartado, sin un palmo de tierra donde caerse muerto ni torre de pueblo que le dé sombra. Desarraigado y no por desamores, que amor tiene de sobra. El andorrero sabe, mejor que nadie y a su costa, aunque siempre se lo calla por no ponerse cargante, las crujías que se pasan cuando el recuerdo de sus gentes y de sus tierras se le encrespa por los penetrales. Tierras de Campos y Tierras de Olivar siempre tironean de su tan asenderado corazón. El pudor no le deja decirlo y ahora se calla y siente cómo se enceniza. A medida que los buñuelos se acaban, el alma se le pone por los suelos y por los labios el suspiro. Esto de andar y andar, de barajar torres y tierras, entreverar nubes y pájaros, árboles y callejones es tan lioso, tan enredador, que cuando a uno se le cruzan los rumbos y las melancolías, sólo se sabe jugar con los revesinos.

—Esto de ser entreverado, Miguel, sólo es bueno para el tocino...

—¿Te hace una copeja?

Los amigos toman la copa de anís dulce, que al menos quitará las amarguras de la boca, y Miguel dice que ya va siendo hora de irse para la tienda, que hoy es día de mercado y no es cosa de desamparar el negocio.

—¿Tú sabes que este mercado de los jueves se nos concedió por privilegio de doña Juana la Loca?

—Pues no.

—¿Y que don Juan Rodríguez de Moya, el primero que tomó la muralla de Huéscar a los moros era de aquí?

—Pues tampoco.

—¿Y que Rodrigo de Triana, el primero que divisó las Américas, también era paisano?

—Ni idea.

—¿Y que el soldado don Juan Montalvo, el que hizo prisionero al rey de Francia en la batalla de Pavía, nació en este pueblo?

—¿Y de dónde te sacas tú todo eso?

—De un librito que anda por casa, en donde viene todo eso muy bien explicado.

—¿Qué libro?

—Anda éste. ¿Y yo que sé? Pues uno muy antiguo que a lo mejor era de mi abuelo; está escrito así, como el «Quijote», en castellano antiguo. En él se ponen todas las aventuras del obispo don Juan de Osma, cuando echó a los moros de estas tierras.

—¿No fue don Pelayo de Correa?

—Eso es lo que se piensa la gente, pero lo que pasó fue que el obispo se las cambió por otras que pillaban más cerca de su pueblo. ¿Lo del toro bravo de Santa Teresa sí lo sabes, verdad?

—Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Y lo de San Juan de la Cruz?

—También.

—¿Y lo de fray Leoncio de los Cuatro Tránsitos de San Eutiquio de Balmaseda?

—¿Quién fue ése?

—Un fraile que anduvo por aquí, hace más de doscientos años, y que escribió un poema lírico-didáctico, en más de cuatrocientas octavas reales, dedicado al dificultoso arte de la crianza y el amaestramiento de los mirlos silbadores. Una cosa de mucho mérito que, según he oído contar, estaba escrito en letra redondilla y sin faltas de ortografía. Lo que pasó es que aquellos papeles ardieron como un triquitraque el día veintitrés de noviembre de mil ochocientos diez, cuando los franceses le pegaron fuego al Ayuntamiento.

—Ese mismo día, si no estoy muy equivocado, los franceses incendiaron también la iglesia. El ayuntamiento se rehizo doce años más tarde. La iglesia tuvo que esperar casi ciento cincuenta años.

—Pero eso no lo cuentes, que la gente se va a pensar que sí somos medio ateos...

Cuando los amigos se deciden a salir del bar, ya bien entrada la mañana, el andariego, que ya se compuso de sus melancolías a fuerza de anís dulce y amena conversación, mira para la plaza del mercado y piensa que, tal y como está ahora, no la reconocería ni la madre que la parió. Los arquitectos municipales, ellos sabrán por qué, le han cambiado la forma de su ruedo, talaron los álamos centenarios que la sombreaban, se llevaron las farolas que la alumbraron, llenaron su recinto de plantas y flores, la despojaron de la barbacanilla donde los chiquillos jugaban a las tres en raya, le quitaron el arco de hierro casi triunfal que le pusieron al acabar la guerra, acabaron con las fuentes y el pilón rural donde abrevaban las caballerías, hicieron desaparecer los quioscos de los refrescos y la marquesina donde tocaba la banda de música y han asfaltado su suelo de terral que, en los otoños, se llenaba de charcos y de hojas secas que sonaban a chapas cuando sobre ellas se arrastraban los pies. En la parte de arriba, como una alegoría, que se dice, del río, han plantado un grupo escultórico de lo más aparente.

El andariego no opina, pero cree que, como estaba en sus tiempos, el paseo tenía más carácter, más sabor a lonja pueblerina.

—Será la nostalgia...

—Pues no te asustes de esta plaza —dice Miguel—. Ya verás lo que es bueno cuando te asomes al parque. Con decirte que tiene hasta palomas y que no las matamos a peñascazos...

—A mí es que me parece que ya no somos tan machos como antiguamente...

A pesar de tantos cambios, el caminante, que cuando dejó a su amigo en la tienda se puso a callejear, va reconociendo sus paisajes esquina a esquina, piedra a piedra, rincón a rincón, suspiro a suspiro. El caminante se acuerda de sus amigos los poetas y les envidia su inspiración, su toque de palabra, su saber hacer y su talento —que ahora quisiera para sí— y ponerse a contar o a cantar su pensamiento y su sentimiento, el dolor y la alegría de estos

encuentros, la flojera que se le pone en el lagrimal, el amargo dulzor de la saliva que le escasea en la lengua y el paso que se le retarda.

La calle de los comercios, nada más pasar la plaza nueva, la de los soportales y la fuente, se empieza a empinar buscando las alturas de la villa vieja.

—De aquí, de «villa vieja», y ayudado por la peculiar manera con que aquí se pronuncia el castellano, es de donde, probablemente, venga el nombre de Beas y no de «vías».

—Mucho cambio fonético es ese para que sea verdad...

Pasa el viajero a la sombra de la torre, junto al convento tereciano, rozando el pilón del arrabal. En la plaza de las carnicerías y en la casa que sirvió de juzgado, y en el siglo XVI fuera palacio de los Sandoval, se luce, esculpido en piedra vieja, el escudo de la villa, con su torre, su puente y su trucha. Luego se mete por la calle de la Villa, deja a un lado las calles de las Almenas, del Barrio Nuevo y los Tobazos. A estas calles les cambiaron los nombres. ¡Qué ganas de enredar!

—¿Y cómo se llaman ahora las calles del Canuto, el Tendedero, la Cueva o el Toledillo?

—Al callejón de las Lazarillas le llaman de Isaac Peral y al Salón, ya no sé cómo.

—¿Y al callejón del Hospicio?

—De San Juan de la Cruz.

—Ese nombre me parece mejor. El pobretico de San Juan de la Cruz fue un desgraciado que pasó más hambre que el perro de un cómico, estuvo encarcelado por la Inquisición de Toledo, siempre malucho con sus calenturillas y con menos chichas que un guisado de alambre, pero que, aunque lo tuvo en contra, fue un santo como una casa y un poeta como un castillo. Aquí, en Beas, fue en donde empezó a escribir su «Cántico Espiritual»; si quieres, te lo recito entero.

—No; déjalo estar, que cuesta arriba te ibas a quedar sin resuello.

La calle de la Villa es una calle que se las trae. ¡La Virgen Santa, qué calle! Hay que tener más pecho que un ama de cría para no dejarse el aliento en la escalada. Casas chicas, de una planta, blancas como sábanas al sol; tejados negros de cien mil lluvias, chimeneas galanas, ventanos llenos de matas de albahaca, persianas verdes, ropa tendida, olor al sopicaldo del cocido.

Hay poca gente en la calle. Los hombres andarán en el campo o en el taller y las mujeres, al pie de la lumbre, preparando la comida; los chiquillos, en la escuela, si es que no hicieron rabona, que es lo que le pide una mañana tan bonita como ésta.

Esa casa del rincón, donde estuvo la carpintería, piensa el andariego, tiene pinta de palacio antiguo; en su alto corredor se asomarían las damas melancólicas o las alegres mozas de cántaro. Allá arriba, en lo más empinado de la cuesta, está lo que fuera colegio de monjas y que hoy no se sabe qué podrá ser. Hace siglos, esto fue un castillo arruinado, con torres y almenas y las llaves perdidas en el fondo del mar, tan perdidas como las arqueológicas recordaciones del viajero que, ahora, se ve esquinero y solitario, al atisbo de las puertas del colegio, a la espera, para ver salir a las colegialas, tan bonitas, con sus uniformes negros y los libros bajo el brazo. El andorrero se siente viejo y triste, lleno de historias sin sentido, de rostros de muchachillas en rama. El andorrero, en su paseata, va soltando unos suspiros de los que rajan el cristal de los espejos.

Más calles y callejones, anchos o estrechos, con fuentes o de secano; visillos velando la intimidad, el jugueteo del sol en los balcones, el humo firmando el cielo, la hierba entre las piedras, el agua en el pilón. Como el andariego se dejó los trastos en la tienda de su amigo, anda así, como de incógnito, sin llamar la atención a nadie, sin que nadie le reconozca, sin reconocer a nadie, entibiado por el solecico de la mañana y por el calorcete que le sale del corazón. Dando vueltas y revueltas, el caminante vuelve a asomar a la plaza de las carnicerías.

—Pronto has dado la vuelta.

—Todavía no he acabado. Aún tengo que acercarme al zambullo, correrme las casas nuevas, bajar al molino hondonero... ¡Ya lo creo que me falta pueblo por recorrer! Tengo poco tiempo y no quisiera dejarme ni un rincón. Un poquillo cambiado encuentro todo, pero no tanto como para que me extrañe. El pueblo es el mismo y yo soy el de siempre. ¡Lástima que se vean tantos coches y tantas antenas de televisión!

El caminante baja por la calle ancha, por donde la fonda, y, cuando se va a meter por el callejón que da al parque, oye que le llaman. Es su amigo Pepe, que está en la terraza del casino tomándose un vermú con almendrillas saladas. Pepe convida y el andorrero pregunta:

—¿Qué es de Manolito, el poeta?

—Está en Madrid.

—¿Y Joaquín?

—En Barcelona.

—¿Y Antonio, el de don Mateo?

—En Jaén.

—¿Y qué es de Ignacio?

—En su cortijo.

—¿Y Juanico?

—Se fue a Pamplona, con su hermano.

—¿Y Paquito?

—Se murió de repente.

—¡Jo! Si lo sé no te pregunto. ¿Y cómo fue la cosa?

—Pues nada, cosas de la vida; ya sabes. El Paquito llevaba una temporada que andaba muy desmejorado, perdiendo peso y ganas de comer y de beber y eso que el tío comía más que un sabañón. Y como ni los paseos que se daba ni los potingues que le mandaban en lo del Seguro le servían para mayor cosa, se puso a hacer un cursillo de control mental, por correspondencia. Ya estarás enterado de lo que es eso...

—Ni idea.

—Pues nada. Que tú vas y escribes y te apuntas a una cosa de esas y luego te vas aprendiendo las lecciones que te mandan desde Barcelona. Por ejemplo, tú te pones delante de un espejo y te lías a decir que si eres más guapo que nadie y, así seas más feo que pegarle a un padre, te lo acabas creyendo, y, claro, guapo que te pones ¡qué te vas a poner!, pero tú te convences de que sí, y en tres días estás hecho un ligón.

—¿Y el Paquito?

—No, hombre. Lo del Paquito iba por otro lado. El Paquito, cuando se aprendió tres o cuatro lecciones de ésas, que ya le costó trabajo, pues el pobre era bastante burro, llegó y se plantó delante de una fuente de chuletilas de choto con ajo atado y empezó a decir que si tenía hambre, y ¡zas!, se trincó una chuleta bien untadilla en el ajo. Luego volvió a decirlo y, en un parpadeo, se zampó otra. Y luego otra y otra y otra y así se estuvo hasta que arrebañó la fuente. Cincuenta y tres chuletas se metió en el cuerpo. Si a eso le añades el pan y el vino correspondientes, ya te puedes figurar el entripado que agarró el tío. Claro, y desacostumbrado como estaba... No hubo nada que hacer. A los dos días le echábamos las honras en lo del Francés...

—Vaya, hombre; pues lo siento. Y si todo el mundo se ha ido, ¿quiénes quedáis en Beas?

—¡Vaya unas salidas! ¿Y quiénes vamos a quedar? Pues todo el mundo. Yo, mi hermano, Miguelito el Tomate, Juanito el de don Juan, Ramón, mi primo Bartolomé... Anda éste... Y, para la feria, que es cuando se vienen para acá todos los que se fueron por ahí, armamos unas que para qué te voy a contar. ¡Jo, las que armamos! En las verbenas, en la balsa de don Emeterio, en el Goterón... Verás. Hace un par de años, para San Marcos, nos trajimos un chirro del cortijo de Poyo Tello que era más bravo que los pimientos picantes. Aquella mañana, bien temprano, antes de amanecer, lo cascamos en el portalón de la posada de Martos y le fuimos poniendo el aparejo, el frontil, los collares de cascabeles, hasta que lo dejamos más bonito que a una novia. Pero con tanta cosa y con

tanta brega, que el novillo no se estaba quieto, como era de suponer, se nos olvidó amarrarle el soguero. Digo yo que en qué leche estaríamos pensando. Total, que el bicho se nos escapó, cortó por el coso del río y echó por el callejón de las Monjas al tiempo que bajaba por allí un forastero que, nada más ver al toro, se lió a correr por aquellos callejones que iba perdiendo el culo y no paró hasta que no se metió de cabeza en el maletero de su «seiscientos» y allí se estuvo achantado cerca de tres horas. Cuando nos dimos cuenta y lo sacamos de allí, el fulano estaba medio asfixiado y tuvimos que hacerle la respiración boca a boca. Pero eso no fue todo. Lo gordo vino después. Verás. Cuando después de mucho le echamos el guante al toro, le pusimos el soguero y, con todo aquel tumulto y con la diana sonando y lo del forastero, pues se ve que estábamos como nerviosos y, sin darnos cuenta, atamos también a Pedro, el de la mina, de una pata, y en cuanto que el novillo echó a correr, allá que te va el Pedro dando cascabilazos contra las piedras, que menos mal que tiene la cabeza más dura que un arado, que si no, no lo cuenta. Así y todo, cómo sería, que se lo tuvieron que llevar a Úbeda para meterlo en la UVI.

—¿Y así siempre?

—No. En invierno, los que estamos sin novia nos aburrimos una miaja...

—¿Y los que tienen novia?

—Esos, con aguantarlas, ya tienen bastante.

Pepe y el caminante, cuando acaban con el vermú, se van a dar una vuelta por la explanada del parque.

El parque de Beas, desde la riada del año treinta y cinco, no era más que una anchura de tierra apisonada que no servía para nada más que para llenarse de barrizales en cuanto que caían cuatro gotas y para hacer la instrucción. Allí la hicieron los reclutas del treinta y nueve, antes de que se los llevaran al frente de Teruel, y allí la hicieron los reservistas del diecinueve, antes de que se los llevaran a pegar tiros a la batalla del Ebro; poco después la hicieron los chavales de la quinta del biberón. Cuando acabó la guerra,

la siguieron haciendo los chiquillos de las escuelas que, también, se echaban sus buenos partidos de fútbol. Entre unos y otros habían raído del lugar cualquier recuerdo de hierba o de hierbajo; de flores y otros adornos, para qué decir. Esta mañana, cuando el andariego se asoma a la explanada, no la conoce.

El parque de Beas es un parque de verdad. Un parque la mar de majo. Un parque como no lo hay en toda la provincia, ni siquiera en la capital. Para encontrar un parque como éste hay que irse, por lo menos, a Sevilla. Aquello pueden ser dos o tres fanegas, bien cumplidas, de superficie que se llenan de árboles, setos, arbustos, flores, caminillos, paseos, bancos recatados, farolas de mucho poder, fuentecillas y palomares. El río, que antes iba lamiendo los postigos de las traseras de las casas que se abren a la calle ancha, ahora va canalizado y pegando a los cañamares de la parte baja de la Cruz de los Trabajos. Los puentes son nuevos, las aguas son claras, las ranas emigraron y las truchas han vuelto a donde antaño estuvieron. Todo está como los chorros de oro, y el parque de Beas, bien regado y cuidado con esmero, es un mundo en el que la primavera muestra toda su lozanía. No son horas de que las parejas se amartelen en los rincones ni de que los chiquillos anden alborotando; las palomas se pasean con parsimonia de rentistas y la poca gente que acudió a tomar el aire se muestra comedia con los jardines y los pájaros.

—Lo estoy viendo y no me lo creo.

—Al principio nos costó trabajo, pero ya nos hemos acostumbrado y, como ves, sin guardas ni municipales, aquí no hay nadie que se salga del tiesto...

Por el callejoncillo de la parte baja del paseo, Pepe y el viajero salen a la plaza del mercado, recorren el jardín central y se asoman a la barbería de Antonio, ágora del pueblo y universidad de cuanto conocimiento pueblero se quiera profesar, para ver si se dan con algún amigo. Los chavales que salen de las escuelas, la gente que espera el coche de línea, los dos o tres bares que allí se establecen, el Ayuntamiento y los que a él acuden para arreglar

sus papeles y sus contribuciones animan el ruedo que se torra al sol del mediodía. El tonto del pueblo, con un repunto de boba alegría que le pone chispillas en los ojos, contempla el bulle bulle del mercado.

—¿Es el de siempre?

—Sí. Lo que pasa es que ha crecido. Es de tu quinta.

Suenan los almireces, luce el sol, huele a mañana honorable, a ese perfume sin nombre ni razón que llega a través de muchos años. El andorrero, otra vez a solas, se mete por la calle de los comercios y, luego, más despacio, por el callejón del Repullete.

El callejón del Repullete —¿qué querrá decir eso del Repullete, que el andorrero no encontró en ningún diccionario?— es la calle más bonita del pueblo. Diez esquinas la adornan, diez revueltas que la hacen serpentear entre casitas de una planta que tienen los aleros llenos de golondrinas y las ventanas amotinadas de geranios y siemprefloras. El andorrero, de chaval, vivió en este callejón; por eso, todo lo que él diga más vale no tomárselo en cuenta, pues hablando de sus amores, el hombre cae siempre en el pecado de exageración.

—Eso no es pecado.

—Ya lo sé, pero por si acaso...

Cuando asfaltaron las calles del pueblo, desde las eras al angosto, este callejón se quedó sin asfaltar, bien porque el erario municipal se quedara sin un duro, bien porque el buen gusto del alcalde le llevara a dejar una muestra del antiguo pavimento del pueblo. El callejón del Repullete está empedrado con aguacantos, y esto, con la hierbecilla que entre ellos se cría, sus casitas, sus flores y la punta roja de la torre asomando por lo alto de sus tejados hacen que aquello sea el rincón más amable, más intemporal del pueblo. El andorrero, que conoció a todos sus vecinos, ahora los va rememorando hasta que, al llegar bajo la torre, se encuentra con Juanito, el de la posada.

—Vente a lo del Francés. Verás qué coletos pone de tapa.

—Vamos.

Juanito, el de la posada, está más delgado, más alto que nunca estuvo, y, como el andorrero se marea cuando tiene que mirar para arriba muy seguido, cuando llegan al bar, dice que mejor es sentarse en un rincón a tomarse un blanco.

—No están malos los coletos.

—Y eso que ya están un poco duros.

Al ratillo de estar allí, un par de vasos o cosa así, llega Antonio, el del ebanista; luego asoma Ramón, el de los coches, y un poco más tarde asoma Curro, que es primo segundo del andorrero. Todos se sientan y comparten vinos y coletos, fuman negro liado a mano y su conversación se vuelca hacia los mundos idos.

—¿Te acuerdas de las chancharamigas aquellas que echábamos en el patio de la aserradora?

—¿Te acuerdas del mermecido de la tenería?

—¿Te acuerdas de cuando te caíste en la balsilla de la tejera?

—¿Te acuerdas de la que pillamos aquel viernes santo?

—¿Te acuerdas de cuando le ganamos a Castellar por cinco a cero?

—¿Te acuerdas?

El andorrero se acuerda de todo, cómo no se va a acordar. El andorrero, que de entendimiento se encuentra muy corto y de voluntad siempre está falto, tiene una memoria para dar y tomar. La memoria del andariego, como la de todo el mundo, es fuente de gozo o de dolor, según y cómo caigan las pesas. Esta mañana el naipe pinta por el lado bueno y el caminante y sus amigos se lo pasan pipa con la conversación, el tabaco, el vino y con las habas tiernas, con vaina y todo, rebozadas con harina y huevo y bien fritas con el sagrado aceite del país.

—Que pongan otros coletos.

—Y más vino.

A eso de las tres se deshace la liga. Ligar, en Beas, significa tomarse unas botellitas a escote, que así es más barato, acompañadas de un largo cortejo de tapas de cocina. Los amigos se levantan y, con los pies redondos, tiran para sus casas.

—Hoy nos apartan en la cobertera.

—Es que este tío habla más que un cascabel...

Así es. El andariego, en cuanto que se vio arropado por su gente, soltó la lengua, y preguntado por unos y por otros habló de sus andanzas, de sus recuerdos, de sus ilusiones y de lo enorme que era el zorro con que se encontró ayer tarde. El sólo hizo el gasto de saliva. Ahora dice que se va para la casa de sus tíos, que desde que llegó al pueblo estuvo tratando de ir, pero que entre unas cosas y otras todavía no tuvo tiempo de hacerlo.

Vacilante, el andorrero llega al callejón y sube a la casa. Sus tíos, Pepe y Carmen, están a medio comer cuando el hombre aparece por la puerta. Sus tíos le reciben en palmillas, y antes de que se pueda dar cuenta está sentado en la vieja y familiar tarima, de mullida colchoneta, amplias almohadas y acogedoras pieles de cordero, y ante una fuente de arroz caldoso, con almejas, del que se come dos platos hondos, sin respirar.

—A mí, es que el arroz caldoso me quita las tapaderas del sentido.

—Pues come más...

El andorrero recunca y cae la tercera entrega.

La sobremesa es larga. El arroz caldoso, la tarima, la conversación con sus tíos llevan al andariego a su más remota infancia. Cigarro va, cigarro viene, caen tres o cuatro tazas de café. Se habla de todos y de todo; el tiempo se ha parado y un viejo rayo de sol acaricia y abrillanta los baldosines de la sala; el humo de los cigarrillos, al jugar con él, pinta fantásticos toboganes, retorcidas guedejas, volutas sin sentido, vedijas de nubes sin agua.

A media tarde, el tío del viajero le propone irse a dar un paseo por el arroyo de Valparaíso, para que vea lo bonito que lo han puesto, cómo canalizaron la barranca, la de pinos que allí han plantado, la de obras que se han acometido para acabar con las endémicas inundaciones que el pueblo padeció.

—Muchas fueron.

—De las que por el Valparaíso bajaron —dice el andariego— tres conocí, más las tres que se dejaron caer por el arroyo de San Agustín y la que organizó el arroyo de la Tobilla.

—La peor, la del día de la feria, te cogió en Madrid.

—Por los periódicos me enteré.

Desde el arroyo de Valparaíso, tío y sobrino prolongan el paseo hasta lo alto del pueblo. El tío es buen andarín y como, además, se para a saludar a todo el mundo, no se cansa de la caminata, que los lleva, hasta la histórica fábrica del papel que, ahora, es fábrica de aceites. Por allá arriba, el huerto y el olivar se encajan con las casas del pueblo, cantan las acequias más inesperadas, los pájaros más pertinaces. Enfrente, las cuestas de San Juan, que se precipitan al río. Abundan los aljibes, las caceras de los molinillos harineros, las fuentes que esponjan aquellos terrones. El pueblo y el campo que le rodea son una hermosura que el andariego no sabe pintar. Se ve el puente del Diablo, la charca de los perros, las casillas de los hortelanos. Para que no falte nada, unas nubes de adorno cruzan el cielo gozosamente azul.

El caminante contempla todo aquello apoyado en el barandal de sus nostalgias. Ve lo que ve y lo que no se ve. Chaval se siente y gusto de palo dulce se le pone en la saliva. Quisiera tener ventosas en los ojos y llevarse todo este mundo pegado a la mirada, para luego, para cuando los achuchones de la melancolía lo pongan a pique de fenecer.

—Morir aquí, de viejo, con los ojos abiertos...

—No te pongas triste...

El andorrero, metido en sus filosofías, trata de explicar que en el ancho mundo hay pueblos por los que se pasa y pueblos en los que se está. Sobre los unos y los otros están los pueblos en donde se es. Son los pueblos que nos hicieron como somos los que pusieron su esencia en la masa de la persona, en su más íntima sustancia. Y eso se nota. En los pueblos con río todo el mundo sabe nadar, en los que se da el vino, la gente sabe beber, en donde hay chavalas...

—Chavalas las hay en todas partes...

—Sí, claro. Pero es que, cuando me pongo como ahora estoy, no paro de decir tonterías...

En los pueblos vividos, la vida fue barajando los gozos y las penas que a cada cual le tocaron. Penas y gozos de los que no hay que hacer balance, sino aceptarlos tal y como fueron y saber que tanto los unos como las otras nos hicieron como somos y lo que somos.

—Vale. Déjalo.

—Sí. Porque yo, con estas cosas, me armo unos barullos tremendos a pesar de lo claras que las veo. Esto no se puede explicar. Estos pensares están tan cerca de los sentires que tal vecindad los desbarajusta. Que todos sabemos que cuando el sentir se hace amar nos encandila como el espejuelo a las alondras.

Sobre el cerro de la Cruz de los Trabajos, una cometa de colorines y larga cola de perifollos se ha quedado quieta, plantada en el aire, como milagro, sin viento que la mueva.

—¿Nos vamos para el pueblo?

—Sí. Vámonos.

Un gavilán, por todo lo más alto, se cierne en círculos sobre la ignorada carroña de alguna bestia que se descarna al sol. La luz poniente, ya por los cerros de Chiclana de Segura, alarga hasta la Ventilla las sombras del atardecer; sueltan su humo maternal las chimeneas del caserío y llegan las voces de los hortelanos que vuelven de regar el hortal. El andariego se siente como de miga de pan bien amasado, bien cocido entre ramones y leñas olivareras. Un suspiro disimulado se le escapa furtivo y sin querer.

Jaén, 1964 - Madrid, 1985.

